



EDDIE THORNY

MUERTE AL ATARDECER





SAN BERNARDO, 68. - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE! por Alf Manz. (5.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (4.ª edición.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGTERS, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
» 13.—¡SANGRE! por Fran McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet. (2.ª edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 17.—¡TRAIDOR! por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny. (2.ª edición.)
» 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
» 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
» 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
» 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
» 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
» 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
» 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
» 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
» 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.

- Núm. 30.—**TRAMPAS MORTALES**, por O. C. Tavin.
 » 31.—**CONTRABANDO FUNESTO**, por Frank McFair.
 » 32.—**NUOVA YORK-SAN FRANCISCO**, por A. G. Murphy.
 » 33.—**ENTRE REJAS**, por Alf Manz.
 » 34.—**MUERTE EN EL CARIBE**, por Alar Benet.
 » 35.—**SECUESTRO**, por O. C. Tavin.
 » 36.—**EL DUEÑO DEL MUNDO**, por Eddie Thorny.
 » 37.—**HERMANO CONTRA HERMANO**, por A. G. Murphy.
 » 38.—**FLIBUSTEROS MODERNOS**, por Fred Baxter.
 » 39.—**PALRESTINA EN LLAMAS**, por Frank McFair.
 » 40.—**LA LEY DEL TERROR**, por Lewis Haroc.
 » 41.—**A LA DESESPERADA**, por O. C. Tavin.
 » 42.—**LA PROMOCION DE LA MUERTE**, por Alar Benet.
 » 43.—**TINIEBLAS**, por Alf Manz.
 » 44.—**ESPIAS EN LA NOCHE**, por Fred Baxter.
 » 45.—**FIDELIDAD**, por Alar Benet.
 » 46.—**SIN CUARTEL**, por A. G. Murphy.
 » 47.—**ARMOUR, EXPULSADO**, por O. C. Tavin.
 » 48.—
 » 49.—**LA MAFFIA**, por Alf Manz.
 » 50.—**ALASKA, FINAL DE RUTA**, por Lewis Haroc.
 » 51.—**TRAS EL TELON DE ACERO**, por Alar Benet.
 » 52.—**GANGSTERS DE GUANTE BLANCO**, por John L. Martin.
 » 53.—**¡ACUSADO!**, por A. G. Murphy.
 » 54.—**MISTERIO EN VIENA**, por O. C. Tavin.
 » 55.—**EL GENIO DEL MAL**, por A. Benet.
 » 56.—**HOMBRES ARMADOS**, por Jak Brooklyn.
 » 57.—**FAVOROSA ELECCION**, por O. C. Tavin.
 » 58.—**LA BESTIA ESCARLATA**, por Frank McFair.
 » 59.—**HUELLAS DE ULTRATUMBA**, Thomas Settee.
 » 60.—**S. O. S.**, por Lewis Haroc.
 » 61.—**BILLETES MALDITOS**, por Frank McFair.
 » 62.—**CAMINO DE PERDICION**, por John Nebot.
 » 63.—**CAMARADAS ENEMIGOS**, por Frank McFair.
 » 64.—**A LA DERIVA**, por Alar Benet.
 » 65.—**ODIO**, por Alf Manz.
 » 66.—**CITA DE MADRUGADA**, por Frank McFair.
 » 67.—**«KILLER» A SUELDO**, por O. C. Tavin.

En preparación:

LOUP-GAROU

I

«TENÉIS QUE CONTAR CONMIGO»



O era más que medía tarde, pero la luz había desaparecido del cielo y los faroles apenas resultaban visibles a un metro de distancia. La niebla, una niebla espesa, húmeda, que parecía brotar del cercano Escalda para extenderse por toda la ciudad, difuminaba el contorno de los edificios y hacía difícil la circulación. Al cruzar la famosa Place Vert, Sugar Ray Hoffman miró hacia la derecha, únicamente para convencerse de que la mole inmensa de la catedral, con su altiva aguja gótica, visible en tiempo claro desde mucho antes de llegar a Amberes, se había esfumado, tragada por aquella neblina que tan

estrechas semejanzas mostraba con el famoso «puré de guisantes» londinense.

Aunque la tarde nada tenía de agradable, Ray Sugar continuó su paseo, no sin volver de cuando en cuando la cabeza y hacer alguna que otra parada para convencerse de que no era seguido. De todas formas, su paseo no fue demasiado largo. Se detuvo antes de llegar a las orillas del río, frente a una casa de tres plantas, de aire señorial, que hacía esquina a la rue National y a la de Tailleurs. Allí, con el ala del sombrero echada sobre los ojos y las manos hundidas en los bolsillos de la trinchera, permaneció largo rato paseando, procurando no perder de vista la entrada del edificio que le interesaba.

Llevaría quince minutos escasos, cuando a cuatro pasos de distancia tropezaron con cierta violencia dos personas que caminaban en direcciones opuestas. Una era un hombre de elevada estatura, aunque parecía más bajo por caminar encogido, y tez muy morena, que tiritaba de frío, embutido en un grueso gabán. La otra, una muchachita rubia, de ojos claros y rostro agraciado, en la que parecía hacer mucha mella la inclemencia del tiempo, porque apenas sí llevaba sobre el vestido un simple impermeable de «plexiglás». La culpa del choque la tuvo el hombre que iba con la cabeza agachada, casi metida en el cuello del gabán, sin mirar siquiera hacia adelante. Sin embargo, fue la joven quién se disculpó:

—Usted perdone, señor. Con esta niebla...

El hombre respondió con una especie de bufido, no se molestó en levantar la cabeza y siguió adelante, adentrándose en la rue des Tailleurs. Un poco sorprendida por su brutalidad, la muchacha quedó indecisa un instante. Luego, cruzando la calzada; llamó en la puerta del número 17 de la calle National. Un criado de unos cincuenta años, alto, corpulento y calvo, la franqueó la entrada.

—Soy Magdeleine Rivet. M. Famenchon me citó a las cinco de la tarde.

—¿La nueva secretaria? Pase, señorita. M. Famenchon celebra en este momento una conferencia telefónica en su despacho. ¿No le importaría esperar cinco minutos?

—En absoluto —sonrió la joven—. No tengo que hacer otra cosa que hablar con M. Famenchon y ver si consigo el puesto.

—Aunque sea una pequeña indiscreción por mi parte, puedo

darle las mejores impresiones.

Condujo a la muchacha a una espléndida biblioteca. Las paredes desaparecían detrás de grandes estanterías repletas de libros lujosamente encuadernados. Había en el centro una amplia mesa y en torno a ella unos confortables butacones. Pierre Hervet, el criado, contempló con cierta curiosidad a la joven. Era de mediana estatura, pero admirablemente proporcionada: los ojos grandes, azulados, de acariciante mirar; el pelo rubio, dorado mejor, formaba grandes bucles al caerle sobre la nuca y los hombros; tenía la nariz recta, la boca pequeña y el cutis de una delicada, transparencia.

—Siéntese, *«mademoiselle»*. M. Famenchon puede retrasarse unos minutos. Yo le avisaré de que ha llegado usted.

La espera de la joven hubo de prolongarse cerca de media hora. Cuando al fin la recibió Famenchon en su despacho, Magdeleine se encontró frente a un caballero que debía de haber pasado de los cincuenta años, aunque no aparentaba a primera vista ni cuarenta y cinco. Raul Famenchon era alto, delgado, pero fuerte, de nariz aguileña, pronunciada mandíbula, ojos de duro mirar que parecían penetrar en los pensamientos de su interlocutor, y pelo grisáceo, que en las sienes se había tornado blanco. Vestía con atildada corrección y hablaba con la seguridad y firmeza de quien sabe lo que quiere en cada momento y está acostumbrado a verse obedecido.

—Si está conforme con mis condiciones puede empezar a trabajar mañana. No tendrá demasiado trabajo: contestar algunas cartas en inglés, archivar la correspondencia... Pero quiero que esté aquí todas las tardes a las cinco y no se vaya hasta las nueve. Es posible que muchos días no tenga nada que hacer; sin embargo, puede ocurrírseme en cualquier instante dictarle algo.

—De acuerdo, señor. En cuanto al sueldo...

—No se preocupe por el sueldo. ¿Cuánto ganaba en su última colocación?

—Tres mil francos belgas.

—Aquí ganará cinco mil. ¿Conforme?

—Encantada, señor.

Cuando la muchacha salió —ya que su trabajo no comenzaba hasta el día siguiente—, el criado abordó a su amo:

—Te felicito, Raúl. La muchacha es un verdadero bombón. Y además...

—¡Basta, Pierre! ¿Cuántas veces voy a repetirte que no debes tutearme? Cuando te dirijas a mí no olvides que soy míster Raul Famenchon.

—¡Pero si estamos solos!...

—Es igual. Amberes no es Leopoldville.

—Lo sé, lo sé. Hay ciertas diferencias, claro. Pero entre nosotros...

—Las hay todavía mayores. Procura no olvidarlo. A menos que prefieras que yo recuerde algo ocurrido hace varios años y que la Policía tiene gran interés en saber. ¿Entendido?

Vencido por la amenaza que implicaban las palabras de Famenchon. Pierre asintió con un gruñido. Estaba en manos de Raul y lo sabía. Pero ¿no habría llegado el momento de hacerle saber de que la suerte de su amo estaba también entre las suyas?

Al volver a cruzar la rue National, Magdeleine estuvo a punto de tropezar con otro caballero. Por fortuna, éste parecía mucho más educado y amable que el de media hora antes. Luego de disculparse ante la joven y llevarse la mano derecha al ala del sombrero en un esbozo de saludo, afirmó que por culpa de la niebla se había extraviado en el dédalo de callejuelas cercanas al puerto y no sabía cómo encontrar su camino.

—Tenía que ir a Wilryck. Me dijeron que debía coger un tranvía en la place Vert, pero no sé dónde diablos encontrar esa plaza.

—Véngase conmigo —le invitó, cordial, Magdeleine—. Es una casualidad, pero yo también voy a ese mismo barrio.

Sugar Ray Hoffman sabía que se trataba de algo más que de una casualidad, pero se abstuvo de traducir en palabras su pensamiento. Acompañó a la joven y por el camino, con tacto y habilidad, le fue haciendo una serie de preguntas que le permitieron enterarse de cuánto quería saber. En el bulevar Hoboken, se apeó del tranvía tras despedirse de la muchacha. Si alguien hubiera dicho a Magdeleine que aquel joven amable y cordial era uno de los tipos más peligrosos de América, seguramente se hubiera negado a creerlo.

Acaso hubiera sido mayor la sorpresa de Hoffman, sin embargo, de haber sabido en aquel instante la suerte corrida por el individuo que tan groseramente se comportó luego de su violento

encontronazo con la joven. La niebla, unida a la admiración que la belleza de Magdeleine había suscitado en su ánimo, impidieron que Sugar fijase demasiado su atención en el desconocido. Aparte, claro está, de que aquel tipo desapareció rápidamente de su vista, adentrándose por la rue des Tailleurs.

Aunque caminaba despistado en apariencia, el individuo sabía dónde iba. Se detuvo poco después de penetrar en la estrecha callejuela ante una casa de dos plantas, de aspecto sórdido. En la planta baja había una tiendecilla de aire miserable, sobre la que un rótulo despintado, decía: «Moisés Cohen, tallista». La puerta estaba cerrada, cosa que no sorprendió en lo más mínimo al visitante, que hizo funcionar el timbre.

Hubo de esperar un par de minutos antes de que le franqueasen la entrada. Le abrió un individuo de cabeza cuadrada y mirada recelosa. El visitante habló en tono impaciente:

—Quiero ver al viejo. Dile que está aquí Ben Harding. Date prisa.

—Está bien, señor —repuso el hombre de cabeza cuadrada, cerrando la puerta luego de entrar Harding—. Espere un momento.

El visitante aguardó por espacio de tres o cuatro minutos en la tiendecilla. Paseó con aire distraído la mirada por el pequeño mostrador y las anaqueleras vacías y polvorientas que había a su espalda. Todo estaba como la última vez que estuvo allí. La tienda no debía ser muy buen negocio, pero el viejo Cohen tenía otros más lucrativos. Con él y otros como él tenía más que suficiente para amasar en poco tiempo una gran fortuna.

Sonrió con aire feroz al pensarlo. Mientras había gentes que se lo jugaban todo por unos miles de francos, aquel maldito judío se hacía millonario sin la menor exposición. Les robaba; lisa y claramente, les robaba. Sólo que esta vez iba a tener una pequeña sorpresa.

—Moisés Cohen le está esperando, caballero.

Salieron de su abstracción, Harding siguió al hombre de la cabeza cuadrada. Recorrieron un largo y oscuro pasillo. Luego torcieron a la derecha para desembocar en una habitación grande y cuadrada. Ben indicó a su acompañante:

—Podías ahorrarte el trabajo, muchacho. No es la primera vez que vengo.

El individuo siguió adelante, fingiendo no haberle oído siquiera. Llamó con los nudillos a una puerta. Una voz agria, repuso:

—Haz pasar a míster Harding. Tú puedes marcharte, Walter. Si te necesito llamaré.

La puerta se abrió sola y el llamado Walter se apresuró a alejarse. Ben entró sin vacilaciones. Se encontró en una especie de despacho, tan amplio como destartado. Todo el mobiliario consistía en una gran mesa, tras la que se vislumbraba una pequeña caja de caudales medio empotrada en la pared. Una lámpara colocada con habilidad iluminaba perfectamente al visitante, pero dejaba casi en la penumbra al dueño de la casa.

Forzando la vista como otras veces, Harding pudo ver a un tipo alto, delgado, viejo, de nariz ganchuda y barbilla pronunciada. Tenía los rasgos típicos del judío e iba envuelto en un largo caftán negro. A Ben le hubiera gustado acercarse más para verle bien, pero Cohen se lo impidió:

—Quédate ahí y dime lo que quieres.

—De sobra lo sabe, amigo. Es lo de siempre.

Tengo unas piedras que...

—¡Ponlas sobre la mesa!

—Tendrá que pagarlas bien. Esta vez son buenas y no me conformo con menos de doscientos billetes de los grandes.

—Mucho dinero es, pero veámoslas primero.

Un poco a regañadientes, Harding dejó sobre la mesa una pequeña bolsita. Con manos nerviosas, Cohen vació su contenido. Eran seis gruesos diamantes que examinó acercándolos a la luz.

—Pides demasiado, Harding. Con veinticinco vas bien servido.

—¡Ni hablar! Necesito doscientos y los tendré.

—Pero no aquí. Yo no te doy más de veinticinco. Si no te conviene, puedes coger las piedras y largarte.

—¡Gracias! No quiero que me suceda lo que a Jan van Meiss.

Cohen dejó oír una risita burlona. Los dos conocían lo ocurrido a Jan van Meiss. Se negó a aceptar el precio que el judío quería pagarle y se marchó con las piedras. Pero apenas había salido de la casa, cuando dos policías le echaron mano. Los diamantes eran robados, naturalmente. El holandés murió un año más tarde en un presidio belga.

—Entonces, tendrás que conformarte con los veinticinco.

—Es un robo, pero qué le vamos a hacer. Vengan. Algo es algo, aunque la próxima vez...

Sonriendo burlón, Cohen guardó las piedras en la bolsita y con ella en la mano se volvió ligeramente para manipular en la caja de caudales. Era el instante que esperaba Harding. Con un salto de tigre cayó sobre el viejo, cogiéndole por el cuello.

—¡Un momento, amiguito! Me parece que tú y yo vamos a ajustar ahora todas las cuentas.

—¿Qué pretendes? —inquirió sofocado, con ojos en los que brillaba un agudo terror el judío—. ¿Robarme?

—El que roba a un ladrón...

No terminó la frase. Era un hombre corpulento, con las fuerzas de un toro, y no creyó que el viejo, delgado y tembloroso, pudiera ofrecerle la menor resistencia. Acaso por ello fue mayor su asombro al recibir un terrible puñetazo en la boca del estómago, al que siguió otro en la barbilla que no sólo le obligó a abandonar su presa, sino que le lanzó rodando por el suelo a dos o tres pasos de distancia.

—¡Maldito judío! Vas a ver ahora...

Sin levantarse del suelo echó mano a la pistola. Estaba dispuesto a cobrarse los puñetazos recibidos metiendo en el cuerpo del viejo una ración de plomo que ni siquiera un avestruz podría digerir. Pero antes de que llegase a empuñar el arma la luz se apagó y quedó envuelto en tinieblas impenetrables.

—No te servirá el truquito. De todas formas, te agujerearé la piel.

Procuró orientarse en la oscuridad. Oyó un ligero ruidito a su izquierda y tiró hacia allá, pero las balas rebotaron en la piedra de la pared. Cuando cesó el estrépito de los disparos, a sus oídos llegó con claridad una carcajada burlona.

Furioso volvió a apretar el gatillo, pero nuevamente sus balazos se estrellaron contra la pared. De un punto que no podía determinar con exactitud llegaron a sus oídos unas palabras trónicas de Cohen:

—No malgastes municiones, muchacho. No podrás herirme.

Ben corrió alocado por la habitación tratando de hallar al viejo para estrangularle entre sus brazos. No pudo encontrarle por parte alguna. De pronto, se encendió una luz en el techo iluminando la estancia. Harding miró desconcertado en torno suyo. Moisés Cohen

se había esfumado y estaba solo en la habitación.

—¡Sal de tu escondite, cerdo! Déjame que te vea la sucia «jeta» para...

—No volverás a verme; no volverás a ver a nadie, porque vas a morir.

Las palabras, que parecían resonar en sus oídos, centuplicaron la cólera de Ben. Miró escudriñador en todas las direcciones. Creyó ver una pequeña abertura en la pared de la derecha y tiró hacia allí.

Casi en el mismo instante, sin hacer el menor ruido, se descorrió un pequeño panel a su izquierda. Por la abertura asomó el cañón de una «Thompson». Se escuchó el dramático tableteo de una ráfaga y Ben Harding se dobló sobre sí mismo hasta caer redondo, segado por la guadaña de plomo.

El cadáver fue recogido horas después flotando sobre las aguas del Escalda. Si las causas de la muerte no ofrecieron la menor duda, tampoco se tardó mucho en conseguir su identificación. Se trataba de Benjamín C. Harding, fichado por la Policía, condenado por robo en dos ocasiones distintas. Inglés de nacionalidad, marinero de profesión, hacía frecuentes viajes entre la Unión Sudafricana y los puertos europeos. Había llegado la tarde anterior a bordo del «Silver Star», un buque de carga, anclado en el Quai Ouest.

Como el «Silver Star» había atracado a las tres de la tarde y la muerte debió de producirse poco después de las cinco, no era mucho lo que Harding podía haber hecho en Amberes. Se supo que había abandonado el barco sin permiso del capitán alrededor de las cuatro. También que estuvo bebiendo unos vasos de «*whisky*» en una taberna del Quai Platin, desde donde hizo una llamada telefónica. Uno de sus compañeros afirmó que Ben llevaba bien escondida entre sus ropas una bolsita que, al parecer, contenía diamantes y de la que no se apartaba en ningún instante.

—Seguramente pretendió venderlos a cualquier «perista»[1], reñiría con él y le meterían unos balazos en el cuerpo.

Pero esto no facilitaba las tareas policíacas. Amberes comparte con Ámsterdam la supremacía mundial en el comercio de diamantes. Hay en la ciudad millares de tallistas, casi todos judíos, muchos de los cuales no sienten demasiada curiosidad por la procedencia de las piedras que adquieren convencidos de que una hábil talla las desfigurará por completo. Buscar al tipo a quién

había visitado Harding resultaba empresa punto menos que irrealizable.

Un agente proporcionó, sin embargo, una posible pista. Había seguido la tarde anterior a Sugar Ray Hoffman, perdiéndole de vista por culpa de la niebla al atravesar la Place Vert. Eran las cinco menos cuarto de la tarde y el americano se dirigía, al parecer, hacia el Quai Platin. ¿No podía ir al encuentro de Ben con el que se habría puesto de acuerdo telefónicamente? ¿No cabía que fuese el autor del crimen?

Sin muchas esperanzas de éxito, el inspector Fernand Merling interrogó al americano. Perdió lastimosamente el tiempo. Hoffman tenía una coartada casi perfecta. En la rue National se encontró a una muchachita encantadora a la que acompañó hasta el lejano arrabal de Wilryck. Cuando la abandonó eran más de las seis de la tarde. Después permaneció una hora larga en un café de la place de Meir, donde pudieron verle cincuenta personas distintas.

Fue fácil comprobar diversos extremos de sus afirmaciones. A Merling no le quedó más remedio que ponerle en libertad, si bien advirtiéndole al hacerlo:

—Esta vez carecemos de pruebas, amigo. Pero si insiste en quedarse en Amberes, tarde o temprano encontraremos las suficientes para darle un buen disgusto.

—¿Por qué se empeña en sospechar de mí, inspector? ¿No están mis papeles en regla? ¿Hay alguna acusación concreta? Dígalo de una vez y es posible que le ahorre trabajo.

—Sólo hay que sus antecedentes en América no son del todo buenos. Anduvo mezclado en negocios un tanto sucios y tememos que aquí haga lo mismo.

—Le dieron el «chivatazo», ¿eh? Me lo suponía. Como jamás lograron pillarme en nada Quieren vengarse amargándome el viaje. Pero descuide, amigo. Estoy en viaje de turismo. Soy un apasionado de la pintura flamenca. Especialmente de Van Dyck y de Quentin Metsys.

—¿La pintura? ¡Hum! ¿No le interesarán más aún los diamantes?

—Igual que a todo el mundo, inspector. Aquí están mucho más baratos que al otro lado del charco. Si consiguiera entrar de «matute» un puñado de ellos me hacía de oro.

—¿Ha venido con ese propósito? —inquirió frunciendo el ceño Merling.

Sugar Ray soltó la carcajada. No era tan tonto como para decírselo a la «bofia» si pensara hacerlo. En justa correspondencia al aviso que sobre él diera la Policía americana, al inspector le faltaría tiempo para avisar a sus colegas yanquis.

—Hay quién dice la verdad —repuso desconfiado Merling—, para que uno se crea lo contrario.

Pero yo no soy de éstos, amigo. Además, hubo ya quien se me adelantó en el negocio. Tendría que entablar una dura competencia y la competencia arruina los mejores asuntos.

En su fuero íntimo Mermans hubo de darle la razón. Había, indudablemente, quien se le había anticipado en la explotación de aquel saneado «negocio». Las piedras se conseguían en Amberes con una relativa baratura; llevadas a los Estados Unidos, triplicaban su precio. La diferencia quedaba casi íntegra en beneficio del fisco, dados los elevados derechos arancelarios. Pero el que conseguía salvar las barreras aduaneras lograba hacerse millonario en poco tiempo. Con mucha mayor rapidez si se pagaban los diamantes con dólares sacados subrepticamente; dólares que si en Europa alcanzaban en el mercado negro una cotización muy superior a la reconocida en las Bolsas oficiales, era posible adquirirlos en América por la mitad de su valor nominal cuando procedían de robos y la Policía tenía nota de su numeración.

La sureté belga nada podía hacer respecto a la compra de diamantes. No constituía delito alguno que cualquier individuo los adquiriese, pagándolos en la moneda que juzgara conveniente. La menor intervención hubiese levantado una tempestad de protestas, que no en balde la talla y comercio de piedras constituían, desde hacía siglos, una de las principales fuentes de ingresos de la ciudad. Tampoco tenía por qué inmiscuirse en los propósitos del comprador. Si éste quería mandar los brillantes a un país extranjero o comérselos, era asunto de su exclusiva competencia. Tan sólo cabía intervenir cuando se demostraba que los dólares con los que se habían pagado procedían del robo. Pero los tallistas judíos se cuidaban mucho de acudir a las autoridades para mostrarles sus billetes y averiguar si su numeración correspondía a la remitida por la Policía americana, seguros de que la primera medida sería

quedarse con los billetes sin grandes esperanzas de que ellos pudieran recuperar los diamantes vendidos.

—De todas formas —insinuó Merling—, siempre hay ocasión y oportunidad de hacer algo, ¿verdad?

—No es esa mi línea —replicó sonriente Hoffman—. Si la «bofia» americana le avisó de mi llegada, debió decirle también que «trabajo» algo muy distinto. Jamás tuve nada que ver con los diamantes ni con el contrabando.

El inspector se cuidó mucho de responder afirmativamente, aun a sabiendas de que decía la verdad. Según el informe confidencial recibido a poco de la llegada de Sugar Ray, éste se dedicaba a negocios relacionados con el juego y las loterías clandestinas. Había formado parte de distintos «gangs», manejaba con rapidez y acierto la pistola y tenía, posiblemente, varios muertos sobre su conciencia, si bien nunca se lograron las pruebas precisas para condenarle. En aquel momento era inútil prolongar la conversación y se limitó a aconsejarle a su interlocutor:

—Pues procure no interesarse aquí por los diamantes, porque podría costarle caro. Aunque lo mejor para usted y para nosotros sería que se largase cuanto antes.

Hoffman protestó acalorado. Bélgica era un país libre, en el que había entrado y residía con toda legalidad y nadie tenía derecho a expulsarle.

—No pretendo tal cosa —replicó irritado el inspector—. Pero tenga en cuenta que seguimos sus pasos. Y que si se le ocurre meterse en algún asunto feo, no escapará tan bien como en América...

—Descuide, amigo. Ya le dije que estoy en viaje de turismo y que sólo me interesa la pintura...

Pero no era la pintura el tema predilecto de sus conversaciones cuando frecuentaba las tabernas de Hoboken o los «clubs» nocturnos de Borgerhout. Nada parecían importarle entonces los primitivos flamencos ni la maestría de Van der Weyden o Gerard David. En tales ocasiones le interesaban mucho más los diamantes y su posible traslado al otro lado del Atlántico. Aunque no pudiera decir que tenía mucho éxito en sus gestiones. Una noche, tres días después de la muerte de Ben Harding, se lo dijo con toda claridad Andy Sam Burkner, un tipo de seis pies de estatura, de cabeza

pequeña y hombros de atleta, hablando confidencialmente en un «cabaret» de la rue Cannot:

—No hay nada que hacer, muchacho. Tenemos gente de sobra y no necesitamos a nadie. Y menos a ti.

—¿Acaso desconfías de mí? —repuso amenazador Hoffman—. Hubo dos tipos que se atrevieron a llamarme «chivato»; ninguno podría repetirlo ahora.

Burker se apresuró a mover la cabeza en gesto negativo. Conocía algo de sus antecedentes; poco, pero lo suficiente para no sospechar que tuviera tratos de ninguna clase con la «bofia». Sin embargo...

—Estás «quemado». Desde que llegaste a Amberes la «Poli» te sigue los pasos. Utilizarte, sería echárnosla encima.

Fueron inútiles las seguridades de Sugar de que había logrado despistar por completo al inspector Merling y de que nadie le seguía ya.

Andy Sam se negó en redondo a aceptarle en su grupo. Hoffman afirmó entonces:

—¡*Okay*, amigo! No tardarás en tener que contar conmigo.

Burker estaba seguro de que tal necesidad no se presentaría nunca. Y ni siquiera se acordaba de Sugar cuando dos días más tarde, dieron la dura lección que se merecía a Josué Schlesing era un acaudalado joyero judío que tuvo la malhadada ocurrencia de enfrentarse con uno de los «gangs» que comerciaban en piedras preciosas. Sospechó que algunos billetes recibidos no tenían muy limpia procedencia y acudió con ellos a la Sûreté. Unas horas después Juannot Leval, el muchacho francés que dio la cara en la operación, estaba detenido con una perspectiva nada agradable ante sus ojos. Pero unas horas después Andy Sam recibía una orden escueta de su jefe:

—Conviene hacer una visita a ese cerdo de Schlesing para que no le queden ganas de volver con el cuento a la «bofia».

A las cuatro de la tarde tres individuos con los sombreros muy echados sobre la frente, los cuellos de las trincheras alzados, grandes gafas oscuras tapando sus ojos y un gesto duro y amenazador en el semblante irrumpían en la tienda de Schlesing. Uno de ellos quedó junto a la puerta. Los otros dos avanzaron sobre el mostrador, encañonando al dueño y al dependiente.

—Abre la caja y no hagas tonterías. Si le doy gusto al dedo lo

pasarás mal.

Aterrado, Josué tuvo que obedecer. Mientras se guardaba en los bolsillos las piedras que contenía la caja fuerte, uno de los atracadores, explicó:

—Así aprenderás a no repetir lo que hiciste con Juannot. Si ahora vuelves a la «bofia»...

Se disponían a marcharse terminado felizmente su «negocio», cuando el amor al dinero de Schlesing se sobrepuso al instinto de conservación. Despreciando el peligro, acaso sin darse cuenta de que su vida pendía de un hilo, se arrojó sobre uno de los atracadores, gritando:

—¡Ladrones! ¡Auxilio! ¡Socorro!

Fueron sus últimas palabras. Hablaron con rapidez las pistolas y Schlesing se derrumbó con cuatro agujeros en mitad del pecho. Andy Sam apremió a sus compañeros:

—¡Al coche deprisa!

El ruido de los disparos había sembrado la alarma. La tienda de Schlesing se abría en el punto más céntrico de la ciudad, en plena rue Pelikan, frente por frente a la Gare Central. En la acera se agolpaban ya los curiosos. Por fortuna, unos tiros al aire bastaron para quitarles toda gana de intervenir.

Hablan dejado un automóvil con el motor en marcha a unos pasos de distancia. Corrieron hacia él. Pero cuando llegaron a su altura observaron, con el consiguiente sobresalto, que alguien había pinchado las cuatro ruedas y parado el motor. Tras una rápida ojeada, Long Peter, que corría delante de sus compañeros, gruñó desolado:

—Con este trasto nos echarían mano antes de diez minutos.

—No importa —resolvió en el acto Andy Sam—. Ahí está otro «auto». Vamos por él.

Era un «Mercedes» grande, vacío al parecer, parado a diez o doce metros de distancia. Tardaron pocos segundos en llegar, pero ya entonces habían aparecido dos gendarmes que corrían tras ellos disparando sus armas. Burkner se volvió un instante para tenerlos a raya descargando su pistola. Luego gritó a su compañero:

—¡Pisa el acelerador, Peter! Aquí acabarían acribillándonos.

Con mano segura, Long se apoderó del volante. Estaba ya el coche en marcha cuando Andy tomó asiento a su lado; el tercero de

los atracadores se metió de cabeza en la parte trasera del automóvil. A toda marcha el «Mercedes» enfiló la rue Pelikan, seguido por los disparos de los agentes lanzados en su seguimiento.

—¡No podréis negar que ha sido verdaderamente providencial mi presencia!

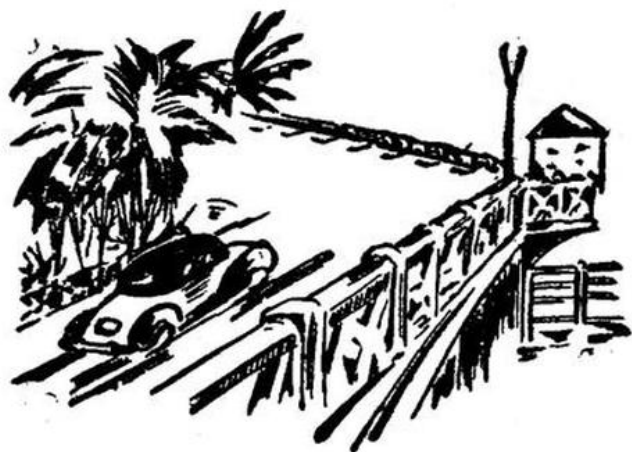
Abandonando la ventanilla, Andy se volvió a mirar al asiento posterior del coche. Allí aparecía sonriente y tranquilo un individuo al que reconoció en el acto con un asombro sin límites:

—¡Sugar Ray Hoffman!

—El mismo. ¡Y ahora sí que tendréis que contar conmigo!

—Eso...

—¡Quieto, Burke! Tengo el «cacharro» en la mano y te estoy apuntando. Tú verás si tienes tanta prisa en morir...



Pidan los inigualables cuadernos de
AVENTURAS DEL F. B. I.

A

EDITORIAL ROLLAN

SAN BERNARDO, 68.—MADRID

II

UN BUEN REFUERZO



A realidad se impuso con fuerza arrolladora. Hoffman empuñaba con firmeza una «*Parabellum*» y debía saber manejarla. Enfrentarse con él era correr un grave riesgo de morir en el acto. En el mejor de los casos, una lucha en el interior del «Mercedes» daría tiempo y ocasión para que el coche policíaco, que ya venía lanzado en su persecución, les diese alcance y todos acabasen de mala manera. Burkner, resolvió:

—¡«*Okay*», muchacho! Ya discutiremos eso más adelante. Ahora lo que importa es que la «bofia» no nos eche mano.

—Perfectamente —repuso Sugar—. Di a Long que apriete a fondo, porque el coche responde. De los «polis» me encargo yo.

Ni el individuo que manejaba el volante obedeció su indicación, aumentando la velocidad que llevaban, ni Burke ni el tercero de los atracadores —un francés o belga de rostro patibulario que decía llamarse Maurice—, tomaron muy en cuenta la indicación de Hoffman. Asomado uno a la portezuela delantera, apuntando el segundo a través del ventanillo posterior cuyo cristal había hecho saltar de un culatazo, empezaron a tirar con rapidez que les impedía precisar la puntería.

—Os sobran nervios, amiguitos. Así no hacéis más que desperdiciar municiones.

Torcieron bruscamente a la derecha, el «Mercedes» había abandonado la rue Pelikan para lanzarse por un ancho bulevar. Si con ello creyeron despistar a sus perseguidores, se equivocaron de medio a medio. A los pocos segundos, Burkner, que miraba hacia atrás sacando medio cuerpo por la portezuela, murmuró contrariado:

—Ahí están esos cerdos. ¡Y que los tenemos encima!

Fue entonces cuando la «*Parabellum*» de Hoffman entró en funciones. No hizo más que tres disparos, pero ninguno se perdió en el vacío. Los tres balazos fueron a incrustarse en las ruedas delanteras del coche policíaco, cuyas cámaras estallaron en el acto. El conductor hizo esfuerzos sobrehumanos para dominar el automóvil que fue dando dramáticos bandazos de un lado a otro de la calle, hasta que montó en la acera, yendo a chocar contra la pared. Si no se produjo una verdadera catástrofe, el mérito íntegro fue del chofer que había conseguido frenar, amortiguando considerablemente la velocidad del vehículo. De todas formas, los policías recibieron contusiones y magulladuras que les imposibilitaban de continuar la persecución.

—¡Buena puntería, muchacho! —aprobó entusiasmado Maurice—. Diste donde te proponías.

—Yo hubiese tirado a los «polis» —gruñó descontento Burkner.

—Prefiero no matar salvo en casos de absoluta necesidad —replicó sonriente Sugar.

Libres de la persecución policíaca pudieron continuar con mayor tranquilidad su huida. Dieron unas cuantas vueltas para desorientar a quién pretendiera seguir su pista. Al cabo enfilaron la serie de avenidas que cruzan Amberes de punta a punta, bordeando el casco

de la ciudad antigua. Unos y otros se habían guardado las pistolas y ofrecían un aspecto enteramente normal a cualquiera que los viese.

—Es muy raro que estuvieras allí —murmuró de pronto Burker, saliendo de la abstracción en que había caído—. ¿No serías tú quien pinchó las ruedas del «Ford»?

—Eso tiene poca importancia ahora, Andy. Lo que no negarás es que gracias a mi habéis salido con bien de un mal paso.

—¿Quieres decirme de una vez qué diablos hacías en la rue Pelikan? —inquirió malhumorado Burker.

—Esperaros —repuso con entera sinceridad Sugar—. Os vi entrar en la tienda de Schlesing y me quedé por si necesitabais que os echara una mano.

—¿Cómo sabías lo de Schlesing? —volvió a preguntar, más receloso a cada instante, Andy.

—¡Presentimientos! Me dio la corazonada de que os vería por allí esta tarde y no me equivoqué. Como tampoco me engañé cuando te anuncié que no tardarías en necesitarme.

Un poco en contra de su voluntad, Burker hubo de darle la razón. No había tomado en consideración su anuncio, hasta que los hechos le demostraron que se trataba de algo más que de una simple baladronada.

—Bueno. ¿Y ahora qué quieres?

—Ya te lo dije el otro día: trabajar con vosotros. Es un negocio espléndido y quiero tener mi parte.

—¿Y si continuó negándome?

—Lo sentiría por ti. Has visto hace un momento lo útil que puedo ser como amigo. ¿Comprendes el peligro de que estuviera enfrente? Unas palabritas bastarían para que la muerte de Schlesing os costase ir a la horca.

—¿Dando el «chivatazo» a la «bofia»?

—Procura no repetir eso —aconsejó, en tono amenazador, Hoffman—. Es la segunda vez que te lo oigo. La tercera tendría que contestarte a tiros. Y cuando yo manejo la pistola, quien se coloca enfrente suele no vivir lo suficiente para ver el final.

Aunque Burker era un tipo violento e impulsivo, optó ahora por callarse. Un individuo que a cincuenta metros de distancia y tirando desde un coche a toda velocidad era capaz de meter tres balazos en los neumáticos de un automóvil lanzado en su seguimiento,

resultaba demasiado peligroso con la pistola en la mano para tomar a broma sus palabras. Y aunque hubiese guardado la «*Parabellum*» en la sobaquera, seguramente no tardaría en «sacar» ni una décima de segundo.

—Será el «boss» quien diga la última palabra —murmuró Andy—. Podrás hablarle, y si le convences...

—Si tiene dos dedos de cerebro, le convenceré —afirmó, jactancioso, Sugar—. Es posible que le parezca un poco caro, pero cuando me conozca comprenderá que soy más barato que ninguno.

Por indicación suya dejaron el coche en la place de Meir. Había allí tantos, que no llamaría la atención uno más. Seguir en el «Mercedes» podía resultar peligroso. Posiblemente, en aquel momento ya tuvieran sus señas todos los «autos» de patrulla, y la Policía le estaría buscando por todas partes.

—Si os quitáis las gafas, levantáis un poco el ala de los sombreros y bajáis los cuellos de las trincheras, nadie se fijará en nosotros. Sobre todo, si vamos en dos grupos.

—Pero cuando encuentren el coche —dijo Maurice—, no les será difícil dar contigo.

—Descuida, muchacho. Ni el «auto» es mío ni me vieron montar en él. Tuve buen cuidado de que nadie advirtiera que me lo llevaba.

Tras comprobar que nadie se fijaba en ellos, tomaron un tranvía que les condujo hasta las proximidades del Puerto Moderno. Se apearon frente a la Estación de Mercancías. Allí, Andy quiso separarse de Sugar. No creía conveniente que siguiera con ellos. Al día siguiente iría a verle donde quisiera, pero en aquel momento...

—Déjate de truquitos, Barker; conmigo no valen. Quieras o no, nuestra suerte está ligada, y hemos de ir juntos hasta el final.

—No sé si al «boss» le agrada verte ahora, y si le molesta...

—Eso es cuenta mía y no tuya. Verás con qué facilidad arreglo las cosas. Siempre, naturalmente que no te pierda de vista a ti, que llevas los bolsillos llenos de las piedras que cogiste en casa de Schlesing.

Aunque de mala gana, hubo de resignarse Andy a que Sugar fuera en su compañía. Llegaron a un cafeticho de la rue d'Austriche. No entraron por el salón, sino que utilizaron una puerta trasera para dirigirse a un reservado. Sobre la mesa había varias botellas de cerveza y una baraja. Sonriente, Barker explicó:

—Llevamos jugando al póker desde las tres de la tarde, sin movernos un solo minuto. Si la «bofia» pregunta, tanto René, el dueño, como los dos camareros lo jurarán por todos los santos habidos y por haber.

—Magnífico —repuso Hoffman—. Pero como para jugar al póker son mejor cuatro puntos que tres, yo seré el cuarto. Advierte a René por si la «Poli» le pregunta.

Bastaron pocas palabras para que el llamado René —un individuo de edad indefinible, gordo, colorado y sonriente— diera su asentimiento.

Vaciaron las botellas de cerveza que había sobre la mesa y pidieron otras. Long Saín cogió la baraja y empezó a repartir cartas. A los pocos minutos, Sugar inquirió:

—¿Dónde anda el «boss»? ¿O es que nos vamos a pasar la noche jugando?

—Un poco de calma, muchacho. Ya avisara el jefe cuando llegue.

Siguieron jugando. A los diez minutos sonó un timbre. Fueron tres timbrazos convenientemente espaciados. Dejando las cartas sobre la mesa, Burkner se puso en pie. Sonriente, indicó:

—Ya está ahí. Voy a decirle que todo salió bien.

—Un momento, amiguito —le contuvo Sugar, cuando se disponía a salir de la habitación—. Antes convendría que dejaras sobre la mesa una parte de los diamantes.

Con un grito de rabia, Andy pretendió llevarse la mano al costado izquierdo. Hoffman le advirtió:

—¡Cuidado! Tengo el «cacharro» empalmado y te apunto por debajo de la mesa. Tú verás si te conviene que apriete el gatillo.

Burkner palideció ligeramente, apresurándose a separar las manos del pecho. Rehaciéndose con rapidez inquirió:

—¿Es que quieras llevarte las piedras?

—Quiero que no te las lleves. Sería muy desagradable que tú y el «boss» os largaseis, dejándome con dos palmos de narices.

—Si no te fías de mí...

—Tratándose de dinero no me fío ni de mi sombra. No perdamos más tiempo. Haz lo que te he dicho y vete. No creo que al jefe le guste esperar...

Ni Long Sam ni Maurice hicieron ademán siquiera de intervenir

en la disputa. Estaban, indudablemente, al lado de Andy, pero les imponía respeto la actitud resuelta de Hoffman. Tras una ligera vacilación, Burker acabó tirando encima de la mesa diez o doce de los diamantes arrebatados al difunto Schlesing. Al marcharse gruñó:

—No creo que esto te haga ningún bien, Sugar. Cuando el «boss» lo sepa...

—Comprenderá que le conviene tenerme a su lado.

Se guardó las piedras y aguardó con calma el resultado de la entrevista de Andy con el jefe. Aunque siguió jugando en actitud confiada en apariencia con Maurice y Long Sam, su mano derecha no se apartaba mucho de la culata de la *«Parabellum»* ni sus ojos de las dos puertas de la habitación.

Burker regresó al cuarto de hora. Desde la puerta anunció:

—El «boss» quiere verte, Hoffman. Vente conmigo.

—En el acto —repuso Sugar—. Pero ve delante. No me agrada tenerte a mi espalda.

Encogiéndose de hombros, Andy obedeció. Hoffman le siguió por un largo pasillo hacia la parte trasera del edificio. Allí, en un reservado bastante mejor amueblado que aquél donde habían quedado Maurice y Long Sam, le esperaba el «boss». Era un individuo de cuarenta años, alto, fuerte, de rostro impenetrable y mirada dura. Contempló un instante a Sugar, que le sostuvo la mirada. Luego, en tono desabrido, inquirió:

—¿Qué andas buscando, muchacho? ¿Te has vuelto loco o estás cansado de vivir?

—Ninguna de las dos cosas —repuso, con entera calma, Hoffman—. Si Andy te ha dicho la verdad...

—Me ha dicho que le quitaste un puñado de piedras.

—¿Y no te ha contado que si el golpe salió bien fue gracias a mi ayuda?

—Porque antes pinchaste los neumáticos del «auto» que tenían preparado, ¿no?

—Porque tenía yo uno en condiciones para que escapasen. Y porque después les libré de caer en manos de la «bofia».

—Pero nada de eso justifica que le robes los diamantes.

—En justicia me pertenecen. Yo no trabajo por amor al arte. Cuando hago algo, procuro que no sea gratis.

—Y no esperar a que te paguen, ¿verdad?

—Si puedo cobrarme en diamantes, lo prefiero a que me paguen en plomo. ¿No harías tú lo mismo en mi caso?

El «boss» hizo un gesto de impaciencia. Hoffman respondía en forma contundente a todas las preguntas. Nadie le había hablado hasta entonces en forma parecida. Malhumorado, advirtió:

—No me gusta ese tono, muchacho. Y menos que nadie pretenda robarme.

—Yo no lo pretendo. Aquí están las piedras. Pero quiero cobrar mi trabajo. ¿Qué tal tres billetes de los grandes?

—¿Belgas? —inquirió el jefe.

—Dólares. Son más bonitos.

Hubo un rápido cambio de miradas entre el «boss» y Andy, que no pasó inadvertido para Sugar, aunque fingió no enterarse. Con gesto disimulado acercó la mano a la empuñadura de la «*Parabellum*» y esperó los acontecimientos.

No tardaron en producirse. Creyendo desprevenido a su adversario, Burkner «sacó» con rapidez y se dispuso a tirar sobre Hoffman, gruñendo:

—Voy a pagarte como te mereces...

Ocurrió entonces algo tan inesperado como sorprendente. Con movimiento tan rápido que desafiaba a la vista, Sugar saltó a un lado, agachándose y quitándose de la trayectoria de los balazos de Andy. Al mismo tiempo manejó su «*Parabellum*». Sonaron casi simultáneos los dos disparos. Pero mientras el balazo de Burkner fue a clavarse en la puerta de la habitación, el de Sugar arrancó de la mano de su contrincante el arma que empuñaba.

—Debía matarte por traidor, pero creo que no vales ni el plomo que gastaría.

Se enfrentó luego con el «boss», que había palidecido ligeramente al comprobar la rapidez y puntería de Hoffman, y más aún al comprender que estaba prácticamente a merced suya.

—No me gustan estas faenas, amigo. Mi respuesta podía ser abrirte un agujero en la sesera.

Se oyeron pasos precipitados que se acercaban a lo largo del pasillo. Maurice, Long Peter y René acudían a enterarse de la causa de los disparos. Hoffman no tenía el menor interés en provocar una lucha a fondo, y menos contra cinco adversarios a un tiempo.

—No quiero jaleos, Burkner. Sal a decir a esos que se te escapó un

tiro, pero no intentes jugarme una trastada. La vida del «boss» responde de la mía.

El jefe tampoco deseaba una pelea, en la que posiblemente le tocaría ser la primera víctima. Hizo una seña a Andy, que salió al pasillo para convencer a sus compañeros que debían regresar a su sitio. Volvió a los pocos instantes, mirando con cierto recelo a Sugar, que seguía empuñando la «*Parabellum*».

—Sam es demasiado impulsivo —dijo, en tono de excusa, el «boss»—. Estaba furioso contigo por haberle quitado las piedras, pero es un gran muchacho.

—Lo mismo pienso —replicó Hoffman—. En caso contrario, no habría tirado sólo a desarmarlo. Hubiera sido más fácil meterle una onza de plomo en la cabeza.

—Seguro. Pero es necesario que el asunto termine aquí. Sobre todo si estás dispuesto a trabajar para nosotros, como me dijo Andy.

—Por mí, terminado —repuso Sugar, guardándose la pistola—. ¿Qué hay de los tres grandes?

—Aquí los tienes. Y ahora ponte de acuerdo con Andy. Él te transmitirá mis instrucciones acerca de lo que hayas de hacer.

Hoffman arrugó el ceño. No le agradaba depender de Burkner. Y no sólo porque entre ambos pudiese quedar algún resquemor, luego de sus repetidos choques de aquella tarde, sino porque...

—No me agradan los intermediarios. Cuando trabajo para un tipo me gusta verle la cara y entenderme directamente con él.

—Aquí soy yo quien impone las condiciones. Si no te conviene, con largarte, concluido.

—Un momento, amigo. Sé demasiadas cosas para que puedas despedirme así. A ti, más que a nadie, interesa que lleguemos a un acuerdo. ¿Hay algo malo en que quiera entenderme directamente con el jefe?

—¿No será que pretendes saber más de la cuenta?

—¡Ni pensarlo! Entre mis defectos, no figura la curiosidad. Jamás me meto en lo que no me importa.

—Pues bien te metiste en el lío de esta tarde —gruñó, receloso, Burkner.

—Y gracias a que yo me metí puedes contarlo, ¿no? Entonces, no te quejes. Aparte, claro está, que me interesaba, y mucho.

Habló con absoluta claridad. Había cruzado el Atlántico con el

firme propósito de hacer fortuna. El tráfico de diamantes daba dinero y estaba decidido a que una parte fuese para él. Un estudio sobre el terreno le demostró que solo y sin dinero no podría hacer gran cosa. Hacían falta muchos miles de dólares para adquirir las piedras o una organización que hiciese posible conseguirlas por procedimientos más expeditivos y que asegurase su envío a Norteamérica.

Pudo volver a Nueva York en busca del dinero y de los auxiliares que necesitaba. Pero la Policía americana mostraba demasiado interés por su persona y actividades y le convenía que le perdiera de vista por una temporada lo más larga posible. Además, estaba en Amberes, no le gustaba perder el tiempo y no le sobraban los recursos. Aunque no le complacía mucho tener que aceptar un papel secundario, quiso entrar al servicio de cualquiera de los «gangs» locales, pero Burkner le rechazó de plano. Tenía que demostrarle su utilidad e imponerle su concurso.

—Creo haber conseguido ambas cosas. A éstos les saqué de un mal paso, a ti te conseguí los diamantes. ¿No crees que es suficiente para que pueda tener alguna exigencia?

El «boss» meditó unos minutos. Al cabo, dio la razón a Hoffman. Era un tipo que le interesaba. Resultaba, indudablemente, más inteligente que Andy Sam y más eficaz manejando la pistola. Podía ser de gran utilidad. Sólo quedaba una duda: ¿qué dinero pretendía ganar?

—Con quinientos a la semana tengo bastante para empezar. Y el diez por ciento de los asuntos que resuelva.

—No sueñes, muchacho. Es demasiado. Burkner mismo no gana...

—Nada me importa lo que le des a los demás. Te aseguro que soy barato en ese precio. Ponme a prueba una semana y después resuelve.

Se expresaba con tanto aplomo y seguridad, que logró imponer su criterio. Llegaron a un acuerdo. El «boss» se hospedaba en el Hotel Excelsior con el nombre de Robert Wakeford, industrial americano que tenía considerables intereses en Europa.

—Pero no se te ocurra poner los pies allí ni pronunciar siquiera mi nombre. Pásate todas las tardes por aquí. Cuando tenga algún trabajo para ti te avisaré. En caso necesario, René o Burkner te darán mis encargos.

Maurice y Long Peter integrarían el grupo colocado bajo sus órdenes directas. Andy Sam mandaba otro de los grupos. Convenía que ambos estuvieran en contacto, porque muchas veces tendrían que actuar de mutuo acuerdo.

—Y ahora, una advertencia, amiguito. No intentes jugar sucio o pasar por encima de mí. Tampoco soy manco manejando el «cacharro». Pregunta a Maurice o a Long Peter. Hubo tres tipos que intentaron suplantarme; los tres liquidaron por defunción. ¿Entendido?

Dio instrucciones concretas tanto al dueño de la taberna como a los otros secuaces con respecto a Hoffman, que a partir de aquel instante quedaba incorporado al «gang». Luego, Wakeford se marchó por la puerta trasera, no sin hacer previamente que Long Peter saliese a comprobar que nadie vigilaba los alrededores.

—Vamos a beber unos tragos —propuso Burker a Sugar—. Al fin y al cabo, desde ahora trabajamos juntos.

Lo hicieron, brindando por el éxito en las futuras empresas. Andy Sam parecía haber olvidado todos sus recelos y trataba a Hoffman con la mayor cordialidad. Pero cuando también se marchó en compañía de Long Peter, quedando en verse a la noche en un «*cabaret*» de la rue Cannot, Maurice indicó a su nuevo compañero:

—No te fíes demasiado. Burker es vengativo y procurará cobrarse en cuanto tenga la menor oportunidad.

Maurice no sentía mucha simpatía por Andy Sam. Había tenido varios choques con él y no descartaba la posibilidad de tener que salir a balazos. Con entera sinceridad reconocía que Burker era valiente, manejaba bien la pistola y se podía confiar en su ayuda en los instantes de peligro. Dos veces cayó en manos de la «bofia» y aunque no le trataron en forma muy amable no consiguieron que despegase los labios. Pero, a cambio de estas cualidades, era brutal y despótico, trataba a los muchachos con un aire insultante de superioridad y tenía la inteligencia de un mosquito.

—Por culpa suya nos hemos visto en algunos apuros. Esta tarde misma lo hubiéramos pasada mal, de no ser por tu intervención.

La facilidad con que Hoffman les sacó del atolladero y sobre todo la extraordinaria puntería demostrada al agujerear los neumáticos del coche policíaco, le habían maravillado. Celebraba sinceramente trabajar en adelante con un tipo así. No sólo tenía una

sangre fría admirable, sino que sabía para qué le servía la cabeza.

Sugar, que llevaba dinero fresco en el bolsillo, le invitó a cenar en su compañía. Maurice aceptó complacido. Fueron a un restaurante de segunda orden sito en la rue des Indes, en las cercanías de los muelles, consiguieron una mesa apartada y pudieron hablar con entera libertad.

Hoffman bebió bastante e hizo que su amigo bebiera todavía más, Sugar habló con claridad de sus andanzas americanas y del desgraciado «accidente» que le aconsejó tomarse unas vacaciones en Europa. No ocultó nada. Ni siquiera que la admisión conseguida en la banda de Wakeford, la consideraba como un simple paso hacía metas de mayor importancia.

—Aquí hay millones a ganar y no me gustará que otros se lleven la parte del león. Procuraré enterarme de las interioridades del asunto y cuando lo conozca a fondo...

—Cuenta conmigo, Sugar —se decidió Maurice—. Ya estoy cansado de que me paguen con una miseria. A tu lado iré mucho mejor. Pero ándate con pies de plomo. Si Long Peter, o Burkner llegaran a enterarse de lo que acabas de decir, irían con el cuento al «boss» y podías contarte entre los muertos.

—¡Bah! —rió despectivo Hoffman—. Andy no se atreverá a ponerse delante de mí con una pistola en la mano. Y por mucho que presuma supongo que a Robert tampoco le agradaría tener que verse la cara conmigo.

—¡Despierta, muchacho! Si el «boss» decide liquidarte, no llegarás a verle la cara. Aunque acaso no se la veas de ninguna manera.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué no volveré a ver a nuestro elegante amigo del Excelsior?

—A ése sí, aunque no te engañó al decir que ha suprimido a varios sin darles tiempo a defenderse. Pero no te figures que es el verdadero «boss».

—¿Qué no lo es? Pero si el mismo Burkner...

—No hagas caso de Burkner. Wakeford está un poco por encima de él, pero no pasa de ser una figura secundaria. Hace sólo tres meses que llegó a Amberes; yo llevo más de un año en el «gang», y que ya funcionaba antes de que yo viniese de... Bueno, de donde viniera.

—Entonces, ¿quién dirige la organización?

Maurice estaba bebido, pero ligeramente mareado y todo temió haber dicho demasiado. Miró a Hoffman, se rascó pensativo la cabeza y gruñó:

—Mejor es hablar de otra cosa, muchacho. La curiosidad es siempre peligrosa. Y no tengo el menor deseo de que me llenen el cuerpo de plomo.

—Entendido. Pero ¿qué hay de Wakeford?

—Lo que ya has visto —repuso de mala gana Maurice—. Presume mucho, pero es un Juan Nadie. Conocí al que ocupó antes su puesto y no me disgustaría que Robert corriese la misma suerte...

La Policía belga anduvo muy atareada durante varios días buscando a los autores del atraco de la rue Pelikan y de la muerte de Josué Schlesing. En un principio el inspector Merling tuvo la esperanza de que los dos coches utilizados por los forajidos —el «Ford» que abandonaron a la puerta de la joyería y el «Mercedes» en el que se alejaron del lugar del suceso y que fue hallado horas después en la place de Meir—, constituyeran una buena pista para dar con los delincuentes.

Pronto se desvaneció esta ilusión. Los dos coches habían sido robados. ¿Huellas dactilares? Fue inútil pretender hallarlas. Un poco al azar, se detuvo a los sospechosos de costumbre. Fueron Quince individuos a los que se obligó a comparecer ante el dependiente de Schlesing y los dos gendarmes que vieron huir a los atacadores.

El intento no dio el menor resultado. El dependiente estaba demasiado asustado para atreverse a reconocer a ninguno y los gendarmes sólo les vieron de espaldas, y un momento y a varios metros de distancia. Tuvieron que ponerles a todos en libertad. Y entre ellos, naturalmente, a Sugar Ray Hoffman que fue de los primeros detenidos.

—La ha tomado conmigo, inspector —protestó airado el americano—. Tendré que quejarme a las autoridades consulares de mi país.

—No creo que le hicieran mucho caso —respondió Merling—. Si piden antecedentes suyos a la Policía americana, lo único que sentirán es que le pongamos en libertad.

Sin embargo, había algo que le hacía dudar de la intervención

de Hoffman en los crímenes recientes. Se lo decía con entera claridad a uno de sus ayudantes momentos después de que Sugar saliese de la Jefatura de Policía, luego de una detención que no se había prolongado sino el tiempo que duró la fallida tentativa de reconocimiento.

Voy creyendo que no tiene nada que ver en todo esto.

—Pero —objetaba el agente Daniel Meyer—, es indudable que estuvo cerca del lugar en que fue asesinado Harding a la hora de cometerse el crimen; y en cuanto a su coartada de anoche, no acabo de fiarme de ese René.

—Yo tampoco. Pero hay cosas que no podemos perder de vista. En Amberes sabemos que funciona una organización de contrabandistas de diamantes desde mucho antes de que Hoffman saliese de América. Además, tanto los dos últimos crímenes, como otros varios cometidos con anterioridad fueron siempre perpetrados alrededor de la misma hora.

—Puede ser una simple coincidencia.

—Quizá sí, pero acaso nos enfrentemos con un tipo anormal, con un asesino que tiene la obsesión de inmolar a sus víctimas al atardecer. Sugar me parece un individuo peligroso, capaz de todo por conseguir dinero, pero en modo alguno un desequilibrado. Habrá que buscar por otro lado.

Mayer aventuró algunos nombres más o menos sospechosos. Merling movió negativamente la cabeza. Ni siquiera concedía mucha importancia a Burkner. Como máximo, llegaba a considerarle como simple brazo ejecutor —aunque hasta ahora no hubiese logrado reunir las pruebas precisas para lograr su condena—, pero nada más.

—Es posible que la explicación la tengamos en el Excelsior.

—¿Wakeford? Apostaría que sí. Afirma que tiene grandes negocios en Holanda y Alemania, pero yo creo que...

—No creas nada, porque no me refería a él. Para mí el verdadero sospechoso es Paul André Robic.

—¿El millonario americano?

—No estoy nada seguro de que sea millonaria ni americano. Por lo menos no era ninguna de las dos cosas hace veinte años cuando fue condenado en Leopoldville por traficar en diamantes.

Unas horas después, el inspector Merling se entrevistaba con

Paul André Robic. El resultado de su charla no tuvo nada de satisfactorio. Robic no negaba haber estado preso en el Congo belga, pero sostenía que su causa fue revisada, logrando ser absuelto al demostrar la falsedad de las imputaciones lanzadas contra él. Afirmaba también ser presidente de un poderoso sindicato diamantífero que explotaba distintos yacimientos el Congo y en la Unión Sudafricana y haber conseguido la nacionalidad americana en 1940. Todo esto, claro está, podía ser verdad o no serlo.

Al final de la entrevista, Paul André hizo a su visitante una pregunta sorprendente:

—¿No habrá sido, por casualidad, Moisés Raul Famenchon? —inquirió asombrado el inspector.

—Y ¿qué tiene que ver en todo esto Moisés Famenchon? —inquirió asombrado el inspector.

—Posiblemente bastante. Hubo un tiempo lejano en que fuimos amigos. Ya no lo somos. El daría quizá la mitad de su fortuna por quitarme de en medio...

Mientras, totalmente tranquilizado con respecto a la Policía belga, viendo incluso que había cesado la vigilancia montada en torno suyo, Sugar Ray Hoffman trabajaba de lleno con sus nuevos compañeros. Hubo de hacer en pocos días dos viajes de prueba. El primero consistió en ir a Ámsterdam para hacerse cargo de un automóvil que condujo sin la menor dificultad a Amberes. Aunque no lo supiera hasta más tarde, dentro de la cámara de la rueda de repuesto venían algunas piedras por cuyo paradero se interesaba más de la cuenta la Policía holandesa y que podían considerarse seguras una vez atravesada la frontera belga.

El segundo viaje resultó más expuesto y accidentado. Consistió en transportar unas cajas conteniendo, al parecer, herramientas hasta un pueblecito alemán de la zona de ocupación inglesa. Habían de cruzar la frontera por una carretera de tercer orden al sur de Maestrich. Tropezarían con un puesto de vigilancia, pero el aduanero belga estaba comprado y les dejaría pasar sin hacerles preguntas molestas.

—Si sale bien el negocio —dijo Wakeford—, habrá dos mil dólares para cada uno.

Maurice, que le acompañó en el viaje —entre otras razones porque conocía el camino a seguir y al individuo que había de

hacerse cargo de la mercancía—, le explicó el contenido de las cajas. Me eran estupefacientes como en algún momento llegó a pensar Hoffman, sino grandes cantidades de cortisona y estreptomicina. Asombrado, exclamó Sugar:

—¡Pero si pueden mandarlas legalmente!...

Maurice se rió de su ingenuidad. Legalmente podrían mandarse los medicamentos cuya procedencia pudiera justificarse. Pero aquellas cajas habían sido sustraídas de los almacenes del Ejército americano en el puerto de Amberes. Quienes las esperaban en Alemania eran gentes que se las arreglarían para mandarlas al otro lado del telón de acero, donde tales medicamentos escaseaban más de la cuenta.

—¿Y los pagan bien?

—Si no los pagasen, no se los enviaría el «boss». Es un negocio para todos, porque tampoco los «boches» trabajan por amor al prójimo.

No tuvieron el menor tropiezo en el viaje de ida. Acaso se entretuvieron más tiempo del conveniente al otro lado de la frontera, y cuando quisieron atravesarla de nuevo hubo quien les cerró el paso. Sin hacer caso al alto que le daban los guardias fronterizos, Hoffman pisó el acelerador del coche.

Oyeron silbar las balas a su espalda, saltó hecho añicos el ventanillo posterior del automóvil, pero lograron pasar sin mayores daños. Hubieron luego de dar una serie de vueltas y revueltas para despistar a quienes pudieran seguirles la pista y tapar con habilidad los agujeros abiertos por los balazos en la carrocería del coche. Por fortuna, o los aduaneros no le concedieron gran importancia o las autoridades superiores no pusieron excesivo empeño en su busca y captura. El hecho cierto es que pudieron regresar a Amberes, tras unas horas de rodar por las carreteras belgas, sin que nadie volviera a molestarles.

—Será simple casualidad —dijo en un momento dado Maurice—, pero ¿no te parece sospechoso que a la ida nos dejasen pasar y a la vuelta, cuando veníamos de vacío, hayan estado a punto de cazarnos como conejitos?

—¿Quieres decir que los «amigos» de la frontera tenían orden de liquidarnos?

—¡Hum! No me atrevo a decir tanto. Pero yo no le soy muy

simpático a Burkner. Y tú... Bueno, tú me parece que haces sombra a quién está por encima de Andy Sam y de Wakeford.

—El «boss» fantasma que te quita el sueño, ¿no? —preguntó en tono irónico Sugar.

—Desde luego. ¡Y ojalá no te quite a ti algo más que el sueño!...

Si había algo de cierto en los temores de Maurice, no se exteriorizó en el recibimiento que sus compañeros les hicieron a su regreso a Amberes. Hablaron con Burkner primero, que les felicitó en nombre del jefe. Luego fue el propio Wakeford quien les invitó a ir al Excelsior aquella misma noche para cenar en su compañía.

—Parece que ya no le importa que le vean con nosotros.

—O que tiene interés en confiarnos para cogernos más desprevenidos —explicó, siempre receloso, Maurice.

Había, no obstante, una posible explicación menos alarmante. Satisfecho de su actuación, Wakeford quería demostrarles su complacencia con una invitación extraordinaria. Además, y como insinuó por teléfono:

—Os pagaré personalmente y os daré un encarguito para mañana. Será un trabajo sencillo. Pero podéis ganar cuatro billetes de los grandes.

Cuando llegaron al hotel, Wakeford, que hablaba en el vestíbulo con un caballero de aspecto elegante y tez tostada por soles africanos, les hizo un gesto disimulado de que esperasen sin acercarse. Maurice dio con el codo a Hoffman.

—Fíjate en ese tipo, muchacho. Te aseguro que merece la pena.

—¿Quién es?

En labios de Maurice apareció el nombre de Paul André Robic. Añadió que se trataba de un millonario, belga de nacimiento, pero americano de nacionalidad. Sugar se encogió de hombros. En América había muchos millonarios que habían nacido en todas las partes del mundo.

—Pero éste, si no me equivoco, es el «boss» que está por encima de Wakeford, el jefe supremo por quien tanto te interesabas hace muy pocos días...

NIÑO:

Ahora estás a tiempo de coleccionar
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡MAGNIFICOS Y VALIOSOS REGALOS!

III

PERSECUCIÓN ENTRE LA NIEBLA



L «trabajo» que Wakeford tenía que encargarles no resultaba en apariencia demasiado expuesto ni complicado. Consistía, pura y simplemente, en presentarse a las ocho de la noche del día siguiente en el número 17 de la rue des Tailleurs, preguntar por Walter y hacer lo que éste les dijese.

—Maurice ya le conoce. Es posible que tengáis que sacar un «fiambre» para tirarlo al río. Es una tarea sencilla y habrá cuatro billetes.

—¿Para cada uno? —inquirió el belga.

—Para los dos. Si tuvierais que liquidarle vosotros, doblaría la

tarifa, pero no creo que se dé el caso.

Afirmaba que la faena no ofrecía el menor riesgo. Aquella parte de la ciudad, poco frecuentada a cualquier hora, quedaba prácticamente desierta apenas anochecía. La niebla, que todas las tardes envolvía en espesas brumas las calles de Amberes, facilitaría su labor. Sacar al muerto de la casa, meterle en un coche parado ante la puerta y conducirlo hasta la cercana orilla del río sería un juego de niños.

—Que puede llevarnos a la horca —murmuró descontento Hoffman—, si llega a vernos alguien.

—No os verá nadie. Maurice ya hizo algo de esto y sabe que no hay el menor peligro.

—¿Y quién será el muerto?

—Eso no es cuenta tuya. Un tipo que nos estorba, naturalmente. Está enterado de muchas cosas y conviene cerrarle la boca.

Sugar no parecía muy contento con el encargo. De buena gana lo hubiera rechazado. Advirtiendo su estado de ánimo, Wakeford hubo de decirle, en tono ligeramente burlón:

—¿Te da miedo, amiguito? Pues presumías mucho de valiente la otra tarde en casa de René.

—Una cosa es tener miedo y otra muy distinta que no me agrade un trabajito. Y menos sin saber de quién se trata...

—Acaso lo sepas después. Pero convendría que recordases que no me gustan los curiosos. Ni los que discuten mis órdenes.

Hoffman acabó, naturalmente, por dar su asentimiento. Terminada la cena, salió del Excelsior en unión de Maurice. Una vez en la calle, preguntó a su compañero:

—¿Quién vive en esa casa?

—Un viejo judío al que no he visto jamás la cara. Se llama Cohen y compra y pule diamantes. Cuando estuve allí me entendí con Walter, que es un tipo alemán.

Una repentina sospecha asaltó a Sugar. ¿No sería aquel Cohen, el misterioso jefe de la organización, a quién ambos pertenecían? Maurice movió negativamente la cabeza. El judío debía ser un agente más entre los muchos que se dedicaban al tráfico de piedras sin importarles mucho la procedencia de las mismas.

—Para mí, el «boss» tiene que ser ese Robic. Aquí pasa por millonario americano, pero en la cárcel de Leopoldville no pasaba

de ser ladrón.

Hoffman no estaba en condiciones de afirmar o negar nada con respecto a un individuo al que no había visto hasta unas horas antes y con el que nunca cambió una sola palabra. En realidad, más que aquel tipo le interesaba de momento el trabajo que tenían encomendado para el día siguiente. ¿Había intervenido Maurice en algo parecido?

—Parecido, no; igual. Fue hace doce días. Long Peter y yo tuvimos que sacar a un individuo que tenía el cuerpo como una regadera. El que le sacudió no debía querer que flotase cuando le tirásemos al río y le llenó el estómago de plomo.

Involuntariamente se estremeció Sugar. Ya sabía que el hombre acerca de cuya muerte le interrogó con tanta insistencia el inspector Merling era el mismo que había tropezado con Magdeleine Rivet enfrente de la casa de Famenchon. Pero hasta entonces ignoraba que hubiera sido asesinado tan cerca del lugar en que debía encontrarse en el momento mismo de cometerse el crimen.

—Pues fue una suerte que la «bofia» no lo supiera —comentó Maurice—, porque te hubieras visto en un buen aprieto.

Por si acaso, convinieron en que al día siguiente no aparecerían por la Rue des Tailleurs hasta las ocho en punto. Procurarían arreglar el asunto en contados minutos y volver a toda prisa al cafetucho de Rene, donde procurarían que les viese la gente y de donde aparentarían no haberse movido en ningún instante.

De acuerdo con el plan trabado, se reunieron en la taberna de la Rue D'Austriche a las cinco de la tarde siguiente. Acodados al mostrador estuvieron bebiendo unas copas de ginebra. Allí podrían verle muchas personas que asegurarían en caso preciso que se hallaban a una milla de distancia de la casa donde iba a cometerse el nuevo asesinato.

Pero a las cinco y media, con el semblante ligeramente alterado y cara de evidente mal humor, hizo su aparición Andy Sam Burkner. Hizo una seña a sus amigos para que le siguiesen, y una vez en el reservado, explicó:

—Contraorden, muchachos. El asunto queda aplazado hasta nueva orden.

Maurice gruñó algo en son de protesta. Se había encariñado con la idea de ganar un par de billetes con un trabajo en extremo fácil y

no le agradaba verlos desaparecer cuando ya creía tenerlos en el bolsillo.

—No hay nada que hacer por ahora, amiguitos. La «bofia» ha metido las narices en la casa de Cohen, y si aparecéis por allí, lo más probable es que os den un disgusto serio.

—¿Y han encontrado el «fiambre»? —inquirió Sugar.

Burker negó en redondo. No lo habían encontrado por la sencilla razón de que no había ningún cadáver en la casa. La presunta víctima no tenía que ir por allí hasta las siete de la tarde. Maurice creyó comprender. Seguramente aquel individuo había recelado algo, avisando a la Policía de la trampa que le tendían.

—¡Ni por lo más remoto! Iban buscando otra cosa. Esperaban encontrarse montones de diamantes robados. No dieron con ellos, naturalmente; pero se han llevado a Walter.

—¿Y al viejo Cohen, no? —preguntó Maurice.

—Ese judío es demasiado listo para dejarse atrapar. No estaba en casa cuando fue la «poli». Tendrán que conformarse con interrogar al alemán y dejarle tranquilo al convencerse de que no hay nada contra él.

De todas formas, Walter se hallaba todavía en la Jefatura de Policía. Era probable que le pusieran en libertad aquella misma tarde, pero también que algún agente vigilase la Rue des Tailleurs.

—¿Qué pasará cuando vaya el tipo que iba a recibir el regalito?

—No irá. Cohen se encargará de avisarle y aplazar la entrevista dos o tres días. Pero eso no es cuenta vuestra. Por esta tarde no hay nada que hacer. Podéis ir donde os parezca.

Minutos después, los tres hombres salían de la taberna, separándose en la misma puerta. Burker tomó el coche en que había venido; Maurice se dirigió al puerto para ver a unos amigos llegados aquella tarde en un barco de carga de la White Star. Sugar paseó un rato con aire distraído; luego subió a un tranvía y se dirigió al centro de la ciudad.

Al aparecer en la Place Vert quiso la casualidad que se encontrase con Magdeleine Rivet, que se bajaba de otro procedente del lejano arrabal de Wilryck y se dirigía a buen paso hacia la Rue National. Hoffman apresuró su marcha y abordó a la joven, que le reconoció en el acto y no pareció molesta por su presencia.

Sugar tenía que dar las gracias a la chica. Cuando la Policía la

interrogó acerca de las andanzas de Hoffman la tarde del asesinato de Harding, la muchacha confirmó que la había acompañado hasta Wilryck.

—Me hizo un gran favor, «*mademoiselle*». Nada tenía que ver en el asunto, pero sin su declaración me hubiesen mareado un poco.

—Me limité a decir la verdad, y nada tiene que agradecerme.

Afirmó que no creía posible que su interlocutor hubiera hecho nada malo. Sin embargo, y con una curiosidad muy femenina, quiso saber por qué el inspector Merling parecía sospechar de él. Hoffman se encogió de hombros:

—¡Bah! La Policía sospecha siempre de los extranjeros. Tuve la desgracia de que un guardia se fijase en mí poco antes de encontrarla, y como suponían que el crimen se cometió en estos alrededores...

Desvió con rapidez la conversación. Fingió recordar —aunque no lo había olvidado en ningún instante— que la muchacha acababa de encontrar una magnífica colocación la tarde que, se vieron por vez primera. ¿Estaba contenta con su nuevo empleo?

—Sinceramente, no —repuso Magdeleine—. Me agrada tener un buen sueldo, naturalmente; pero me agradecería mucho más si supiera que me lo ganaba con mi trabajo.

—¿Y no es así?

—Hasta ahora, no. Empecé viniendo cinco horas; algunos días no vengo más de tres y la mayor parte del tiempo me lo paso sin hacer nada. No es cosa que me guste.

Llevaba siete años ganándose el pan con su trabajo. Tuvo que hacerlo cuando quedó sola en el mundo al morir su madre en los tiempos difíciles de la ocupación alemana. Había recorrido en ese tiempo diversas oficinas de Lieja, Bruselas y Amberes; conocía lo suficiente la vida para saber que nadie da algo a cambio de nada. Sugar creyó comprender. Apretando irritado los puños inquirió:

—¿Se ha atrevido ese Famenchon a ofenderla?

La muchacha movió la cabeza en gesto negativo. Raul Famenchon era un tipo bastante extraño y desconcertante. La pagaba un buen sueldo, pero no la daba excesivo trabajo. Aunque tenía muchos negocios, apenas sí de tarde en tarde dictaba alguna carta a Magdeleine. O escribía personalmente las cartas o resolvía los asuntos por teléfono. La joven no le veía mucho; algunos días ni

siquiera cambiaba una sola palabra con él.

—Pero a veces me mira de una manera que me desagrada profundamente. Hay en sus ojos una expresión extraña que me intranquiliza. A veces siento haber dejado la anterior oficina.

No era nada concreto, sin embargo. Quizá fuera un exceso de imaginación suya. De cualquier forma, no se encontraba a gusto en la suntuosa mansión de Raul Famenchon.

Sugar no creía totalmente desprovistos de fundamento los temores de Magdeleine. Acaso por considerarle una de sus posibles víctimas, había estudiado un poco el tipo y las andanzas del misterioso Famenchon. Tropezó con muchas lagunas y puntos oscuros en su ligera y precipitada información. Pero había algo que no ofrecía la menor duda: que pese a que había doblado unos años atrás el cabo del medio siglo, seguían gustándole más de la cuenta las muchachas jóvenes, no mostrándose excesivamente escrupuloso en la elección de procedimientos para llegar hasta ellas.

Parecía que uno de sus métodos favoritos consistía en ofrecer a jovencitas necesitadas un sueldo casi fabuloso a cambio de un trabajo cómodo y sencillo. Ninguna de las múltiples secretarias había durado mucho a su lado, y todas tuvieron motivos para lamentar haber aceptado el «generoso» ofrecimiento del millonario.

—¿Por qué no le deja usted de una vez? Acaso fuera lo mejor.

Magdeleine respondió con toda sinceridad. No lo hacía por no tener ningún otro empleo a la vista. También porque tenía plena confianza en sí misma. Tan pronto como Famenchon se atreviese a hacerla la menor insinuación, saldría de su casa para no poner allí los pies en el futuro.

—Acaso fuera mejor que no volviera ya. Puede verse en cualquier aprieto. Si yo pudiera servirla en algo...

Llegaban ya ante la casa del millonario, cuando la mirada de Hoffman tropezó con el edificio inmediato de la Rue des Tailleurs, en cuya puerta se veía el despintado rótulo de Moisés Cohen. Tuvo curiosidad por saber si la muchacha había oído hablar del judío.

—Debe de ser un individuo entregado a negocios muy raros. A Pierre, el criado, no parece hacerle demasiada gracia su vecindad.

Cuando se despidió de la joven estuvo un rato examinando la vivienda del misterioso Cohen. Era una casa, más vieja que antigua, de aspecto miserable. Constaba de dos plantas, en las paredes se

veían grandes desconchones y los cristales de las ventanas parecían tener un dedo de polvo. Evidentemente, al judío no le preocupaba el aspecto exterior de su morada.

La casa, cerrada a piedra y lodo, daba la clara sensación de estar abandonada. Sugar sintió el extraño deseo de verla por dentro. Como había caído la noche, la calle aparecía desierta y la niebla se espesaba por instantes, no parecía ofrecer el proyecto grandes dificultades. Forzar una de las ventanas y penetrar en el interior sería un juego de niños. Claro está que Walter podía regresar o presentarse la Policía para efectuar un nuevo registro, pero eran riesgos que merecía la pena correr.

La acción siguió sin dilaciones al pensamiento. Un minuto después tanteaba las ventanas del piso bajo, hasta que dio con una que no parecía demasiado resistente. Del bolsillo de la trinchera sacó una especie de palanqueta. Miró a uno y otro lado hasta convencerse de que nadie le observaba y se entregó a su tarea.

La ventana se abrió con un leve chasquido. Permaneció un instante inmóvil, por si alguien le había oído. Cuando se convenció de lo contrario, transpuso con agilidad felina el alféizar y se encontró en el interior de la casa, que parecía en completo abandono, hundida en el silencio y la oscuridad.

Luego de cerrar la ventana encendió una pequeña linterna de bolsillo y examinó la tienda. En las polvorientas estanterías se veían diversos y heterogéneos objetos, ninguno de los cuales debía tener el menor valor. Había varias vitrinas que originalmente debieron estar destinadas a la exhibición de piedras preciosas, pero que ahora estaban vacías, excepción hecha de algunas pequeñas balanzas de precisión.

A Hoffman no le sorprendió el aspecto sucio y abandonado de la tienda. Por anticipado sabía que no hallaría allí nada del menor interés. De encontrarlo estaría más adentro: en la habitación que servía de despacho al misterioso Cohen y, sobre todo, en la cajita de caudales donde guardaba los diamantes.

Avanzó hacia allá, a lo largo de un oscuro pasillo, tomando toda clase de precauciones. De pronto, a sus oídos llegó un leve ruidillo, como de una persona que se remueve inquieta en su asiento. Mirando hacia el fondo del pasillo le pareció ver que por debajo de la puerta del despacho del viejo judío, el sitio precisamente donde,

según Maurice, habían recogido el cadáver de Ben Harding, pasaba un débil hilillo de luz.

Caminando con un cuidado extraordinario para no hacer el menor ruido, y luego de apagar y guardarse la linterna eléctrica, empuñando en lugar suyo la pistola, llegó junto a la puerta que estaba entornada. Empujándola con suavidad, lanzó una mirada al interior de la habitación.

Era un cuarto de paredes desnudas. Al fondo había una gran mesa; sobre ella, encendida, una lámpara portátil. Sentado tras de la mesa, un individuo estaba examinando unas piedras. Era aquel tipo lo que más interesaba a Hoffman. Tenía una nariz ganchuda y una barbilla saliente que parecían denunciar su claro origen semítico. Se ataviaba con un largo caftán negro. Indudablemente, se trataba de Moisés Cohen.

De pronto hubo algo que estuvo a punto de arrancar a Sugar un grito de sorpresa. Cohen, creyendo que nadie le observaba, acababa de apartar un instante las largas narices del rostro para colocárselas en forma menos molesta. Se trataba de unas narices de cartón. Sugar comprendió lo que aquello significaba: el aspecto del viejo judío era un simple disfraz. Posiblemente no fuera ni viejo ni judío. ¿Quién sería realmente el supuesto Moisés Cohen? ¿Acaso aquel Paul André Robic?

Debió de hacer algún ruido involuntario que traicionó su presencia, porque Cohen levantó la cabeza, fijando la mirada con aire receloso en la puerta. Hoffman, sabiéndose descubierto, decidió actuar con rapidez y energía. Abriendo de par en par la puerta, gritó:

—¡Quieto! Al menor movimiento...

La lámpara se apagó de repente; en su lugar se encendió un foco que proyectaba su haz lumínico sobre la puerta de entrada, dejando en la oscuridad más completa la mesa y sus alrededores. Sugar parpadeó un instante deslumbrado, sin decidirse a apretar el gatillo por miedo a errar la puntería.

—La curiosidad te costará la piel, amiguito...

Algo silbó muy cerca de su oreja derecha; una segunda bala vino a clavarse en el marco de la puerta. Comprendió que Cohen estaba tirando con una pistola provista de silenciador. De un salto se parapetó en el umbral y respondió a balazos.

Tiraba un poco al azar, sin saber dónde podía encontrar a su enemigo. Advirtió que sus balazos se perdían en el vacío. Entonces tiró contra el foco, que saltó hecho trizas, dejando la habitación envuelta en penumbras. Por lo menos, así combatirían ambos en las mismas condiciones.

—Todo es inútil, muchacho. De aquí irás a parar al río...

Apuntó al punto de donde salía la voz, pero sintió rebotar los balazos en la piedra del muro, mientras a sus oídos llegaba una carcajada burlona.

—No escaparás vivo...

Por vez primera en su vida, Hoffman conoció el miedo. Estaba seguro, plenamente seguro, de haber dado con sus balazos en el punto exacto de donde partía la voz. Sin embargo, lejos de escuchar un grito de agonía, a sus oídos no llegaban más que carcajadas burlonas y frases amenazadoras. Tiró de nuevo hasta agotar el cargador de la pistola; luego sólo pensó en huir.

A oscuras, en una casa desconocida, con un enemigo que parecía invulnerable, sin saber si a su espalda podría haber otros seis o siete individuos prestos a cerrarle el camino de huida, era una locura continuar allí. Encender la linterna para tratar de localizar al supuesto Cohen hubiera sido un suicidio. Mientras a tientas procuraba meter un nuevo cargador en la «*Parabellum*», fue retrocediendo lentamente, procurando taladrar con sus ojos las tinieblas, caminando pegado materialmente a la pared. Por dos veces sé volvió, para tirar a ciegas sobre el fondo del pasillo, más que con la esperanza de herir al judío, con el deseo de impedir que se le echase encima por la espalda.

Cuando con un suspiro de alivio llegaba a la ventana por dónde había penetrado, escuchó ruido de pasos y el golpetazo dado por una puerta al cerrarse de golpe. ¿Habría salido Cohen, adelantándose, para cazarle en plena calle al saltar por la ventana? Era lo más probable.

Se asomó, extremando las precauciones. De la puerta se apartaba en aquel instante la figura de un hombre, que se alejaba con paso rápido hacia la esquina inmediata. Indudablemente, era el supuesto Cohen que huía, temeroso de que el estrépito de los disparos atrajesen la atención de la Policía. El negro caftán había sido sustituido por un abrigo oscuro; posiblemente se habría

quitado también las narices ganchudas y la puntiaguda barbilla. Mejor. Así podría saber a quién ocultaba aquel disfraz.

En plena calle, y con una pistola en la mano, Sugar Ray no temía a nadie. La niebla impedía la visión a unos pasos de distancia, especialmente en aquella parte de la ciudad vieja que no era un prodigio de alumbrado. Pero nada de esto podía asustar a Hoffman.

De un salto estuvo en la acera. Sin perder tiempo en volver la cabeza para ver si alguien le perseguía, marchó tras los pasos del fugitivo. ¡Ya era tiempo! El individuo que escapaba le llevaba cerca de diez metros de ventaja y doblaba en aquel instante la esquina, volviéndose un, segundo para mirar hacia la casa. La luz de un farol le dio entonces de frente en el rostro. A pesar de la distancia, Sugar le reconoció con un grito de asombro.

—¡Paul André Robic!

Aunque sólo pudo mirarle durante una décima de segundo, no había duda posible. ¿Tendría razón Maurice y sería Robic el jefe supremo del «gang»? Las pruebas parecían indiscutibles. Y lo que Maurice no llegó siquiera a sospechar: que el famoso y misterioso Moisés Cohen no fuese en realidad sino un disfraz del supuesto millonario americano, huésped del Hotel Excelsior.

Corrió decidido a darle alcance. Pero al doblar la esquina advirtió que Robic había corrido también y era sólo una sombra confusa que desembocaba ya en la Rue Haute. Le llamó a gritos, pero no obtuvo respuesta. Desdeñando el posible riesgo de encontrarse con un balazo, siguió adelante. Le pareció verle de lejos dirigirse hacia el Quai Van Dyck, que corre por la margen derecha del Escalda. Por desgracia, allí la niebla era todavía más espesa y era imposible la visión a cinco metros de distancia.

Fue de un lado para otro con la vana esperanza de tropezar con el fugitivo. Abordó a dos individuos, únicamente para convencerse, cuando les vio la cara, que no tenían el menor parecido con Paul André. Al fin, cansado de sus infructuosas correrías, se detuvo junto al viejo castillo medieval dónde está instalado el Museo Steen.

Era inútil seguir en los muelles pensando echar mano a Robic. Lo único que podría conseguir era que éste le aguardase parapetado en cualquier esquina y le metiese unos balazos entre pecho y espalda. Pensó un rato acerca del camino que le convenía seguir. Resolvió, al cabo volver a su punto de partida. Si la Policía no había

invadido la Rue des Tailleurs, atraída por los disparos, acaso pudiera penetrar en la casa de Cohen, una vez huido éste, y registrarla con toda calma y tranquilidad.

Habrían transcurrido tres cuartos de hora de su huida cuando nuevamente se encontró delante del sórdido edificio. Tanto la calle como la casa aparecían en completa calma, envueltas en un profundo silencio. ¿Cómo los tiros no habían sembrado la alarma en todos los alrededores? Sólo cabía una explicación: que los muros de la casa fueran tan gruesos que no dejaran pasar ningún ruido al exterior.

En cierto sentido, lo celebraba. Así podría actuar con entero desembarazo sin ser molestado por nadie. Y acaso pudiera, al fin, encontrar la clave del enigma.

Le sorprendió advertir que la ventana por la que saltó, y que creía haber dejado abierta, estaba cerrada. En cambio, la puerta no estaba cerrada con llave. ¿Se trataba de una trampa, o Robic había huido con tanta precipitación que se olvidó de cerrarla? Pero entonces, ¿quién había cerrado la ventana? ¿Había soltado la Policía a Walter y era éste quien cerró el camino que le sirvió para escapar?

No podía contestar a tales preguntas, pero decidió salir de dudas averiguando si había alguien dentro. Entró sin hacer el menor ruido, empuñando con mano firme la pistola, decidido a disparar tan pronto como viese un bulto y oyese cualquier ruido sospechoso.

Cuidando mucho de no encender la linterna, conteniendo incluso la respiración, atravesó la tiendecilla y se dirigió al pasillo que ya conocía. Quería llegar al despacho de Cohen y ver qué era lo que el judío examinaba con tanto interés en el momento de su anterior irrupción.

Llegaba al arranque del pasillo, cuando a sus oídos llegó la voz angustiada de Magdeleine, gritando colérica:

—¡Miserable! ¡Canalla! ¡Suélteme en el acto o...!

Sorprendido por la presencia de la muchacha en aquella casa, echó a correr olvidando todas las precauciones. La puerta del despacho se abrió de par en par y en el umbral apareció un individuo empuñando una pistola y preguntando amenazador:

—¿Quién anda ahí? ¡Alto o disparo!

Fue Hoffman quien tiró, adelantándose. Herido en la cabeza, el

desconocido se derrumbó con un ahogado gemido. Sugar no perdió tiempo en mirarle. Saltando por encima de él, se precipitó en el despacho.

Ante sus ojos apareció un cuadro sorprendente. Magdeleine, intensamente pálida, con la ropa en desorden y los ojos llorosos, acababa de apartarse de un violento empujón de un tipo que se divisaba confusamente al fondo de la estancia, al otro lado de la mesa. El largo caftán negro y la nariz aguileña no dejaba lugar a grandes dudas acerca de su identidad.

—Ahora ajustaremos las cuentas...

Sugar volvió a disparar, pero falló la puntería. Cohen se había echado precipitadamente a un lado, mientras se apagaba las luces de la habitación. Hoffman no se atrevió a seguir disparando, temeroso de herir en la oscuridad a la muchacha.

Un segundo después, Magdeleine se le echaba encima, casi le abrazaba, suplicando desesperada:

—¡Sáqueme de aquí! ¡Sálveme!

—Moriréis los dos —repuso una voz burlona al fondo de la habitación en penumbras—. Así veréis quién es el más fuerte...

Furioso, Sugar tiró por encima del hombro de la joven contra el punto de donde parecía salir la voz. La respuesta fue una carcajada y un balazo se llevó el sombrero de Hoffman. Como una hora antes, Sugar experimentó un repentino terror, aunque ahora más por la joven que por sí.

—Salga corriendo. Aquí no podemos seguir...

Empujó a la muchacha a lo largo del pasillo. Sintió entonces que nuevas avispas de plomo zumbaban en torno a sus oídos, buscando carne en que clavarle. Tiró una vez más contra el fondo del despacho, sin esperanza alguna de herir a su enemigo, y siguió a la joven. A su espalda tornó a resonar la voz amenazadora:

—¡No iréis muy lejos, amiguitos!

A mitad del pasillo alcanzó a Magdeleine, forzándola a correr más aprisa. Cruzaron sin detenerse la tiendecilla, y dos segundos después se encontraban en la calle.

Pero el peligro no había pasado. Apenas habían dado tres pasos por la acera, cuando en la esquina de la Rue National aparecieron dos individuos. Sin hablar palabra, la emprendieron a tiros contra ellos. Por fortuna, estaban muy nerviosos, la niebla dificultaba la

visión y fallaron la puntería. De cualquier forma, no era posible tratar de seguir en aquella dirección.

—¡Corra hacia el otro lado, «*mademoiselle*»! ¡Yo iré detrás!

Pegado a la pared tiró contra sus dos enemigos. Aunque no hizo blanco, sus disparos forjaron a los desconocidos a guarecerse en la esquina. Sin perder segundo, Sugar echó a correr con toda la velocidad que le permitían sus piernas, siguiendo a la muchacha.

Corrieron durante tres o cuatro minutos, sin hablar palabra, sintiendo tras ellos los pasos de sus perseguidores. Por fortuna, la niebla era tan espesa, que no podían verles a más de diez metros de distancia, a menos que se parasen junto al algún farol, y tuvieron buen cuidado de rehuirlos todos.

Llegaron sin detenerse hasta el Quai Platin, en las mismas orillas del Escalda. Allí hicieron un breve alto, para tomar aliento. Escucharon con atención y respiraron satisfechos al no oír los pasos de sus perseguidores.

—Creo que conseguimos despistarlos —dijo Sugar—. De cualquier forma, no debemos quedarnos aquí.

Echaron a andar con paso rápido, alejándose del lugar de la pelea. La noche estaba oscura y desapacible. Aparte de la niebla, caía una lluvia fina y persistente y hacía un frío intenso. Esto, unido a la costumbre local de retirarse temprano para madrugar mucho, hacía que las calles estuvieran desiertas. Si alguien había oído los disparos, y por fuerza tendrían que haberlos oído, no querría meterse en averiguar lo sucedido, con grave riesgo de recibir un balazo en la oscuridad.

Mientras caminaban por el Quai Platin, Magdeleine contó en breves palabras lo sucedido. Aquella noche ocurrió lo que había temido. Famenchon se atrevió a proponerla que fuese su amiga. Cuando la muchacha replicó airada, su jefe pretendió abrazarla. Furiosa la joven, respondió con una bofetada, recogió su impermeable y echó a correr.

Tardó algún tiempo en abrir la puerta, porque Pierre no estaba y no acertaba con la cerradura. Por su parte, Famenchon, que había quedado en el despacho, desconcertado por la reacción de la chica, no pretendió seguirla.

—Me creí a salvo al llegar a la calle, pero fue entonces cuando vino lo peor.

Saliendo de entre la niebla, dos individuos se le echaron encima por la espalda. La taparon la boca para impedirla gritar, la propinaron algunos golpes que casi la privaron del conocimiento y luego la arrastraron a la casa de la rue des Tailleurs.

Cuando Magdeleine recobró por entero su conocimiento se vio entre los brazos de un tipo de nariz ganchuda, ataviado con un largo caftán, que pretendía besarla. Se defendió cómo pudo, luchó con todas las fuerzas de la desesperación y ya estaba a punto de darse por vencida cuando apareció Hoffman.

—De no ser por usted —terminó llorando la muchacha—, no sé qué hubiera sido de mí.

Cogiéndola de un brazo, Sugar intentó consolarla. El peligro había pasado. Los culpables no tardarían en recibir su merecido. Magdeleine quería acudir a la Policía. Sugar se opuso:

—Déjelos de mi cuenta. Le aseguro que ese maldito Cohen no volverá a las andadas.

Vieron de pronto los faros de un automóvil que avanzaba en dirección opuesta a lo largo del Quai Platin. Lo tenían casi a su lado, marchando a una regular velocidad, antes de que Hoffman se diera cuenta del peligro que entrañaba. Repentinamente creyó percibir el cañón de una «Thompson» y procedió con celeridad vertiginosa.

De un violento empujón tiró al suelo a Magdeleine, pegada a la pared; con movimiento rápido se arrojó casi encima, cubriéndola con su cuerpo, mientras sacaba del bolsillo la «*Parabellum*», cuya culata no había soltado un solo instante.

Al sentirse empujada, la joven lanzó un grito de asombro y temor. Quiso preguntar lo que aquello significaba, pero la contestación vino en forma dramática casi antes de que llegase al suelo. De la ventanilla del coche surgió una ligera llamarada, se escuchó el inconfundible tableteo de una ráfaga de ametralladora y quince o veinte balazos silbaron por encima de su cabeza, rebotando contra las losas de la acera y el ladrillo de la pared.

Con furia ciega, Hoffman disparó a su vez contra el coche que se alejaba, convencidos, quizá, sus ocupantes de que la caída de la pareja era fruto de su descarga. Un grito de dolor indicó que sus balazos no se habían perdido en el vacío, pero el automóvil continuó su marcha y a los diez segundos había desaparecido entre

la niebla.

—¿Te han herido, Magdeleine? —inquirió Sugar, ayudando a levantarse a la joven y tuteándola sin darse cuenta de que lo hacía.

—Creo que no —repuso la muchacha, medio abrazándole—. ¡Otra vez me has salvado la vida!

—Pues hay que correr si no queremos que vuelvan y...

Corrieron cogidos del brazo en dirección opuesta a la seguida por el automóvil. La ráfaga disparada había puesto en movimiento a los guardias que vigilaban en el muelle cercano. Agudos silbidos policiacos desgarraron el silencio de la noche.

Un minuto después, casi tropezaban con dos hombres uniformados que les preguntaban alarmados por lo ocurrido. Magdeleine quiso decir algo, pero Sugar, que se había guardado la pistola, se le adelantó:

—Unos tipos que deben haberse vuelto locos. Van en un automóvil tirando con ametralladora contra todos los transeúntes.

Señaló la dirección en que el coche había desaparecido, y los guardias echaron a correr con la vana esperanza de darles alcance. Hoffman y la muchacha continuaron a buen paso. Frente a la Gare de Waes había un «taxi» parado. Subieron a él y Sugar dio la dirección de Magdeleine en el lejano arrabal de Wilryck. Cuando llegaron ante la casa, dijo a la muchacha joven:

—Procure olvidar lo sucedido y dormir con tranquilidad. Le aseguro que no se repetirá lo de esta noche.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Ir en busca de Cohen. Ya sé quién es y dónde puedo encontrarle. Le aseguro que voy a darle una lección que no olvidará mientras viva.

Hizo una ligera pausa y añadió:

—Aunque lo más probable es que no sean muchas las horas que le queden de vida...

IV

EL RAPTO DE MAGDELEINE



LGO más de las once de la noche eran cuando Paul André Robic, en cuyo rostro podían verse huellas de intensa preocupación, se retiraba a sus habitaciones del piso principal del Hotel Excelsior. La jornada había sido afanosa y emotiva, pero no tenía el menor motivo para sentirse satisfecho.

Con aire cansado, penetró en el «*living*», cerró la puerta del pasillo y encendió la luz. Fue entonces cuando llegó a sus oídos una voz amenazadora:

—¡Cuidado, amigo! Levante bien los brazos y no de un solo grito, o tendría que agujerearle la piel.

Obedeció boquiabierto y amedrentado. Al volverse con las manos a la altura de la cabeza, vio a unos pasos de distancia a un individuo alto, descubierto, con la trinchera manchada de barro, que le apuntaba con una pistola en tanto que en sus ojos se leía una firme resolución.

—¿Qué significa esto y quién es usted?

—¡Demasiado lo sabe! —No intente representar una comedia, porque perdería el tiempo.

—Repito que no sé a qué viene esto ni quién es usted.

—¿De veras? Frágil de memoria, ¿eh? Mi nombre es Sugar Ral Hoffman; el suyo, Moisés Cohen.

Robic puso un gesto de incontenible asombro. Por espacio de medio minuto fue incapaz de articular una sola palabra. Al cabo...

—¡Está usted loco! Yo no tengo nada que ver con ese Cohen...

—¿No, eh? Y tampoco ha pretendido cazarme tres veces distintas esta misma noche, ¿verdad?

—¡Desde luego! Jamás pretendí cazar a nadie y menos a un individuo totalmente desconocido para mí.

La firmeza de sus respuestas hizo perder la calma de Hoffman. Acalorado, pero sin levantar la voz, exigió:

—¡Fuera caretas! No estoy aquí para dejarme engañar como un chino. Quiero la verdad, toda la verdad, o le mato como a un perro.

—¿Podría saber qué verdad es la que desea? —inquirió sin dar grandes muestras de temor Robic.

—Todo lo referente al «gang», en primer término. Y saber, después, por qué se disfraza de Cohen y cuál es su juego.

—Ni yo me he disfrazado de Cohen, ni le he visto en todos los días de mi vida. En cuanto a ese «gang» no sé una sola palabra.

—«Okay», amigo —dijo con un suspiro Hoffman—. Está visto que tendré que recurrir a otros procedimientos para hacerle cantar. Pero debía conocerme lo suficiente para saber lo que puede costarle cerrar la «mui». Hay aquí mucho dinero, millones, quizá, y estoy dispuesto a no irme de vacío.

Aunque su tono era amenazador, Robic insistió tecamente en sus negativas. Furioso, Sugar, le interrumpió:

—¿Se atreverá a negar que a las siete de la noche salió corriendo de casa de Cohen y que yo fui detrás hasta que se escabulló entre la niebla?

Robic habló entonces en tono de aparente sinceridad. Había estado poco antes de las siete en la rue des Tailleurs. Concretamente, en la puerta de la casa de Cohen. Afirmaba, sin embargo, que no llegó a entrar, porque cuando se disponía a llamar oyó ruido de tiros en el interior del edificio y se alejó temeroso de verse metido en algún lío.

—¿Y no tiró contra mí con una pistola que tenía puesto un silenciador?

—En absoluto. Puede registrarme y verá cómo no llevo ningún arma.

—Ahora no, pero hace tres horas...

—Tampoco. Escapé precisamente por no tener con qué defenderme.

Afirmaba que había acudido a la rue des Tailleurs, citado precisamente por Cohen. Le había prometido, al parecer, darle una información que consideraba del mayor interés.

—Me transmitió el encargo un industrial americano llamado Wakeford.

Hoffman soltó la carcajada. De sobra sabía Robic quién era Wakeford. No iba, naturalmente, a dejarse engañar por sus habilidades. Irónico, preguntó:

—Tampoco sabe nada de la chica, ¿verdad?

—¿A qué chica se refiere? —inquirió Robic, frunciendo el ceño.

—A la que Cohen secuestró en plena calle cuando salía de casa de Famenchon y que yo conseguí arrebatarse de entre las manos. Acaso pudiera perdonarle todo lo demás, pero que intentara asesinar a Magdeleine...

Al oír el nombre, Robic experimentó una repentina transformación. Bajó los brazos, sin importarle que su adversario siguiera empuñando la pistola, y exigió, interrumpiéndole:

—¿Cuál es su apellido?

—Rivet, Magdeleine Rivet —repuso, un poco desconcertado, Hoffman.

—¿Está seguro, completamente seguro? —preguntó Robic, dando muestras de gran agitación.

—¡Naturalmente! Me lo dijo ella misma y no tenía por qué engañarme. ¿La conoce?

—Sí —contestó Robic—. Ya hablaremos de eso; antes dígame

qué le ha ocurrido y dónde está.

Sorprendido, Sugar contó con rapidez lo sucedido. Su interlocutor le escuchaba con verdadera ansiedad, demostrando un interés incomprensible para Hoffman. Cuando éste terminó, diciendo que había dejado a la muchacha en su casa, Robic exigió, apremiante:

—¡Vamos allá! Acaso lleguemos todavía a tiempo...

—Un momento de calma, amiguito. ¿Cree que voy a llevarle hasta ella para que intente liquidarla de nuevo?

—¿Matarla yo? —exclamó, con acento de profunda sinceridad Robic—. ¡Me dejaría matar cien veces antes de que nadie la tocara el pelo de la ropa!

—¡Pues no lo parecía cuando tiraba contra ella, y no precisamente bombones!

—¡Imbécil! ¿Cómo tendré que decirle que yo no soy quien supone? —clamó, indignado, su Interlocutor.

—Pero ¡si estoy seguro de que...!

—¡De nada! Y no perdamos más tiempo. ¿No comprende que, mientras estamos aquí discutiendo estúpidamente, la muchacha puede morir?

—¿Morir? —preguntó, impresionado, Hoffman.

—Desde luego. Hace unas horas pudo salvarla, pero mis enemigos no se darán por satisfechos. Irán a buscar a Magdeleine y si la cogen...

Con gesto resuelto se dirigió hacia la puerta, dando la espalda a Sugar. De un salto, Hoffman se interpuso en su camino. Poniéndole la pistola al pecho gruñó:

—¡Quieto! A mí no me equivoca nadie. Va a estarse aquí y decirme toda la verdad o le juro que lo pasará mal.

—¿Quiere que maten a la muchacha? —repuso con calma, mirándole fijamente Robic.

—¡Apuesto que no! Ya sabe que me jugué la piel por salvarla...

—Pero ahora está haciendo lo posible por hundirla, sirviendo a sus enemigos. Famenchon sabe dónde vive; irá a buscarla y si no estamos allí para protegerla...

—Y ¿qué tiene que ver Famenchon con todo esto?

—Más de lo que supone. Hace años que logró hundirme en un penal. Daría años enteros de su vida por hacerme sufrir. Ahora sabe

dónde herirme. Y lo hará. ¡A menos que sea yo quien le mate!

Sugar le oía desconcertado. Le sorprendía tanto el repentino interés de Robic por la muchacha, como que mezclase en el asunto a Raul Famenchon. No acababa de creer a su interlocutor ni fiaba demasiado en sus buenos propósitos respecto a la joven. De cualquiera manera, el anuncio del peligro que Magdeleine podía correr no dejaba de producirle una aguda inquietud.

—Vamos en busca de «*mademoiselle*». Una vez en su presencia, empezará a comprender todo lo que ahora se le antoja inexplicable.

—Y por el camino procurará largarse, ¿no? —replicó, receloso, Sugar.

—En absoluto. Sabe que estoy desarmado; puede venir apuntándome todo el tiempo. ¡Máteme si cree que pretendo fugar! Pero corramos, antes de que sea demasiado tarde.

Hoffman no fiaba mucho en las intenciones de su interlocutor. Sin embargo, no podía permanecer indiferente ante el peligro que Magdeleine estaba corriendo, según Robic. ¿Qué perdería, en fin de cuentas, con ir hasta Wilryck? Nada, si tomaba las medidas de precaución necesarias.

—De acuerdo, amigo. ¡Andando! Pero mucho Cuidadito. Llevo empalmado el «cacharro» en el bolsillo de la trinchera. Al menor movimiento sospechoso le vuelo la cabeza...

Paul André Robic no pareció conceder importancia a la grave amenaza. No le importaba en aquel instante otra cosa que correr en busca de Magdeleine, para salvarla del grave peligro que corría. Echó a andar escaleras abajo y Hoffman le siguió de cerca, vigilando todos sus gestos.

En el garaje del hotel tenía Robic su coche, un magnífico «Lincoln». Al montar en él, invité a Sugar a coger el volante.

—¡Gracias! Prefiero no apartar las manos de la pistola.

Salieron a toda marcha con rumbo a Wilryck, cruzando las calles desiertas. Robic conducía bien, sin amenguar la velocidad en las vías estrechas y sin conceder importancia a la niebla, que dificultaba extraordinariamente la visión. Durante un rato fueron en absoluto silencio. Cruzaban los amplios bulevares, trazados sobre las antiguas fortificaciones, que en 1914 contuvieron, durante varios días, el empuje alemán, cuando Hoffman rompió el silencio, para decir:

—¡Hablemos claro de una vez, amiguita! ¿Quién diablos es Moisés Cohen?

—Hasta hace media hora estaba convencido de que era un viejo judío que se dedicaba a negocios poco limpios. Ahora...

—¿No lo cree ya?

—Estoy más seguro que nunca de que sus actividades no tienen nada de ejemplares; pero en cuanto a judío... —Hizo una breve pausa; luego añadió—: ¡Moisés Cohen no pasa de ser un disfraz de Raul Famenchon!

—¿El millonario propietario de minas? —inquirió, sorprendido, Sugar.

—El mismo. Si conociera su historia, no mostraría ese asombro. Acaso no tarde mucho en saberla; pero quizá ese miserable viva todavía menos.

Magdeleine River tenía alquiladas unas habitaciones en casa de un matrimonio modesto que vivía en el extremo sur de la avenida de la Séptima Olimpíada. El edificio, de construcción moderna y reducidas dimensiones, constaba de dos plantas.

—Temo que haya ocurrido algo —gruñó Hoffman, al detenerse el coche ante la casa y ver abierta de par en par la puerta de la calle.

Con agilidad sorprendente en sus años, Robic saltó del automóvil, precipitándose hacia la entrada. Hoffman le siguió con rapidez. No tuvieron que ir muy lejos. En el vestíbulo, frente por frente a la puerta, comenzaba la escalera que conducía al piso superior. Y al pie de la escalera, con manchas de sangre en el pelo, aparecía caído el cuerpo de una mujer.

—¡Magdeleine! ¡Magdeleine!

Nadie respondió a sus gritos. Saltando por encima de la mujer tirada en el suelo, Sugar corrió al piso de arriba, donde sabía que la joven tenía sus habitaciones. Como temía, la muchacha no se encontraba allí. Una mesa volcada y varias sillas caídas hablaban de una lucha reciente. Todo aquello resultaba demasiado elocuente para que pudiese caberle la menor duda.

—Se la han llevado...

Bajó en dos saltos la escalera. Robic había conseguido que la mujer, la misma que unas horas antes abrió la puerta cuando llamó Magdeleine, volviera en sí. Trabajosamente explicó:

—Llamaron, y cuando abrí, entraron tres hombres. Uno se quedó amenazándome con una pistola; los otros subieron. Magdeleine se defendió, pero la bajaron casi a rastras. Quise salir en su defensa y me pegaron en la cabeza. Después, no sé lo que pasaría.

—¿Pudo verles las caras?

La mujer hizo un gesto negativo. No recordaba sus rostros; en realidad, no estaba nada segura de habérselos visto, porque llevaban muy encasquetados los sombreros. Sólo recordaba que dos de ellos eran jóvenes y fornidos y hablaban con marcado acento anglosajón, mientras el tercero, que se expresaba en correcto francés, era alto, delgado y daba la impresión de ser bastante mayor.

—¡Raul Famenchon! —exclamó Robic; luego, dirigiéndose a Hoffman y señalando a la mujer, que había vuelto a desmayarse, indicó—: En el coche tengo una botella de coñac; servirá para reanimarla.

Antes de que Sugar pudiera responder una palabra estaba en la puerta. Cuando Hoffman corrió tras él, montaba de un salto en el automóvil, que ponía en marcha. Sugar se acercó en dos brincos. En la mano derecha de Robic apareció una pistola. Apuntando con ella a Hoffman gritó:

—¡Quieto ahí! Sería una pena que tuviera que matarle. Prefiero emplear las balas en terminar con Famenchon...

La sorpresa de ver un arma en sus manos —ignoraba que mientras estuvo arriba, Robic encontró aquella pistola, perdida posiblemente por uno de los secuestradores— hizo vacilar un instante a Sugar; el otro pisó el acelerador.

—¡Me las pagarás, cerdo! Te buscaré donde sea y...

Robic no le oía. Estaba ya a treinta metros de distancia. Furioso, Sugar sacó la «*Parabellum*». Iba a disparar, pero se contuvo. Sería perder el tiempo y acaso echarse encima a la Policía.

¿Qué hacer? Pensó en volver a la casa, pero mujer no podría decirle nada nuevo y le haría perder quince o veinte minutos. Recordó que en el cruce de la Séptima Olimpiada con la Chaussée de Malinas había visto, horas antes, una parada de «taxis». Echó a andar hacia allá con paso rápido. Tardó un cuarto de hora en llegar, aunque iba a paso gimnástico. Tuvo la suerte de encontrar un «taxi».

—¡A la rue National! Deprisa. Habrá buena propina.

Animado por la promesa, el chofer sacó la máxima velocidad a su coche. A los pocos minutos, el «taxi» se detenía a la entrada de la rue National. Hoffman pagó al conductor y le despidió. Luego, con la mano derecha oprimiendo la culata de la «*Parabellum*», se acercó a la casa de Famenchon.

Miró atentamente en todas las direcciones, recelando una emboscada. La calle estaba en calma; no aparecía nadie a la vista. El corazón le dio un vuelco al llegar ante la puerta de la lujosa mansión. Estaba solamente entornada y dentro había luz.

Empujó la puerta con el pie, mientras sacaba la pistola. Ante sus ojos apareció un espléndido «*hall*». Tendido en el centro, en medio de un charco de sangre, estaba el cuerpo de un hombre. Lentamente se aproximó Hoffman sin soltar la «*Parabellum*», presto a recibir a balazos a cualquier enemigo. Una sola mirada le bastó para reconocer al individuo tendido en tierra. Era Pierre Hervet, el criado de Famenchon. Parecía muerto.

Pero no. En aquel instante abría los ojos trabajosamente y le miraba con fijeza. Sus labios se movían pronunciando palabras ininteligibles, mientras un hilillo de sangre le corría a lo largo de la barbilla. Sugar se inclinó sobre él, preguntando, apremiante:

—¿Quién ha sido?

Los ojos del herido estaban ya vidriados por la proximidad de la muerte. Acaso no veía a Sugar; seguramente no oyó su pregunta. Confusamente, como si estuviera delirando, Hoffman creyó oírle decir, con aire de profundo estupor:

—¡Era... Cohen! ¡Moisés... Cohen...!

Un golpe de sangre le impidió seguir hablando.

Se estremeció convulsivamente y luego quedó inmóvil. Estaba muerto. Pero Sugar ya sabía cuánto le interesaba. Paul André Robic había aprovechado los minutos que le sacó de ventaja. Mató a Pierre y seguramente había hecho lo mismo con Famenchon. ¿Habría huido? Era posible; como también de que aún continuara en la casa. Si era así...

Ni un solo instante se olvidó de Magdeleine. ¿Dónde estaría la muchacha? ¿No la tendría Cohen, y cada vez estaba más seguro de que Cohen no podía ser otro que el propio Robic, en su casa de la rue des Tailleurs? ¿O habría buscado otro lugar más seguro para

guardarla?

Un ruido de pasos precipitados, procedentes del interior de la casa, interrumpió sus reflexiones. Miró en torno suyo, buscando un lugar en que esconderse. Una de las ventanas aparecía cubierta por grandes cortinones de damasco. De un salto se ocultó tras ellos, mirando por uno de los lados y sin soltar la pistola.

Un momento después aparecía a su vista Robic. Venía sin sombrero, despeinado, con un gesto de desesperación en el semblante. Debía haber recorrido con precipitación toda la casa. Ahora parecía dispuesto a huir, antes de la llegada de la Policía. Un instante se detuvo contemplando el cadáver de Pierre. Desde su escondite, Hoffman le oyó murmurar:

—Es lo que te merecías, canalla...

Con gesto resuelto se dirigió hacia la puerta.

Fue entonces cuando Sugar intervino:

—¡Alto! Suelte la pistola o le liquido...

Robic llevaba en la mano el mismo arma con que minutos antes había amenazado a Hoffman. Y ahora, lejos de obedecer la orden de éste, se volvió rápido, haciendo fuego. Sugar tiró también. Pudo matar a su contrincante. Prefirió no hacerlo; antes tenía que obligarle a decir dónde tenía a Magdeleine.

Los disparos de Paul André pasaron a unos centímetros de la cabeza de su adversario; los de Sugar, en cambio, alcanzaron el punto propuesto. Robic recibió un balazo en la mano derecha y la pistola que empuñaba se le escapó de entre los dedos, mientras de sus labios salía un doloroso gemido.

—Pude matarle y no vacilaré en hacerlo —advirtió— si no me contesta en el acto. ¿Dónde está Magdeleine?

—¡Daría diez años de vida por saberlo! —repuso en tono de profunda sinceridad Robic, mientras con la mano izquierda trataba de contener la sangre que le brotaba de la herida de la derecha.

—¡No vuelva a sus trucos! —chilló, irritado, Sugar—. Ahora no me engañará. ¿Dónde tiene a la muchacha? Dígalo antes de cinco segundos, si quiere seguir viviendo...

—¡No sea salvaje! No puedo decirle lo que no sé. Creí encontrarla aquí, pero cuando llegué...

—Liquidó a Pierre y seguramente ha hecho lo mismo con Famenchon, ¿no?

—Ninguna de las dos cosas. Pierre estaba muerto; a su amo le he buscado por toda la casa sin poder dar con él.

—¡Mentira! Pierre pudo hablar unas palabras y dijo que había sido usted el que...

—¿Yo? —inquirió, en el límite del asombro, Robic.

—Sí, usted. Moisés Cohen, para ser más exactos. Pero el judío y usted...

—¡Le juro que ni siquiera le he visto en todos los días de mi vida!

—Y yo, que no le creo. Pero eso importa poco ahora. Por última vez: ¿dónde tiene a Magdeleine? ¡Responda o le mato!

Parecía dispuesto a llevar a la práctica su amenaza. Robic le contemplaba con un gesto de estupor en el rostro, sin acertar a responder una sola palabra, convencido de que había llegado su final inevitable.

De repente, a espaldas de Hoffman, sonó una voz autoritaria y enérgica:

—¡Alto! ¡Levante los brazos sin volverse o le acribillamos a balazos!

Robic lanzó un grito de asombro; Sugar pretendió volverse con una maldición. Pero antes de que lo consiguiera, sentía en su nuca el contacto de una pistola.

—¡No hagas tonterías, muchacho! Morirías en el acto.

No le quedó más remedio que dejar caer la *«Parabellum»*. Le permitieron volverse entonces. Ante sus ojos apareció el inspector Merling, al que acompañaban cinco o seis agentes. Todos tenían las armas en la mano.

—¡Esposarle deprisa! Con un tipo así, todas las precauciones son pocas.

Uno de los policías se apresuró a cumplir la orden. Mientras las esposas se cerraban en torno a las muñecas de Hoffman, Merling comentó:

—De ésta no escapas, amiguito. Irás de cabeza a la horca.

—¿Yo? —preguntó Sugar—. ¿Por qué?

—¿Todavía lo preguntas? —repuso, irritado, el inspector—. Liquidaste a Pierre, ibas a hacer lo mismo con este caballero y aún te sorprende mi afirmación. ¡Qué cinismo!

—Nada de cinismo, inspector —repuso Hoffman—. A ese tipo no

le maté yo.

—¿No? ¿Quieres hacerme creer que se murió de una pulmonía?

—¡Seguro que no! Le metieron en el cuerpo una buena ración de plomo. Pero no fui yo, sino Robic.

—¡Mentira! —protestó el aludido.

—¡Verdad! Y no es eso lo peor, sino que también ha secuestrado a una muchacha llamada Magdeleine Rivet. Y no sé lo que habrá hecho con míster Famenchon.

—¿El millonario?

—El mismo. ¿Ha oído hablar del judío llamado Cohen, que se dedica a negocios sucios? ¡Pues ahí le tiene! Lo negará cuando se lo pregunten, pero estoy seguro de lo que digo.

Agitado, descompuesto, Robic protestaba a gritos contra las imputaciones de Hoffman. Sugar insistió:

—Disparó contra mí cuando me vio aquí; yo pude liquidarle y me limité a desarmarle. ¿No es cierto, amigo? ¿Te atreverás a negar que me dijiste que venías aquí a matar a Famenchon?

—No tengo por qué negarlo, pero cuando llegué no pude encontrarle. Sólo estaba Pierre y le creí muerto, aunque, al parecer, todavía alentaba.

Merling hizo que uno de los agentes examinase y vendara provisionalmente la herida de Robic. No parecía tener gran importancia. Luego resolvió:

—Queda detenido también. Ya veremos qué hay en las acusaciones de Hoffman.

—Comete un grave error, inspector. Le aseguro que no he cometido ningún delito.

—Ya lo aclararemos más adelante. Pero antes responda a una pregunta: ¿es cierto que usted y Cohen son una y la misma persona?

—¡En absoluto! Quise verle está tarde, porque me había citado por medio de un tal Wakeford, que se hospeda en mí mismo hotel, pero cuando llegué a la casa oí tiros dentro y me alejé de allí.

—¿Y tampoco sabe nada del paradero de esa señorita de que habla Hoffman?

—Por desgracia, no. Daría cualquier cosa por averiguarlo. Si vine aquí fue precisamente en busca suya.

—No le crea, inspector —intervino Sugar—. Tuvo que ser él quién se la llevase, aunque consiguió engañarme por un instante.

—Diga la verdad, Robic —exigió Merling—. Será lo mejor. Dados sus antecedentes, si ahora le cogemos en una mentira...

—Estoy diciendo la verdad —repuso, con firmeza, Paul Andrés—. Tenía y tengo el mayor interés en encontrar a esa muchacha. Daría mi vida por salvarla y no vacilaría en matar a quién la hiciese el menor daño. Es para mí lo más importante en el mundo entero.

—¿Por qué?

Robic vaciló un instante. Luego, mirando fijamente al inspector, repuso:

—Porque Magdeleine Rivet es... ¡mi hija!

—¿Su hija?

—Sí. Durante años enteros la creí muerta. Después, por verdadera casualidad, supe que vivía, aunque llevando el apellido de su madre. Vine a Bélgica para dar con ella. La he buscado durante semanas enteras en Bruselas y Lieja. Al fin logré hallar una pista suya, que me trajo a Amberes.

Afirmaba que Wakeford le había dicho que Cohen podría indicarle dónde encontrar a la muchacha, siempre que estuviera dispuesto a pagar la información. Los disparos le alejaron de la casa de Cohen. Volvió más tarde, pero nadie respondió a sus llamadas. Sólo cuando Hoffman le sorprendió en sus habitaciones, supo dónde podía encontrarla.

—Por desgracia llegamos tarde. Famenchon la tiene en su poder y no vacilará en matarla.

Ante el gesto de asombro de sus oyentes, contó una historia extraordinaria, casi increíble. Había conocido a Raul Famenchon en el Congo belga, donde los dos trabajaban en una explotación diamantífera cerca de Stanleyfalls. Ambos, cada uno por su parte, exploraban las montañas cercanas, tratando de descubrir nuevos yacimientos.

Uno y otro tuvieron éxito, aunque ninguno de los dos quiso hacer público el resultado de sus exploraciones hasta que tuvieran debidamente inscritas las minas descubiertas. Pero Famenchon, que conocía el valor de los yacimientos encontrados por Robic, pretendió apoderarse de ellos. No encontró mejor procedimiento que acusarle como autor del asesinato de otro buscador, al que habían matado para despojarle de un puñado de diamantes.

—Pierre Hervet, un tipo de malos antecedentes, condenado dos

veces por robo en Leopoldville, fue quien me acusó por indicación de Famenchon, con el que estaba de acuerdo.

Detenido en el acto, Famenchon supo amañar las pruebas precisas para conseguir una condena de veinte años de reclusión. Robic hubo de pasar cinco largos años en una cárcel de la colonia. Sólo una voluntad sobrehumana le permitió soportar los sufrimientos. Por fortuna, tenía algunos amigos que trabajaron con afán, hallaron pruebas de su inocencia y lograron una revisión de la causa.

—Fui absuelto y liberado, al fin. Pero en mi vida se había producido una catástrofe sentimental.

Estaba casado con una mujer de extraordinaria hermosura, llamada Marle Rivet, que le acompañó al Congo. Era una mujer ambiciosa, que echaba de menos las comodidades de las grandes ciudades europeas y despreciaba a su marido por no habérselas sabido proporcionar. Entré ambos surgieron graves disgustos, qué en la época de la detención del marido, apenas si a ambos les unía más quería existencia de su hija Magdeleine.

—Marie se dejó convencer con facilidad por Famenchon de que yo era un ladrón y un asesino. Sólo una vez me visitó en la prisión, a raíz de mi detención, para anunciarme que no la volvería a ver.

Cumplió su palabra, partiendo poco después para Europa, desinteresándose en absoluto de la suerte de su marido. Éste sintió, más que su marcha, el no ver a su hija, a la que adoraba. Tan sólo una vez recibió carta de Marie en la prisión.

—Se limitaba a decirme que Magdeleine había muerto un mes antes. Ni siquiera me mandaba sus señas para que pudiera contestarla.

Al salir en libertad, no pensó en buscarla. Muerta su hija, nada le ligaba a la mujer que le abandonó en la hora más crítica de su existencia. Buscó, sí, a Famenchon y Hervet, deseando hacerles pagar cara su felonía; pero no pudo dar con ellos. Al cabo del tiempo consiguió averiguar que Raul, enriquecido por las minas que inscribiera como suyas, había salido para Bélgica. Un instante pensó en ir en su busca; desistió ante la posibilidad de no poderse contener y matarle.

Volvió a las montañas en busca de nuevos yacimientos. Durante varios años anduvo por todas partes. Tuvo éxito. Acababa de

denunciar unas minas de extraordinaria riqueza, cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial. Marchó a los Estados Unidos en busca de elementos para explotar los yacimientos encontrados y halló toda clase de facilidades. Formó una gran sociedad, de la que se reservó un número considerable de acciones. Pronto pudo considerarse millonario. Y alcanzar incluso la nacionalidad americana.

Mientras, Bélgica sufría los años interminables de la ocupación alemana. Terminada la contienda, tuvo curiosidad por saber qué había sido de su mujer durante aquel período turbulento. Unos detectives privados hicieron una larga serie de investigaciones, hasta descubrir que Marie Rivet había muerto en 1943. Encontraron algo más: que había dejado una hija llamada Magdeleine, pero no pudieron dar con ésta.

—Ante el fracaso de sus gestiones en este punto, que era fundamental para mí, vine personalmente. ¡Ni siquiera sospechaba que Famenchon iba a cruzarse de nuevo en mi camino! Y ahora temo mucho que ese miserable tenga en su poder a mi hija.

Merling había escuchado el largo relato con un gesto de escepticismo. Al final comentó:

—Todo esto es muy interesante, pero necesitamos algo más que palabras para creerle. Habremos de buscar las pruebas. Y mientras, no tenemos más remedio que llevarle detenido.

Hoffman, por su parte, estimaba demasiado fantástico todo aquello para que pudiera ser verdad. Sin que nadie le preguntase afirmó:

—¡Todo eso son fábulas, inspector! Ese tipo es muy hábil; antes logró engañarme a mí. Procure guardarle bien. Es Moisés Cohen y algo más: el jefe de una poderosa organización criminal.

Debilitado por la pérdida de sangre, agotado también por las violentas emociones de la jornada, Robic sufrió un desvanecimiento cuando quiso protestar, indignado por las imputaciones de Sugar. Su caída hizo comprender al inspector la urgencia de atenderle en forma adecuada, en lugar de seguir discutiendo allí mismo.

—Llevalle al hospital; quedaros vosotros dos vigilándole, luego de la cura, en una de las salas de detenidos. ¡Mucho cuidado con él!

Dos de los agentes se apresuraron a cumplir la orden del inspector. Le llevarían al hospital en su propio coche, que habían encontrado parado en una callecita cercana. Merling habló por

teléfono con Jefatura, comunicando lo sucedido y pidiendo el envío de fotografías y peritos en huellas. En tres o cuatro ocasiones tuvo que imponer silencio a Hoffman, que parecía interesado en seguir hablando.

Los acompañantes del inspector registraron rápidamente la casa. Si hallaron algunas habitaciones en desorden, con huellas claras de lucha reciente, no pudieron encontrar el menor rastro de Raul Famenchon ni de Magdeleine Rivet.

—Ya le he dicho —intervino, sin que nadie le preguntase, Sugar— que Robic puede aclararlo todo.

—Pues yo creo que serás tú quien lo aclare. Pero no aquí, sino en Jefatura.

Media hora después, Hoffman, que seguía esperando, había de soportar el interrogatorio de Merling. El inspector estaba absolutamente convencido de su culpabilidad. Era posible que Robic estuviera mezclado en algo, pero no había duda de que el mayor responsable era aquel tipo, denunciado por la Policía americana como un «gangster» peligroso.

—Bien, amiguito. Ahora vas a cantar de plano. Tendrás que decirnos por qué mataste a Pierre y qué has hecho con la chica y con míster Famenchon.

—Es posible —repuso, sonriendo, Sugar— que tenga que decirle algo más sorprendente, pero prefiero decírselo a solas.

El asombro hizo ponerse en pie a Merling. En tono burlón preguntó:

—¿A solas? No pretenderás hacerme creer que se trata de un secreto de Estado, ¿verdad?

—Casi, casi —replicó Hoffman, con entera calma—. Que se larguen esos tipos y lo sabrá.

El inspector vaciló un instante. Luego, tras dirigir una mirada al detenido y convencerse de que continuaba esposado y no podía constituir el menor peligro, hizo un gesto a sus subordinados, que se alejaron unos pasos.

—Bueno, Sugar, estás complacido. ¿Qué tenías que decirme?

—Que está confundido conmigo, inspector. No soy lo que supone. Mi verdadero nombre es Frederick Hoffman. No soy un «gangster», sino un agente especial del F. B. I.

en misión de servicio.

La sorpresa impidió pronunciar una sola palabra a Merling por espacio de dos minutos. Contempló de hito en hito a su interlocutor. Luego soltó la carcajada:

—¿Agente del

F. B. I.,

tú? ¡Busca algo mejor, muchacho! ¡Si tú eres agente del

F. B. I.,

yo soy el presidente Truman, que viajo de incógnito...!



EN LOS MEJORES QUIOSCOS DE ESPAÑA
su niño puede adquirir:

AVENTURAS DEL **F. B. I.**

¡LO MEJOR Y MAS ECONOMICO!

REAPARICIÓN ESPECTACULAR



IRO Hoffman con ojos centelleantes al inspector, pero se expresó sin perder la calma, en tono firme y seguro:

—Le advierto que hablo perfectamente en serio y que puede comprobar sin tardanza mis afirmaciones.

—Por muy en serio que hables no lograrás convencerme, Sugar. La Policía americana me avisó de tu llegada; después has estado mezclado en algunos líos. ¿Cómo voy a creerte que seas miembro del famoso Federal Bureau of Investigation?

—De una manera muy sencilla: telefoneando a la Embajada americana en Bruselas. Pregunte al agregado míster Howard

Trevord si conoce al agente del

F. B. I.

Frederick Hoffman.

—Es posible que le conozca —repuso, dubitativo, Merling—. Pero ¿quién me garantiza de que seas tú?

—El mismo. Dígale la situación en que me encuentro. Le faltará tiempo para venir.

Durante veinte minutos, el inspector se resistió a hacer la llamada. Temía que se tratase de una broma pesada del detenido y temía molestar a aquellas horas a un representante del Cuerpo diplomático. Al final, la insistencia de Hoffman se impuso.

La conversación con mister Trevord fue corta. Confirmó que Frederick Hoffman era un agente de la Policía federal americana que realizaba una delicada misión en Europa. Dio incluso sus señas personales, que en líneas generales coincidían con las de Sugar. No obstante, y para evitar cualquier error, anunció que saldría en automóvil apenas amaneciese con rumbo a Amberes.

—¿Se convence ya, inspector? —inquirió sonriente el detenido.

—Voy creyendo que hay algo de cierto —repuso Merling, pensativo—. De todas formas, hasta que ese amigo de Bruselas le identifique...

—¿No me dejará en libertad? Lo comprendo. Pero puede quitarme estas pulseritas, ¿verdad? Le aseguro que no tienen nada de agradables.

A un gesto del inspector, uno de los agentes quitó las esposas de las muñecas de Hoffman. Otro llegó con noticias del hospital. La herida de Robic era más importante de lo que todos suponían; no llegaba a poner en peligro su vida, pero tardaría unas semanas en curar, porque había interesado los huesos de la mano.

—«*Okay*» —dijo Sugar—. Así, mientras permanece en el hospital podremos investigar lo que nos interesa.

—Pero ¿aún insiste usted en que se trata de Moisés Cohen y que fue quien secuestró a la muchacha y mató a Pierre? —preguntó, sorprendido, Merling.

—¡Seguro! ¿O es que se ha creído esa fantástica historia del Congo?

El inspector no se atrevía a sentar afirmaciones ni en pro ni en contra, escarmentado por lo sucedido con Hoffman. Una hora antes

estaba totalmente seguro de que se trataba de un peligroso forajido; ahora, luego de hablar con Bruselas, parecía confirmarse que era un agente del poderoso

F. B. I.

americano. Dubitativo repuso:

—¿Y si fuera cierta?

—Entonces tendríamos que admitir que el culpable de todo es Raul Famenchon.

Merling movió en gesto negativo la cabeza. No podía creer que fuese jefe de una partida de «gangsters». Era hombre de fortuna considerable, muy conocido en Amberes, que gozaba de justa fama como experto financiero.

—Pero ¿no le parece sospechosa su desaparición?

—En absoluto. Tengo la seguridad de que lo han secuestrado, aunque no puedo decir todavía quiénes.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Hoffman.

El inspector respondió con otra pregunta:

—¿No le sorprendió que llegásemos con tanta oportunidad a la casa?

Sugar no había pensado en ello hasta entonces, pero hubo de reconocer que era extraño que Merling y sus agentes llegasen al minuto escaso de sonar los disparos cambiados entre él y Robic.

—Alguien nos llamó por teléfono. Afirmó haber oído cinco tiros y que acababa de ver cómo tres individuos metían a la fuerza en un automóvil a un hombre en quien creyó reconocer a míster Famenchon.

Los disparos a que se refería debieron ser, indudablemente, los que ocasionaron la muerte de Pierre Hervet. Quien avisó a la Policía aseguró que vivía en las inmediaciones.

—Pero lo desconcertante es que, aunque el aviso resultó exacto, no hayamos podido encontrar al tipo que nos lo dio.

Otro punto oscuro era el paradero de Moisés Cohen. No aparecía por ninguna parte. Por dos veces, la primera a raíz de la detención de Walter; la segunda, después de sorprender a Hoffman y Robic, la Policía registró la casa, sin hallar nada revelador, excepto, naturalmente, algunas huellas de balazos en las paredes y en la puerta del despacho.

—¿Y la caja de caudales cercana a la mesa?

—Esta abierta y vacía.

Sugar hizo entonces una pregunta. Walter tenía, por fuerza, que saber quién era Cohen. ¿Por qué no preguntarle?

—Perderíamos el tiempo —repuso sonriente Merling—. Durante horas enteras le estuve interrogando. Siempre ha contestado lo mismo: Moisés Cohen es... Moisés Cohen.

—Pues miente —gruñó, irritado, Hoffman—. Yo mismo pude comprobar que las narices y la barbilla eran postizas.

—¿Y no será más cierto que vio usted visiones?

Sugar estaba seguro de no haber visto visiones, pero consideró inútil insistir por el momento. En realidad, allí concluyó la conversación aquella noche. Eran más de las cuatro de la madrugada y ambos necesitaban unas horas de descanso.

Hoffman durmió sobre un diván en uno de los despachos de la Jefatura, bajo la mirada vigilante de un policía, que no le perdió de vista un solo momento. Merling estaba casi convencido de que se trataba, en efecto, de un agente especial del

F. B. I.;

pero no deseaba, en modo alguno, encontrarse por la mañana con la desagradable sorpresa de que había desaparecido sin dejar rastro.

Cuando, a las diez de la mañana, mister Howard, agregado a la Embajada americana en Bruselas, se presentó en Amberes identificando a Hoffman, la situación no había experimentado la menor variación. Pese a que, durante toda la noche, habían estado movilizadas varias patrullas policíacas realizando investigaciones por todas partes, se continuaba sin el menor rastro del paradero de Magdeleine Rivet, Raul Famenchon y Moisés Cohen. En cuanto a Robic, se habían pedido telegráficamente informes a las autoridades del Congo, pero habrían de transcurrir cuatro o cinco días antes de recibir respuesta.

—Voy a ponerle en libertad —anunció Merling, hablando con Hoffman—, aunque sólo sea porque no deseamos tener el menor roce con nuestros buenos amigos americanos. Pero he de hacerle constar que las autoridades belgas verían con agrado su inmediata salida del país.

—¿Podría saber por qué no consideran grata mi estancia entre ustedes? —preguntó, con aire ingenuo, Sugar.

—Por la sencilla y comprensible razón de que a ninguna nación

le gusta que agentes extranjeros actúen por cuenta propia y sin autorización legal en su propio territorio. Usted está en ese caso y...

—Legalmente podrían expulsarme o encerrarme en el acto, ¿no?

—Desde luego. Afortunadamente para usted, no podemos olvidar ni el esfuerzo americano para liberarnos de la ocupación alemana ni su generosa ayuda para rehacernos de los estragos de la guerra.

Tomando pie de las últimas palabras de Merling, Hoffman habló con habilidad y elocuencia para defender la intromisión del

F. B. I.,

por él representado, en la lucha contra los delincuentes que en Amberes campaban por sus respetos.

La Policía belga no tenía razones legales para impedir que unos, individuos determinados comprasen allí cuántos diamantes se les antojasen; tampoco podía inmiscuirse en la forma de pago, salvo en el caso de que pudiera comprobarse que el abono se realizaba con billetes procedentes de algún robo, lo que resultaba extraordinariamente difícil y complicado de probar. Sin embargo, los americanos tenían motivos para interesarse en tales operaciones, por cuanto una parte de los brillantes allí adquiridos eran enviados de contrabando a los Estados Unidos.

—Existe una poderosa organización que actúa en ambas orillas del Atlántico. Han sido hallados en Europa billetes cuya numeración tiene anotada la Policía estadounidense, porque formaron parte del botín arrebatado en algún atraco. Creemos que esos billetes se utilizan para la compra de los diamantes, que luego se introducen clandestinamente en nuestro país. Hay un cerebro que dirige tales actividades. Y el

F. B. I.

tiene la plena seguridad de que ese cerebro se encuentra en Amberes.

Había, al margen de éste, pero estrechamente relacionado con él, un segundo problema: los robos de mercancías —tabaco y medicamentos esencialmente— destinadas a las fuerzas americanas de ocupación en Alemania, robos que se efectuaban en el gran puerto belga.

—Ustedes han hecho lo posible por descubrir a los autores. Desgraciadamente, no es posible conseguir gran cosa cuando se

utilizan procedimientos de estricta y rigurosa legalidad, frente a una partida de «gangsters» inteligentes y audaces, bien organizados, con una extensa red de complicidades y carentes de todo escrúpulo.

Por eso precisamente había sido enviado Hoffman. Su objetivo era incrustarse en la organización, participar incluso en sus actividades, para conocer a sus integrantes y, sobre todas las cosas, dar con el hombre que la dirigía. Para ello antepuso a su verdadero apellido el sobrenombre de Sugar Ray, que correspondía a un tahúr y pistolero a cuyas andanzas pusieron dramático final los balazos de un rival más afortunado.

—¿Por qué nos avisó, entonces, el

F. B. I.

de su llegada, señalándole como un peligroso delincuente?

—Porque la vigilancia que me pondrían, y tal vez alguna breve detención, serían la carta de presentación que necesitaba para disipar las sospechas de quienes habían de ser mis «compañeros».

No pretendía, sin embargo, suplantar a la Policía belga, sino colaborar con ella. Si tenía éxito en sus trabajos, si lograba descubrir cuanto le interesaba, solicitaría la ayuda y apoyo de la Sûreté, presentándole las pruebas precisas para que fuera ella quien detuviese a los culpables y los tribunales del país los que se encargaran de juzgar y condenar a los forajidos.

No había podido llegar hasta el fin de sus gestiones. Cometió un grave error al penetrar en la casa de Cohen suponiendo que estaba vacía. Su intervención posterior para arrancar a Magdeleine de manos del judío, descubrió por completo su doble juego. No sería posible en adelante que se fiasen de él; si volvía a encontrarse con los que, por espacio de un par de semanas, fueron «colegas» suyos, lo más probable sería que intentasen quitarle de en medio.

—De cualquier forma, todavía creo poderle ser útil. Acepte mi colaboración, aunque sea con carácter extraoficial, y no tendrá motivos para lamentarlo.

No sin ciertas vacilaciones, Merling acabó dando su asentimiento. Al hacerlo se apartaba un poco de las instrucciones recibidas de sus jefes, pero estaba dispuesto a pechar con la posible responsabilidad a cambio de conseguir aclarar definitivamente aquel turbio asunto, que ya había costado unas cuantas vidas.

—De acuerdo, Hoffman. Pero antes de seguir adelante, ¿qué ha

conseguido usted descubrir?

El llamado Sugar respondió con absoluta franqueza. Menos, mucho menos de lo que esperaba y necesitaba, pero algo, de todas formas. En primer lugar, los nombres de algunos de los que robaban las mercancías americanas en el puerto de Amberes y de quiénes las recibían al otro lado de la frontera germana. En segundo término, a los asesinos de Echlesing, el joyero hebreo muerto en su tienda de la rue Pelikan por Andy Sam Burkner, con la colaboración de Long Peter y Maurice. Por último, la complicidad de René, dueño del cafetucho de la rue D'Austriche y la dirección aparente de la banda, que desempeñaba Robert Wakeford.

—Supongo que todos ellos estarán advertidos a estas horas de mi doble personalidad y se habrán quitado de en medio. De cualquier forma tendrán que interrumpir sus actividades y es difícil que uno u otro no acaben cayendo, más pronto o más tarde, en manos de la Policía.

Aunque Merling no abrigaba grandes esperanzas de poder echar mano a ninguno de una manera inmediata, hizo un alto en la charla para dar órdenes concretas de que todos aquellos individuos fueran buscados sin pérdida de minuto en los puntos donde Hoffman suponía que era posible encontrarlos. Hizo una clara advertencia a los agentes encargados de las detenciones:

—Vayan preparados. Esos tipos no se entregarán pacíficamente. Si hay tiros, procuren no ser los últimos en disparar.

Una vez que los agentes hubieron partido, reanudó su conversación con Hoffman. Con entera sinceridad le felicitó por los resultados conseguidos en tan pocos días de actuación. Sin embargo...

—Forzoso es reconocer que ha fracasado en lo fundamental: descubrir al individuo que dirige toda la trama.

Sugar Ray, o Frederick como en realidad se llamaba, hubo de reconocer que no le faltaba, en parte, razón; pero, en fin de cuentas, no podía hablarse de fracaso, porque había dado un paso de gigante hacia el fin perseguido.

—Sabemos que el «boss» sólo puede ser uno de estos tres: Paul André Robic, Moisés Cohen o Raul Famenchon; dos, en realidad, si se confirma la creencia de que el supuesto Cohen no es más que un disfraz de cualquiera de los otros.

—¿Y no podría ser Wakeford?

—En absoluto. Existe un jefe por encima de él. Y ese jefe tiene que ser Robic o Famenchon.

No sabía por cuál inclinarse. Recordando unas palabras de Maurice en el Hotel Excelsior y sus andanzas de la noche anterior, parecía indudable la culpabilidad del que decía ser padre de Magdeleine. Pero contra el otro tenía ciertas sospechas, incluso antes de llegar a Amberes: vivía en una sospechosa proximidad del misterioso Cohen, había ofendido a la muchacha raptada y desapareció sin dejar rastros.

—Deseche esas ideas, amigo —le aconsejó Merling—. Estoy seguro de que carecen de todo fundamento en lo que respecta a Famenchon. ¿Su desaparición? Pero ¡si sabemos que le secuestraron!

—Sabemos que alguien, cuyo nombre y personalidad ignoramos, se lo dijo así por teléfono a la Policía, que no es lo mismo.

—Desgraciadamente, todo demuestra que es verdad. Me temo que antes de muchas horas encontremos su cadáver abandonado en cualquier calle extraviada o flotando sobre las aguas del Escalda.

Pero transcurrió un día entero sin que sus temores tuviesen confirmación. Aunque se buscó por todas partes, no fue posible hallar la menor pista acerca del paradero del millonario. Tampoco se consiguió saber nada de Magdeleine Rivet. Robic, que continuaba en el hospital en calidad de detenido, pedía con ansiedad noticias de ella, pero no fue posible darle ninguna que amortiguara su aparente inquietud.

A Wakeford, Burkner y sus secuaces parecía habérselos tragado la tierra. Fracasaron los policías lanzados en su búsqueda. No fue posible encontrarles ni en el Excelsior, ni en el cafetúcho de la rue D'Austriche, ni en sus respectivos domicilios. Incluso René se había quitado de en medio.

—Deben tener algún escondrijo que desconocemos —afirmó, contrariado, Merling.

—¿No estará en la casa de Cohen o en la contigua de Famenchon?

El inspector movió negativamente la cabeza. Ambos edificios habían sido cuidadosamente registrados a la luz del día sin hallar nada de interés. Hoffman anunció, resuelto:

—Pues yo tengo que encontrarlos sea como sea.

Los encontró cuando menos lo esperaba. Fue al atardecer del segundo día. Durante horas enteras había estado dando vueltas por el puerto, visitando incluso algunos barcos que le parecieron sospechosos. A las seis, cansado y un poco aburrido por la inutilidad de sus pesquisas, abandonó los muelles y se dirigió a la Avenue du Commerce con ánimo de tomar un «taxi» que le condujese a Jefatura para entrevistarse con Merling.

Iba solo, porque los agentes que le acompañaban se quedaron registrando las bodegas de un buque panameño. Como todas las tardes de diciembre, una niebla húmeda y espesa envolvía la ciudad, haciendo difícil la visión a unos pasos de distancia. Como medida de precaución, Hoffman llevaba la mano derecha metida en el bolsillo de la trinchera acariciando la culata de su «*Parabellum*».

Todas sus precauciones resultaron inútiles. No vio ni oyó nada hasta que fue demasiado tarde. Repentinamente sintió que una pistola se apoyaba con fuerza contra su espalda, mientras una voz amenazadora le advertía:

—Levanta los brazos sin volverte o te liquido.

Reconoció en el acto la voz de Burkner. Sabía que llevaría a la práctica su amenaza con verdadero placer y optó por obedecer, deseoso de ganar unos segundos, que acaso le permitieran salvar la vida. Andy Sam rió, burlón:

—Bien, muchacho. Veo que eres muy obediente. Tira ahora hacia la derecha. Pero sin volver la cabeza ni bajar las manos. ¿Entendido?

No tuvo que ir muy lejos. Apenas había recorrido quince metros siguiendo la dirección que Burkner le marcaba con la presión de su pistola en la espalda, cuando llegó junto a un coche con el motor en marcha, detenido al borde de la acera. Dentro estaban Wakeford y René. El primero le saludó con ironía:

—¡Al fin nos encontraste, Hoffman! Aunque no parece que te alegre mucho vernos.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Sugar, sin otro deseo que ganar tiempo.

—Invitarte a un paseíto. Te agradecerá mucho. Resulta que eres un «poli», ¿eh? Pues vas a ver cómo los trato...

René había abierto la portezuela del coche. Tanto él como

Wakeford empuñaban sendas pistolas. Cortando el diálogo, Andy Sam ordenó:

—¡Sube de una vez! No podemos perder más tiempo...

Hoffman pareció vacilar, acometido de un pánico imposible de dominar. Burkner tornó a ordenar:

—¡Monta o te liquido aquí mismo!

Sugar simuló obedecer. Puso el pie en el estribo y se volvió ligeramente. Dándole por definitivamente vencido, Andy Sam descuidó la vigilancia una décima de segundo. Resultó suficiente.

Con celeridad vertiginosa, la mano izquierda de Hoffman se cerró en torno a la muñeca derecha de Burkner, obligándole a bajar el cañón de la pistola que empuñaba y que quedó apuntando al suelo; al mismo tiempo, con la mano derecha le agarraba del cuello, haciéndole girar e interponiéndole entre él y los forajidos que ocupaban el coche.

Lanzando un rugido de rabia, Andy Sam apretó el gatillo una y otra vez; los balazos rebotaron en las losas de la acera, saltando en todas las direcciones, pero sin herir a Hoffman. Sugar tuvo la habilidad precisa para alejarse unos pasos del automóvil durante su forcejeo con Burkner.

Wakeford y René demostraron entonces que sus nervios no estaban a la altura de las circunstancias. Desconcertados por la inesperada reacción de Hoffman, asustados por el ruido de los disparos, sin darse cuenta siquiera de que era su compañero quien los hacía, empezaron a tirar a su vez. Querían terminar de una vez con Hoffman, sin darse cuenta exacta de que se resguardaba tras el cuerpo de Burkner.

El resultado fue diametralmente opuesto al que pretendían. Sugar recibió un rasponazo en la oreja derecha y algunas gotas de sangre le mancharon el cuello de la camisa; pero Andy Sam fue alcanzado por cuatro balazos en la espalda y estaba muerto antes incluso de rodar por el suelo.

Con agilidad felina, Hoffman se dejó caer al mismo tiempo que rodaba por tierra el primero de sus enemigos. Al hacerlo metió la mano en el bolsillo de la trinchera y apretó el gatillo de la «*Parabellum*». Hizo fuego sin apuntar, sin la menor posibilidad de dar a los ocupantes del coche, sin otro propósito que aumentar su desconcierto, y consiguió plenamente su objetivo.

—¡Arranca de una vez, idiota! —oyó chillar, asustado, a René, y el automóvil emprendió una marcha vertiginosa, mientras, a modo de despedida, algunos balazos silbaban en torno a la cabeza de Hoffman.

Cuando Hoffman se incorporó, el automóvil había desaparecido de su vista. Oyó el estridente aullido de una sirena policíaca y a los pocos segundos, surgiendo de entre la niebla, seis o siete guardias y agentes rodeaban a Frederick, que contemplaba pensativo el cadáver de Andy Sam Burker. El que parecía mandarles le increpó en forma nada amistosa:

—¿Ha sido usted quien mató a ese hombre?

—En absoluto, aunque no me hubiese disgustado hacerlo —repuso, con calma, Hoffman—. Unos amigos suyos quisieron liquidarme; por suerte para mi estaban demasiado nerviosos y acribillaron a este caballero. Pero tranquilícese, sargento. Puedo asegurarle que la sociedad no tiene por qué lamentar su pérdida.

Ni aun mostrando su documentación pudo impedir que le obligasen a subir al coche policíaco para conducirlo a Jefatura. Allí recibió la calurosa felicitación del inspector Merling, acompañada de una advertencia:

—Haría bien en no salir del hotel, amigo. Si hoy fracasaron, mañana...

—Fracasarían también. Tengo la Impresión de que aún no se ha fundido la bala que ha de terminar conmigo. En cierto sentido, me alegra lo sucedido. Demuestra que voy por buen camino y que el «boss» anda inquieto conmigo. Además, pude arreglar unas cuentecitas que tenía pendiente con Burke; espero no tardar mucho en hacer lo mismo con Wakeford y Cohen.

Su esperanza de tener pronto noticias de sus antiguos «compañeros» no se vio defraudada. Al día siguiente las tuvo, aunque por fortuna para él en forma diferente a la tarde anterior. Le llamaron por teléfono al hotel y en el acto reconoció la voz de Maurice.

Quería hacerle una proposición. Si Hoffman le aseguraba que le dejaría escapar de Amberes y cruzar la frontera holandesa sin ser molestado, estaba dispuesto a decirle dónde podría encontrar a una de las personas que tenían secuestrada.

—Tendrá que aceptar en el acto, porque seguramente no llegará

viva a mañana.

Hoffman dio su conformidad en el acto. En fin de cuentas, Maurice era de los menos importantes y peligrosos del «gang». Merecía la pena dejarla escapar si le proporcionaba la pista necesaria para terminar con todos los integrantes de la banda. Y, sobre todo, para salvar a Magdeleine. Porque forzosa y necesariamente tenía que tratarse de Magdeleine.

Más trabajo les costó ponerse de acuerdo respecto al punto y hora en que habían de verse. Uno y otro recelaban con sobrado motivo. Maurice de que su antiguo amigo —que había resultado «poli» al fin y al cabo—, pretendiera detenerle para obligarle a «cantar» después; Hoffman que se tratase de una celada para conseguir por medio de la astucia lo que no lograron por la violencia unas horas antes.

Convinieron, al cabo, encontrarse a las cinco de la tarde en el interior de un café del Quai Van Dyck; ambos irían solos. Por teléfono se dieron mutuamente las mayores seguridades, pese a lo cual ninguno de los dos acudió totalmente tranquilo a la entrevista.

Pronto se tranquilizaron. Ninguno pretendía jugar sucio. Tomaron asiento en una mesita apartada y pudieron hablar con entero desembarazo. Maurice empezó por explicar los motivos de su actitud. Su amistad con Hoffman le hacía aparecer como sospechoso a los ojos de sus compañeros. Burkner había querido liquidarle sin mayores esperas, pero Wakeford se opuso, al parecer por orden del «boss». ¿Quién era éste?

—Tengo la seguridad que Moisés Cohen. Pero lo que ya no sé es quién pueda esconderse tras el disfraz del viejo judío.

Sin embargo, Maurice no se sentía nada tranquilo. Sus compañeros no se fiaban de él y mantenían conciliábulos que no le hacían presagiar nada bueno. El fracaso de la intentona para suprimir a Hoffman había enfurecido a Wakeford y Maurice temía ser una de las víctimas de aquella irritación.

La otra será Magdeleine Rivet, ¿no? Supongo que es la persona a la que se proponen liquidar sin mayores tardanzas.

Maurice negó con un enérgico movimiento de cabeza. Había leído algo en los periódicos acerca de la desaparición de aquella muchacha, pero no creía que el «gang» tuviese nada que ver en el asunto.

—A quien yo me refería era a Raul Famenchon.

—¿A Raul Famenchon? —preguntó sorprendido Hoffman.

—¡Seguro! Parece que Wakeford y Long Peter se lo llevaron la otra noche por encargo del «boss». Yo ni siquiera sabía que lo tenían hasta que esta mañana me enteré por verdadera casualidad.

Fingía dormir mientras Wakeford hablaba con René. Oyó perfectamente cómo le ordenaba meter a Famenchon en el agua debajo de un tingladillo de madera del «Bassin aux Bois». Le había preparado una muerte espantosa. Normalmente allí cubría poco más de un metro. Pero al subir la marea, subía también el nivel del Escalda. Si le ataban a una de las pilastras, acabaría ahogándose. Su agonía se prolongaría durante un par de horas, viendo ascender el agua que acabaría cubriéndole por completo.

—Parece que el «boss» le odia ferozmente. Por eso quiere que muera lentamente, gozándose al verle sufrir.

Hoffman consultó su reloj. Eran las cinco y media de la tarde. Hacía media hora que habría comenzado a subir la marea y con ella el suplicio de Famenchon. No sentía grandes simpatías por el individuo que pretendió abusar de Magdeleine, pero no podía colaborar con su pasividad a que le asesinasen.

—¿Dónde le tienen?

Maurice lo dijo. Estaba en un viejo almacén de bidones vacíos del Bassin aux Bois, que se alzaba sobre pilastras de madera por encima del cauce fangoso del río. Sería allí donde le matasen, si es que no lo habían hecho ya.

Hoffman tomó una decisión. Había que ir allí inmediatamente. Pero no solos, porque se exponían a caer bajo las descargas de sus enemigos sin lograr su objetivo. Les acompañarían, naturalmente, buen número de agentes de la Policía belga.

Alarmado, Maurice puso algunas objeciones. Frederick le convenció hablando por teléfono en su presencia con el inspector Merling y exigieron como primera medida que se dejase en completa libertad a su confidente, si resultaba cierto cuánto había denunciado. El jefe policiaco belga dio su conformidad, pero advirtiéndole a Hoffman:

—Tenga cuidado con ese tipo y no se fié mucho. Podría tratarse de una emboscada.

—No se preocupe. Tendrá que venir conmigo y si se trata de una

jugarreta...

Quince minutos después una veintena de agentes rodeaban silenciosamente el viejo almacén de la Anglo *Beige* Oil Company que parecía abandonado. Todos estaban bien armados y tenían instrucciones concretas de no dejar escapar a nadie.

Sin hacer mucho ruido lograron violentar una de las puertas. Por ella penetraron Merling y Hoffman, acompañados de tres agentes provistos de pistolas ametralladoras.

—Creo que has dicho la verdad —dijo Frederick a Maurice, pero como medida de precaución tendrás que venir conmigo; delante de mí, mejor.

—No le quedó más remedio que obedecer. Con las armas preparadas, los seis hombres recorrieron el almacén pasando por entre grandes montones de bidones vacíos. Llegaron al borde del agua sin encontrar a nadie. De pronto, una voz angustiada llegó a sus oídos:

—¡Me ahogo! ¡Me ahogo!

A la voz siguió un ruido extraño, como una risita burlona. No les fue difícil localizar el lugar de donde procedían el ruido y la voz. Venía de debajo del muelle. Vieron una lancha y saltaron a ella Maurice, Merling y Hoffman. El segundo, llamó:

—¡Famenchon! ¡Famenchon!

—Estoy aquí, a su izquierda. ¡Socorro!

Despreciando el peligro posible, Hoffman encendió una linterna. Merling, gritó:

—¡Allí está!

Pegado a una de las pilastras, con el agua al cuello, distinguieron la cabeza y los brazos de un hombre. Con voz asustada, Famenchon les advirtió:

—¡Apaguen, apaguen! Tirarían contra ustedes y...

El estrépito de varios disparos impidió oír sus últimas palabras. Hoffman apagó en el acto la linterna. Merling sintió zumbir en torno a su cabeza varias avispas de plomo. Maurice lanzó un alarido agónico y cayó pesadamente al fondo de la barca, haciéndola moverse en forma peligrosa.

Se armó un terrible alboroto. El inspector y Frederick tiraban en la oscuridad sin saber contra Quién, aunque teniendo la precaución de no hacerlo sobre el punto en que se hallaba Famenchon. Los

agentes que habían quedado en el muelle preguntaban a gritos por lo ocurrido.

—¡No tire más, Merling! —ordenó Hoffman—. Tengo la seguridad de que no nos contestan.

Cesaron de disparar y se hizo un profundo silencio. Al cabo, escucharon de nuevo a Famenchon:

—Les he oído escapar. ¡Sáquenme de aquí de una vez! ¡Estoy medio helado!

Con toda clase de precauciones, Merling encendió su linterna, paseando la luz escrutadoramente en todas las direcciones. Sus agresores habían desaparecido. Hoffman, que se había inclinado sobre Maurice, murmuró:

—Está muerto. Debieron partirle el corazón de un balazo.

Aproximaron la lancha al punto en que se hallaba Famenchon que tiritaba en forma convulsiva. Le habían atado a la pilastra de madera con una fuerte sogá, aparte de ponerle unas esposas. El agua le llegaba a la altura de los hombros y sólo puesto de puntillas conseguía mantener la boca fuera. Dada la frialdad del agua, no sería posible que, aun sin el riesgo de ahogarse, pudiera resistir mucho tiempo.

Merling cortó la sogá y ayudado por Hoffman le subió hasta la barca. Temblando por efecto del frío, el millonario no estaba por el momento en condiciones de pronunciar una sola palabra. Le condujeron al muelle, le hicieron beber unos sorbos de coñac y le friccionaron el cuerpo para hacerle reaccionar. Lo consiguieron luego que le hubieron librado de las esposas, quitado las ropas mojadas y envuelto en una manta. Con Maurice no pudieron hacer nada porque estaba muerto. Y lo más sorprendente del caso fue que, pese a que los agentes rodeaban por completo el almacén y extremaron su vigilancia al oír los primeros disparos, no consiguieron ver huir a nadie.

En uno de los coches llevaron a Famenchon a Jefatura, donde acabaron de hacerle reaccionar con algunos vasos de café bien caliente y unas cuantas copas de coñac. Estuvo entonces en condiciones de contestar a las preguntas de Merling y Hoffman.

Le habían secuestrado tres noches antes, como sus oyentes ya sabían. Estaba tranquilamente en su casa, cuando llamaron a la puerta y Pierre Hervet, su criado, que salió a abrir, recibió varios

balazos que pusieron fin a su vida. Famenchon que acudió al oír los disparos, recibió un golpe en la cabeza que le privó del conocimiento.

Al volver en sí se encontró en un cuartucho del almacén de la Anglo *Beige* Oil Company. Allí había permanecido por espacio de sesenta y tantas horas. Le tenían atado y amordazado y vigilado siempre por algún individuo que era relevado de vez en cuando. Famenchon no les conocía, pero pudo averiguar el nombre de uno de ellos: Andy Sam Burker. También supo que, al parecer, su suerte dependía de la del jefe del «gang»...

—¿Moisés Cohen? —inquirió Merling.

—Desde luego. Por lo menos, cuando esta tarde me metieron en el agua me dijeron que así lo había dispuesto Cohen, que tenía unas viejas cuentas pendientes conmigo.

—¿Y no llegó usted a verle en ningún instante? —Tornó a preguntar el inspector.

Famenchon vaciló un instante antes de responder. Luego afirmó que durante los días que duró su reclusión no había aparecido por el almacén. Sin embargo, recordaba que segundos antes de recibir el golpe que le privó del conocimiento había visto en su propia casa a un tipo de nariz ganchuda y barbilla saliente que bien pudiera ser el misterioso Moisés Cohen.

—Lo más curioso del caso es que, aun no viéndole más que un instante, sus ojos me parecieron conocidos. He pensado mucho en ello durante el encierro, y forzando mi memoria y llegando a una conclusión tan extraña y sorprendente, que no me creerían si se la dijese.

—Dígalos de todas las llaneras. ¿A quién le recordaban los ojos de Moisés Cohen?

—A un ladrón y asesino a quién tuve la desgracia de conocer hace muchos años en el Congo. Se llamaba Paul André Robic...

De labios de Merling se escapó un grito de jubiloso asombro. Las palabras de Famenchon parecían aclarar definitivamente el enigma. Hoffman no dijo nada, pero en su rostro se pintaba un gesto de grave preocupación.

Cuando, totalmente repuesto y vestido con ropas que un agente trajo de su casa, el millonario salió de Jefatura deseoso de volver cuanto antes a su domicilio, el inspector se volvió con aire triunfal

hacia Hoffman:

—Supongo que ya no tendrá la menor duda, amigo. Todo está perfectamente claro.

—¡Hum! —exclamó dubitativo Frederick— A mí me parece que es ahora cuando el asunto está endiabladamente turbio...



**¡LO NUNCA VISTO POR 1,25 PESETAS!
EL F. B. I.**

**la organización de contraespionaje más famosa
del mundo, vive y emociona en
AVENTURAS DEL F. B. I.**

VI

EN LA BOCA DEL LOBO



OR espacio de media hora larga discutieron Merling y Hoffman, sin conseguir llegar a un acuerdo. Para el primero, ya casi convencido por anticipado de la culpabilidad de Robic, las palabras de Famenchon tenían un peso decisivo. El americano, en cambio, estimaba que aún había muchos puntos oscuros y que nada podía afirmarse mientras no se recibieran los informes pedidos al Congo belga, y de manera especial, hasta que no fuese encontrada Magdeleine, si es que llegaban a encontrarla con vida.

El inspector belga dio renovadas órdenes a sus agentes de buscar por todas partes a la muchacha y a Wakeford, Long Peter y René. Fuera de esto, creía que no había que hacer otra cosa sino esperar con toda calma que las autoridades de Leopoldville tuvieran por conveniente contestar a sus preguntas con respecto a Paul André.

Pero Hoffman no estaba en condiciones de esperar. Creía que Magdeleine se hallaba en situación peligrosa, que su vida pendía de un débil hilillo y que sólo podría salvarla actuando con rapidez y acierto. La acción siguió sin dilaciones al pensamiento.

Desde Jefatura marchó al hospital donde se hallaba detenido Robic. La conversación entre ambos violenta en un principio, menos tirante después, se prolongó por espacio de una hora. A continuación, Frederick celebró una larga conferencia telefónica con Nueva York. Si no había grandes esperanzas de que la Policía del Congo belga se diese prisa en contestar, los agentes neoyorquinos del

F. B. I.

trabajarían sin descanso para enviarle con la máxima rapidez los datos que necesitaba.

Cuando colgó el teléfono eran ya las once de la noche y estaba un tanto cansado por el ajetreo de las últimas jornadas. Sin embargo, Hoffman no pensó ni siquiera por un instante en tumbarse a dormir. Lejos de ello, tomó un automóvil y partió inmediatamente con rumbo a Bruselas. Llegó pasada la medianoche, pero gracias a la ayuda que le prestó su buen amigo Howard pudo hablar con diversas personas y recoger un documento que le interesaba.

A las tres de la madrugada había terminado en Bruselas; pero entonces comprendió que necesitaba ir a Gante. Era inútil marchar inmediatamente, porque perdería el tiempo tratando de ser recibidos a aquellas horas por los encargados de un Registro Civil que estarían durmiendo tranquilamente en sus casas. Descansó mal que bien unas horas en la capital belga, pero a las nueve de la mañana se encontraba en Gante, y a las once se hallaba de regreso en Amberes.

Volvía relativamente satisfecho, satisfacción que aumentó poco después al recibir un cablegrama de Nueva York. Empezaba a ver bastante claro el asunto, pero aún le faltaba hacer algunas averiguaciones. Visitó la casa de Moisés Cohen, a cuya puerta

seguía vigilante un guardia. Durante largo rato permaneció en, la extraña habitación donde sostuviera sus dos encuentros con el misterioso judío. No perdió el tiempo buscando en la mesa o en la caja de caudales. Pero examinó la pared contra la que habían ido a estrellarse los balazos disparados con ánimo de alcanzar al dueño de la casa.

Aparentemente se trataba de un muro sólido en el que no se abría el menor hueco. Pero era indudable que tenía que haber algún portillo secreto por el que Cohen pudo escapar, poniéndose a cubierto de sus disparos. No logró encontrarle, pero la posibilidad de que existiera daba nuevo valor a la hipótesis que se había trazado.

Marchó por último al puerto. Penetró en el almacén y muelle de la Anglo *Beige* Gil y estuvo examinando a la luz del día el escenario de los sucesos de la noche anterior. Luego, auxiliado por tres hombres a los que pagó bien, se dedicó a utilizar unos largos rastrilleros, procurando encontrar algo en un radio de diez metros del punto en que hallaron veinte horas antes a Raul Famenchon. Cuando encontraron una pistola ordenó suspender los trabajos. Al examinar el cargador y ver que faltaban cinco balas, sonrió satisfecho, murmurando:

—¡Lo que yo suponía!

Aún hizo otras dos rápidas visitas, pero a las seis de la tarde se presentaba en Jefatura con el resultado de las intensas pesquisas realizadas durante cerca de veinticuatro horas. Cejijunto y un poco asombrado, Merling escuchó la sorprendente historia que le contó Hoffman. Al final quedó meditativo, pero no queriendo darse por vencido, afirmó:

—Tiene usted una magnífica imaginación, amigo. Todo eso estaría muy bien en una película. En realidad es demasiado complicado para que pueda ser cierto...

—Pero los documentos...

—No demuestran nada que me obligue a cambiar de manera de pensar. Que Marie Rivet estuviera casada con Robic, que tuvieran una hija que sea seguramente esa Magdeleine que andamos buscando, no prueba la inocencia del supuesto padre en los crímenes que perseguimos. Aun siendo cierta la extraordinaria historia que nos contó el otro día, y que sigo poniendo en tela de

juicio, no bastaría a probar que no existe la menor relación entre él y nuestro misterioso amigo Moisés Cohen.

—¿Cree que un padre iba a raptar a su propia hija?

Merling rehuyó una respuesta directa. Señaló, no obstante, la posibilidad de que Magdeleine, que se había criado al lado de su madre, oyéndola hablar mal siempre del hombre que fuese su marido, no quisiera nada con él.

—Quizá no encontró mejor procedimiento para obligarla a estar a su lado.

Ni la pistola encontrada en el lecho fangoso del río ni el dictamen médico acerca de la casi imposibilidad de sobrevivir a una prolongada inmersión en agua demasiado fría, significaban gran cosa a su parecer. Se negaba en redondo a admitir que una personalidad financiera tan conocida y respetable como M. Famenchon estuviese mezclada en las actividades de una partida de forajidos.

—Sobre todo, después de ver anoche cómo le trataron y lo cerca que estuvieron de quitarle la vida.

—Pero al único que se la quitaron fue al pobre Maurice, aunque quizá les habría agradado más que el muerto hubiera sido yo.

No le fue posible convencer a Merling. Antes de proceder contra Famenchon necesitaba pruebas concretas. El millonario tenía muchos amigos influyentes y el inspector no quería cometer el menor desliz que pudiese obligarle a salir del Cuerpo.

—Pues voy a buscar esta misma tarde las pruebas que exige.

—¿Qué se propone hacer? —preguntó alarmado Merling.

—Ir en busca de ese tipo y obligarle a confesar la verdad.

El inspector arrugó el ceño. Bien estaba que hubiera consentido, un poco en contra de las órdenes recibidas, que Hoffman pudiera continuar sus investigaciones. Pero de eso a tolerar que emplease la violencia contra una personalidad conocida, había un abismo que no estaba en modo alguno dispuesto a saltar.

—No cuente conmigo. Nuestra obligación es velar por la Ley y defender a los ciudadanos; no arrancarles supuestas confesiones por medio del terror.

—Descuide, inspector. No pienso emplear el terror, sino la astucia. Y no le mezclaré en nada. Actuaré por cuenta propia.

—Tenga en cuenta que tendrá que responder de sus actos.

—«*Okay!*», inspector. Si fracaso estoy dispuesto a pagar aunque sea con la cabeza. Pero no voy a detenerme, por ridículos escrúpulos legalistas, cuando la vida de una mujer está en grave peligro.

Los argumentos de Hoffman acerca de la posibilidad de que Magdeleine fuera asesinada en las próximas horas hicieron mella evidente en el ánimo de Merling. Llegó incluso a prestar cierta colaboración al agente americano. Se mantendría al margen de su gestión, desde luego; pero se apostaría con varios de sus hombres en las inmediaciones de la casa del millonario, prestó a intervenir tan pronto como sonara un solo disparo y a detener a cualquier individuo que pretendiera huir del edificio.

—Con eso tengo suficiente —afirmó Frederick—. No perdamos más tiempo. Yo iré solo delante; bastará que lleguen a las inmediaciones unos minutos después.

Un cuarto de hora más tarde, Hoffman llamaba a la puerta de Famenchon. Hubo de repetir varias veces la llamada y esperar largo rato antes de que le abriesen. Lo hizo el millonario en persona, no sin mirar antes previamente por un pequeño ventanillo y convencerse de quién era su visitante.

—Estoy solo —dijo en tono nada cordial a modo de saludo—, y no me agrada recibir visitas a estas horas.

—Será sólo un instante —repuso Hoffman, que, empujando la puerta, se metió en el vestíbulo—. Tenía que hacerle unas preguntas y no quise esperar hasta mañana.

Famenchon se asomó a la calle, miró arriba y abajo, y al no divisar a nadie, brilló una lucecita extraña en sus ojos. Volviendo a penetrar en el vestíbulo, cerró la puerta por dentro e invitó a su visitante:

—Venga a mi despacho. Hablaremos con mayor comodidad.

Ocupó un sillón colocado detrás de una inmensa e historiada mesa, indicando a Frederick que ocupase una silla al otro lado de la mesa. Hoffman abordó desde el primer instante el motivo de su visita.

—¿Está seguro, absolutamente seguro, de que Paul André Robic es el misterioso Moisés Cohen a quién con tanto interés persigue la Policía?

—Hasta anoche pude tener alguna ligera duda; pero después de

saber que le detuvieron en mi propia casa la noche del crimen...

—¿Ignora que también me detuvieron a mí en el mismo lugar y hora?

Famenchon inclinó la cabeza en gesto afirmativo. Sin embargo, y a juzgar por cuanto sabía, el caso era distinto. Hoffman era un agente del

F. B. I.

americano encargado de perseguir al jefe de una banda de malhechores. Precisamente fue allí persiguiendo a Robic, que disparó contra él.

—Debía ser usted el más convencido de su culpabilidad —añadió con una suave sonrisa.

—Y, no obstante, soy quien tiene mayores dudas. Para tratar de resolverlas precisamente he venido. Quisiera que me respondiera a una pregunta. ¿Sabía que Magdeleine Rivet, la muchacha que ha desaparecido y que usted contrató como secretaria, era la hija de Robic?

—¡En absoluto! La chica nada tenía que ver con ese tipo. En cualquier caso, ¿cree que de saber yo que era hija suya la hubiese admitido en mi casa?

—¿Y no pudo hacerlo precisamente por eso?

—¿Qué pretende insinuar? —inquirió frunciendo el ceño Famenchon.

—Que sabiendo que era hija de su mayor enemigo quiso tenerla a su lado con determinados propósitos.

—¡Basta! —chilló colérico el millonario—. No puedo consentir que nadie venga a insultarme en mi propia casa.

—No le insulto, Famenchon. Trato únicamente de aclarar una situación confusa, haciéndole unas cuantas preguntas.

—¿Y con qué derecho me interroga?

—Usted sabe perfectamente quién soy.

—Un agente del

F. B. I.,

¿no? Será una razón muy convincente en Nueva York o Washington, pero no en Amberes. Bélgica es una nación soberana y no creo que su Policía pueda consentir que polizontes americanos la suplanten en sus funciones.

—No hay tal suplantación. Yo actúo por cuenta propia; si vine a

verle fue con carácter personal.

—Entonces —repuso poniéndose en pie el millonario—, hemos concluido. Yo no tengo por qué aguantar sus impertinencias ni responder a sus preguntas.

—¿Ni siquiera recordando que ayer me jugué la vida para salvar la suya en grave peligro, según sus propias manifestaciones?

—Ni aun así. La conversación ha terminado. ¡Váyase de una vez!

—¿Y si me niego a marcharme?

—Tendría que llamar por teléfono al inspector Merling, pidiendo la ayuda de la Policía belga contra quien se ha metido en mi casa contra toda razón y derecho.

Con gesto decidido descolgó el auricular y se dispuso a marcar un número. Hoffman, que no se había movido del asiento, hundió la mano derecha en el bolsillo de la trinchera y advirtió:

—Deje el teléfono y no haga tonterías. Tendría que darle gusto al dedo y ahora no fallaría la puntería como las otras dos veces que nos enfrentamos.

Famenchon clavó una mirada recelosa en el bulto que la pistola formaba en el bolsillo de la trinchera de su interlocutor; palideció ligeramente y se apresuró a obedecer. Volvió a sentarse y preguntó con voz que traicionaba un agudo temor:

—¿Ha venido a asesinarme?

—Seguro que no, amigo. Vine a hacerle unas preguntas y estoy decidido a que me las conteste. ¿Qué se proponía al traer a su casa a la hija de Robic?

—Repito que no sabía que fuera hija suya; más aún: estoy convencido de que no tiene el menor parentesco. Su mismo apellido...

—No pierda el tiempo, Famenchon. De sobra sabía usted que llevaba el apellido de la madre. Y no vaya a decirme que no conoció a Marie Rivet, porque tendría que llamarle embustero.

El millonario no supo qué contestar. Con un movimiento rápido, Hoffman arrojó sobre la mesa los documentos que había ido a buscar a Bruselas y Gante. El primero era la partida de defunción de Marie Rivet, acaecida en 1943, donde aparecía como viuda y con una hija llamada Magdeleine. Los otros, una copia del acta del matrimonio celebrado en Gante en 1925 entre la mencionada Marie Rivet y Paul André Robic, y la inscripción legal de una niña, hija de

ambos, nacida en 1927 y a la que se puso el nombre de Magdeleine.

—Usted sabía todo esto, porque fue quien incitó a Marie a dejar abandonado a su marido, convenciéndola de que era un ladrón; también el que la aconsejó que la niña utilizara el apellido materno, obligándola a escribir a su esposo diciéndole que Magdeleine había muerto.

—¡Mentira! —protestó irritado Famenchon—. Todo eso es un cúmulo de falsedades estúpidas.

—¿De veras? —inquirió tranquilo y sonriente Hoffman—. ¿Qué le parecería si tuviera pruebas fehacientes en que basar mis afirmaciones?

—¡No las tiene, no puede tenerlas! —afirmó el millonario—. Pero aunque las tuviera y todo eso fuere verdad, ¿qué tiene que ver con mi secuestro y la muerte de Pierre?

—No sé lo que tendrán que ver con su famoso secuestro, aunque supongo que mucho; pero, desde luego, constituyen la clave del secuestro de Magdeleine.

—¿Quiere insinuar que la rapté yo?

—No lo insinúo: lo afirmo.

Famenchon pegó un salto en su asiento. Quiso decir algo y las palabras se le atropellaron de tal manera en la boca, que su frase resultó ininteligible. Inclinandose con rapidez hurgó en uno de los cajones. Hoffman temió que buscara una pistola; sacando la suya, ordenó tajante:

—¡Quieto! Ponga las manos sobre la mesa si no quiere tener un disgusto serio.

El millonario obedeció, mientras hacía violentos esfuerzos para dominarse. Al cabo de un par de minutos protestó:

—¡Está usted loco! ¿Todavía no se ha convencido de que fue Moisés Cohen quien la secuestró?

—Es posible. Pero también lo es que Moisés Cohen se llame en la vida real Famenchon, Raul Famenchon.

Su interlocutor le contempló un instante, desconcertado; luego dejó oír una risita entre nerviosa y burlona. ¿Cómo podía decir tal cosa Hoffman luego de lo ocurrido la noche anterior? ¿No recordaba que de no ser por su oportuna intervención habría muerto precisamente por orden de aquel mismo Cohen?

—Creo —repuso con calma Frederick— que, de no llegar

nosotros no hubiese corrido el menor peligro; ni siquiera se hubiera metido en el agua.

—¿Supone que lo hice por mi gusto? ¿Qué resulta agradable un baño en pleno mes de diciembre, con el agua a cero grados?

—Sé positivamente que usted no llevaba una hora en el agua como nos dijo, porque, de haber permanecido sesenta minutos en la posición en que le encontramos, no estaría vivo a estas horas. Y sé, también, que nadie le metió en el agua, por la sencilla razón de que estaba totalmente solo en el almacén.

—¿Olvida que hubo quien disparó contra ustedes, matando al individuo que les acompañaba?

—Sentí las balas demasiado cerca para poder olvidarlo. Pero he hecho algunas averiguaciones a la luz del día. Y el resultado es que fue usted quien apretó el gatillo.

—¿Yo? —preguntó Famenchon, fingiendo un asombro sin límites. ¡Pero si estaba esposado, con el agua al cuello y atado a la pilastra!...

—Pero en la mano derecha, que conservaba fuera del agua, tenía una «F. N.». Hizo fuego contra nosotros, esperando matarme a mí, que sabía demasiado y constituía un grave peligro. No le molestó que fuese Maurice el muerto, pero habría preferido alcanzarme a mí.

—¡Fantasías! —Gruñó acalorado el millonario—. Nadie con sentido común podría creerle...

—Pues me creerán cuando presente las pruebas. En cuanto a usted, ¿no es suficiente saber que he encontrado la pistola, una pistola comprada por usted mismo hace dos meses, y que faltan cinco balas en el cargador; cinco balas del mismo calibre que las que ocasionaron la muerte de Maurice y unos días antes de su cómplice Pierre Herve?

Ante el silencio asombrado de Famenchon, expuso, con absoluta precisión, cómo habían ocurrido los hechos. Wakeford y Long Peter sospechaban que Maurice pudiera estar en contacto con Hoffman; el millonario deseaba alejar de sí toda sospecha, reapareciendo en forma que le permitiese pasar por víctima de Moisés Cohen. Fue entonces cuando fraguaron la farsa del Bassin aux Bois, utilizando un almacén que sabían abandonado.

Vigilando discretamente a Maurice supieron que había

comunicado a Hoffman lo que sabía. Famenchon esperó con toda calma al borde del agua hasta que los policías penetraron en el almacén. Entonces se metió en el agua, atándose a la pilastra en forma que pudiera desatarse con rapidez en caso preciso y esposándose las manos, pero conservando en ellas la «F. N.». Cuando la linterna encendida por Frederick le indicó la posición exacta del agente americano, chilló que la apagase, al mismo tiempo que hacía fuego. Si le hubiese matado al mismo tiempo que a Maurice se habría librado de un enemigo peligroso, sin que nadie pensara siquiera en echarle la culpa.

—Tiró la pistola a unos pasos de distancia, cuando oyó el grito de agonía. Debió de ser una desagradable sorpresa para usted advertir que yo seguía vivo cuando de nuevo encendimos la linterna, pero ya era tarde para rectificar.

Pálido y nervioso, Famenchon escuchaba a su interlocutor con el asombro reflejado en sus ojos, pero sin atreverse a negar ninguna de sus afirmaciones. Hoffman concluyó diciendo:

—Fue un truco espléndido, una coartada magnífica. Por desgracia, le falló la puntería. Y ese fallo le costará ir a la horca.

El millonario, cuya expresión parecía indicar un profundo abatimiento, intentó defenderse. Soslayó todo lo referente a la aventura del muelle para hablar de Moisés Cohen, insistiendo en que fue quien le secuestró, luego de asesinar a Pierre. Y Cohen no podía ser otro que Robic; el mismo Hoffman le vio dentro de la casa de la rue des Tailleurs la noche del rapto de la muchacha.

—Se engaña a sabiendas, Famenchon. A quien vi dentro de la casa y el que disparó contra mí fue usted. A Robic le vi únicamente en la calle; había venido citado por usted, que tenía el propósito de matarle en el mismo sitio y forma que lo hizo con Ben Harding.

—¿También está enterado de lo de Harding? —exclamó el millonario, traicionando involuntariamente su pensamiento.

—Sí. Estoy enterado de todo. ¿Le bastará con decirle que Walter ha cantado de plano? Pues ahórrese mentiras, que no le servirían de nada.

El millonario permaneció en silencio por espacio de dos minutos, como si concentrase sus pensamientos. Luego, levantando la cabeza, pareció admitir su derrota:

—Le felicito, Hoffman. Es usted muy inteligente. Pero

precisamente por serlo, no creo que sea difícil que lleguemos a un acuerdo.

Frederick le contempló sorprendido. Creyó comprender. En tono irónico preguntó:

—No intentaré comprarme con unos cuantos billetes, ¿verdad?

—No. Podría darle, no unos cuantos, sino muchos billetes; los suficientes para vivir en adelante de sus rentas. Pero sé que no aceptaría. Sin embargo, todos los hombres tienen un precio. Y yo estoy dispuesto a pagarle «su» precio con tal de salvar mi vida.

—¿Podría saber cuál cree que puede ser mi precio? —inquirió, entre curioso y burlón, Hollinan.

—¡Magdeleine Rivet!

—¿Reconoce entonces que la tiene en su poder? —exclamó excitado el agente.

—¿No decía usted que estaba enterado de todo? —repuso Famenchon en tono despectivo—. Le ofrezco su vida a cambio de la mía. Sé que la chica le gusta; lo comprendo, porque es una preciosidad. También que ella le quiere. Hubiera querido que fuese para mí, pero...

—¡Miserable!

—Deje los insultos a un lado y hablemos como hombres, mirando de cara la realidad. Le propongo un cambio. ¿Le interesa?

Hoffman sintió vehementes deseos de apretar el gatillo, librando al mundo de aquel asesino. De pronto vio en sus ojos una expresión extraña. Casi al mismo tiempo, un ligero ruidito a su espalda. Presintiendo un grave peligro, quiso volver la cabeza.

No le dieron tiempo. Un objeto muy duro, la culata de una pistola, cayó con terrible violencia sobre su occipital. Medio atontado, trató de incorporarse, y apretó el gatillo de la «*Parabellum*» sin apuntar a nadie, y casi sin darse cuenta de lo que hacía. Resonó un disparo, pero al mismo tiempo un segundo culatazo le hizo rodar por la alfombra, perdido el conocimiento.

Lo recobró a los pocos minutos, cuando le echaron sobre la cara una jarra de agua fría. Abrió los ojos y miró desconcertado en torno suyo.

VII

COMO UN DESIGNIO PROVIDENCIAL



ENID detrás de mí. ¡Y mucho cuidado con este amigo! Al menor movimiento sospechoso, sacudidle.

Raul Famenchon se dirigió a la abertura de la pared. Hoffman tuvo que seguirle, sintiendo en su espalda la presión de las pistolas que empuñaban Wakeford y Long Peter. Descendieron unos cuantos escalones y se adentraron en un largo pasadizo subterráneo. Volviéndose hacia su prisionero, el millonario inquirió sonriente:

—No sospechabas nada de esto, ¿eh, Hoffman?

—Te equivocas, Famenchon. No sólo sospechaba la existencia de este pasadizo, sino que puedo decirte dónde conduce.

—¿De veras?

—¡Seguro! Al despacho de Cohen; es el camino que te sirvió

para huir como una rata las dos veces que te enfrentaste conmigo.

Un violento puntapié de Wakeford en la espalda le lanzó contra una de las paredes, mientras su agresor gruñía amenazador:

—¿Todavía te atreves a insultar al jefe, «chivato»?

Tanto él como Long Peter parecían dispuestos a seguir golpeando al detenido. Famenchon se opuso:

—¡Dejadle ahora, muchachos! Me interesa que diga lo que sepa...

Hoffman se incorporó, dirigiendo una mirada iracunda a Wakeford. A un gesto del millonario, reanudaron la marcha. Continuaron en silencio por espacio de dos minutos. Al cabo, deteniéndose ante una puerta entornada, Famenchon indicó sonriente al americano:

—Prepárate para recibir una agradable sorpresa.

Abrió la puerta de un empujón, e hizo que Hoffman penetrara, bien custodiado por sus tres enemigos. Frederick se encontró en una estancia amplia, casi cuadrada, con una mesa en el centro, varias sillas alrededor y un camastro al fondo.

Tendida en el camastro estaba Magdeleine. Levantó la cabeza y el americano pudo ver huellas de sufrimiento en su rostro y los ojos, enrojecidos por el llanto, circundados por unas enormes ojeras. Se puso en pie de un salto y avanzó impulsiva al encuentro de Frederick, exclamando entre sorprendida y triste:

—¡Usted! ¡Tú!

Sonriente y brutal, René se interpuso en el camino de la muchacha. Rechazándola con un violento empujón, indicó:

—¡Quieta ahí, preciosidad! Mientras el jefe no disponga otra cosa...

—¡Déjala, René! —ordenó Famenchon—. Soy un poco sentimental y me emocionan estas escenas...

Burlón, René hizo una cómica reverencia ante la joven, que sin mirarle siquiera, se acercó llorosa a Hoffman, que en movimiento instintivo la estrechó en sus brazos.

—¡Magdeleine!...

—¿Te han cogido también estos...?

—No te preocupes —procuró tranquilizarla Fred—. La Policía sabe que estoy aquí; no tardará en presentarse y estos amigos tendrán que pagar todos sus crímenes.

Al oírle, Long Peter no pudo dominar un gesto de intranquilidad. Wakeford, que ardía en deseos de terminar con Hoffman, preguntó impaciente:

—¿Le sacudo ya, jefe?

—Todavía no, amigo. Antes quiero hablar un poco con él. Por ahora, basta con que le separéis de la muchacha.

Los tres secuaces de Famenchon se apresuraron a cumplir la orden. Mientras René, cogiendo de un brazo a la joven, la empujaba con violencia hacia el camastro, Wakeford y Long Peter apartaron a Fred, no sin propinarle algunos golpes, validos de la impunidad que les aseguraba tenerle encañonado con sus pistolas. Cegado por la ira de ver maltratada a Magdeleine, Hoffman se desprendió cómo pudo de sus adversarios, y acercándose a René le asestó un puñetazo en plena mandíbula, gruñendo colérico:

—¡Toma, cobarde!

La réplica fue un violento puntapié de Wakeford, que alcanzándole en el bajo vientre, hizo rodar por el suelo al americano, retorciéndose de dolor. Viendo el sufrimiento reflejado en su rostro, el agresor comentó satisfecho:

—¡Vete aprendiendo, amiguito! Antes de morir recibirás muchos por el estilo.

Repuesto del puñetazo sufrido, René quiso lanzarse sobre Hoffman para pisotearle en el suelo. Tranquilo y sonriente, Famenchon se opuso:

—¡Un poco de calma, muchachos! Habrá tiempo para todo. Dejadme que le interroge.

Un poco a regañadientes obedecieron sus secuaces. Volviéndose hacia el americano, el millonario continuó:

—Levántate de una vez y no hagas más tonterías, Hoffman. Ya ves las consecuencias que tienen...

Simulando estar mucho más dolorido por el golpe de lo que estaba en realidad, Fred se incorporó trabajosamente. Quedó en pie, un poco doblado hacia adelante, con las dos manos puestas sobre el lugar en que recibió la patada.

—Siéntate si quieres, porque deseo conversar contigo unos minutos. ¡Así! Y ahora, contéstame: ¿está enterado de algo el inspector Merling?

—Lo sabe todo —repuso con absoluta seguridad Hoffman.

—Concreta. ¿A qué llamas todo?

—A que Moisés Cohen y tú sois una y la misma persona.

—¡Mentira! Cuando anoche hablé con él estaba convencido de la culpabilidad de otro, incluso antes de que yo abriese la boca.

—También yo anoche creía en tu inocencia. Pero en estas veinticuatro horas hemos averiguado más de lo que te convendría. Y ahora ya sabemos que Paul André Robic es inocente, mientras que tú...

Oír aquel nombre produjo profunda impresión en el ánimo de Magdeleine. Se puso en pie, y desdeñando los gestos de René para que se mantuviera en silencio, exclamó sorprendida:

—¡Paul André Robic! ¡Qué coincidencia más extraña! Así se llamaba...

—Tu padre, ¿no? Pues no hay ninguna coincidencia: se trata de la misma persona.

—¡Imposible! Mi padre murió en Leopoldville en mil novecientos treinta...

—Eso te hizo creer tu madre, engañada por un miserable; pero la verdad es que vive y ahora mismo...

A Famenchon no le agradaba el giro que tomaba la charla. Iracundo, les interrumpió:

—¡Basta! Estás aquí para responder a mis preguntas, ¿entendido? Lo que quiera que sepa Magdeleine ya se lo diré yo. Llévatela de aquí, René.

Cogiendo por ambos brazos a la muchacha, llevándola casi a rastras, el forajido sacó a la muchacha al pasillo. Nuevamente, Hoffman trató de acudir en su defensa, pero un puñetazo en plena mandíbula de Long Peter le hizo vacilar sobre sus pies. Cuando pretendió responder en forma adecuada, Wakeford le descargó un culatazo en la cabeza. No golpeó muy fuerte; sí lo suficiente para que Fred tuviera que desistir de su generoso propósito.

—Habla claro antes de que se me agote la paciencia —exigió Famenchon—. ¿Qué sabe Merling de Robic y de mí?

Hoffman contó las cosas a su manera. Empezó por repetir la sorprendente historia oída de labios del padre de Magdeleine, asegurando que había quedado confirmada en todas sus partes por los informes recibidos cablegráficamente por las autoridades del Congo belga. Afirmó algo más: que la Policía de Leopoldville

sostenía en la información remitida que estaba probado fuera de toda duda que fue Pierre Hervet quien cometió el asesinato por cuya causa estuvo preso Robic.

—Aunque todo eso fuera cierto —comentó el millonario—, no implica la menor acusación contra mí.

—Pero si la muerte de Ben Harding y las actividades de Moisés Cohen.

Explicó el alcance de sus palabras. Aseguraba que Maurice, antes de dirigirse al Bassin, donde encontró la muerte, había declarado que recogió de la rue des Tailleurs el cadáver de Harding para tirarlo al Escalda. También que tenía el pleno convencimiento de que el viejo judío era el jefe supremo del «gang» que negociaba con los diamantes y las mercancías robadas de los almacenes del Ejército americano en Amberes.

—Admitámoslo —dijo Famenchon—, pero aún en ese caso, ¿qué pruebas tiene de que yo pueda ser Moisés Cohen?

—Las mejores que podía desear: Walter ha dicho todo lo que sabía.

—¿Qué ha cantado Walter? —inquirió el millonario con un gesto de asombro.

—Seguro. Se resistió durante varios días, pero esta tarde tuvo que confesar. Habló de la muerte de Harding, de la trampa tendida a Robic para asesinarle y de que tú eras Moisés Cohen.

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco? Pues con mucho menos tienes suficiente para ir a la horca...

Por toda respuesta. Famenchon soltó una sonora carcajada. Durante un par de minutos estuvo riéndose con todas las ganas ante el asombro de Hoffman. Cuando pasó el acceso de risa, exclamó:

—Te he vencido de nuevo, amiguito. Te dije antes que era más listo que tú y no quisiste creerme. Ahora te he hecho hablar y ya sé que Merling no sabe una sola palabra de mí.

—Pero si yo he dicho todo lo contrario...

—Hay que mentir con más habilidad para poderme engaitar, muchacho.

En tono divertido expuso los errores cometidos por Frederick. En primer término, no había habido tiempo para que las autoridades de Leopoldville, dada su incurable pereza, hubiesen contestado;

pero aún en el caso de haberlo hecho, podrían afirmar, como máximo, la inocencia de Robic, nunca la culpabilidad de Hervet.

—Sólo yo sabía que Pierre había cometido aquel crimen y tenía las pruebas; tú has llegado a sospecharlo, pero al pretender que la Policía del Congo lo afirmaba, he comprendido que Merling no ha recibido aún esos supuestos informes.

El puntal más firme de su incredulidad respecto a las afirmaciones de Hoffman, lo constituía, sin embargo, la confesión de Walter. Admitía que el alemán hubiese cantado; nunca que dijese que el judío a quién servía era Raul Famenchon, porque lo ignoraba en absoluto.

—Para Walter, Moisés Cohen, es Moisés Cohen, y únicamente Moisés Cohen. Nada sabía de mí y desconocía incluso la existencia de este subterráneo. Y aunque lo supiese se cuidaría mucho de decirlo, porque sabe que el viejo judío tiene en su poder pruebas que le pondrían rápidamente en manos del verdugo.

Ni siquiera Pierre Hervet estaba enterado de su doble personalidad. Lo descubrió la noche de su muerte, con ocasión del primer intento de rapto de Magdeleine.

—Quiso entonces hacerme víctima de un pequeño «chantage»; la respuesta fueron los balazos que terminaron con su vida.

Como viera un gesto de incredulidad en el rostro de Hoffman, quiso disipar sus dudas, alardeando de su habilidad. Contó que poco después de disparar contra Pierre vio a Robic acercarse a la casa. Pudo matarle, pero le pareció mucho más bonito que fuese la Justicia quien se encargase de hacerlo. Abrió la puerta de la casa, se marchó por el pasadizo secreto y avisó a la Jefatura de Policía. Esperaba que al llegar los agentes encontraran a su enemigo en el interior del edificio, le cargasen la muerte de Hervet e incluso le achacasen la desaparición del millonario.

—Por desgracia, te metiste por en medio estropeando las cosas. Fue preciso que yo reapareciese entonces. Y no me negarás que mi reaparición resultó un golpe maestro, aunque tuviera la mala suerte de que te resguardaras detrás del imbécil de Maurice.

Hoffman habló entonces. Reconocía que Famenchon había actuado con diabólica inteligencia. Sin embargo, había dejado muchos cabos sueltos. La Policía los seguía y no tardarían en dar con él.

—Merling vino conmigo. Espera en la puerta mi salida. Si pasa media hora —y está a punto de pasar—, y continuó dentro...

—¡Mentira! —chilló indignado el millonario—. Merling no sabe una sola palabra. De tener pruebas contra mí, hubiese venido en persona a detenerme, no dejando que un agente extranjero tratara de sonsacarme primero.

—Piensa lo que quieras —replicó despectivo Frederick—; cuando le veas dentro de unos minutos...

—Es inútil que pretendas asustarme. Cuando te abrí la puerta me asomé para mirar a uno y otro lado y no había nadie en toda la calle. Desengáñate, Hoffman. Tu cadáver aparecerá mañana flotando sobre las aguas del Escalda y nadie podrá culparme de tu muerte.

—Excepto el inspector que sabe que vine a verte.

—No sueñes despierto, muchacho. A la hora de tu visita y de tu muerte podré probar que estaba en otro lado. Personas respetables jurarán que estaba con ellas y no habrá quién se atreva a poner en duda sus palabras.

Hizo una breve pausa. Luego, sonriendo satisfecho, concluyó:

—Morirás y nadie sabrá lo que llegaste a descubrir. Y morirás con la angustia de saber que Magdeleine queda en mis manos, que soy más fuerte que todos vosotros y que triunfo y triunfaré en toda la línea porque...

Le interrumpieron unos violentos timbrazos que sonaban en la lejanía. Al oírlos, Famenchon palideció ligeramente. Hoffman sabía que eran Merling y sus agentes llamando a la puerta de la casa del millonario. Poniéndose en pie, miró burlón y desafiante a su enemigo.

—Despierta tú ahora, Famenchon. Te creías triunfante, olvidando que la roca Tarpeya está al lado mismo del Capitolio...

La contestación fue un violento puñetazo que le derribó contra la mesa. Pretendió lanzarse sobre el millonario. Pero Long Peter le obligó a permanecer inmóvil poniéndole la pistola al pecho.

—Vete a ver lo que ocurre —ordenó Famenchon a Wakeford—. Si es la Policía, apaga todas las luces, cierra la salida del despacho y vuelve aquí. No tenemos nada que temer.

—Salvo una cuerda bien embreada en torno al cuello —comentó irónico Fred, pese a la mirada iracunda de su guardián.

—Silencia a ése —ordenó el «boss» a Long Peter—. Vete a lo que te he dicho, Wakeford. Y tú, René, trae aquí a la chica.

—Sus órdenes fueron cumplidas en el acto. Wakeford echó a correr por el pasadizo con rumbo al despacho de Famenchon; el individuo que custodiaba a Magdeleine la metió a viva fuerza en la habitación, cuidando de que estuviera bastante separada del americano; Long Peter lanzó su puño izquierdo contra la boca de Hoffman, en tanto que le mantenía encañonado con la pistola que sostenía en la mano derecha.

—Si te mueves o dices una sola palabra...

Wakeford regresó a los pocos minutos. Desde una ventana del piso alto había visto parados ante la puerta a diez o doce agentes armados hasta los dientes y acaudillados por el inspector Merling. Como nadie respondía a sus repetidas llamadas estaban violentando la entrada. También pudo ver que otros varios penetraban en la vivienda de Cohen.

—¿Qué hacemos ahora, jefe? —inquirió Long Peter sin poder disimular su inquietud.

—Nada —repuso con calma Famenchon—. No sospechan, siquiera, la existencia de este pasadizo. Veinte veces estuvieron registrando las dos casas sin encontrar nada. Ahora les ocurrirá lo mismo.

—Te engañas a sabiendas —intervino Hoffman, sin hacer caso del gesto amenazador de Wakeford—. Merling no se irá sin encontrar el subterráneo. Sabe que existe, como lo sabía yo. Derribarán las paredes si es preciso, pero lo encontrarán.

El millonario se encogió de hombros. No creía una sola palabra de lo que decía el americano.

—Tampoco creías que el inspector hubiera venido conmigo. Convéncete. Famenchon. Me ha visto entrar, tiene rodeada la manzana y no parará hasta dar conmigo.

—No encontrarán más que tu cadáver —gruñó amenazador Wakeford.

—Es posible. Pero ¿qué será de vosotros?

Advirtió, complacido, el efecto que sus palabras producían entre sus oyentes. Long Peter y René, especialmente, daban muestras de inquietud y temor. Comprendiéndolo también, el millonario procuró tranquilizarlos.

—No pasará nada, muchacho. Hay una tercera salida. Huiremos por ella.

—¿Sin liquidar antes a este tipo? —preguntó Wakeford.

—No conviene dejar aquí el cuerpo; sería una acusación contra mí. Es preferible que salga por su pie. Pero cuando lleguemos a un lugar adecuado...

—¡Canalla!

Long Peter lanzó una vez más su puño izquierdo contra la cara de Hoffman; el americano ladeó la cabeza rehuyendo el golpe y al propio tiempo asestó un puntapié en la boca del estómago del forajido. Wakeford intervino asestándole un culatazo en la cabeza.

Frederick se echó a un lado y la culata de la pistola no hizo más que rozarle la cabeza y golpearle en el hombro. Aunque el golpe no resultó demasiado doloroso y distó mucho de atontarle, Hoffman fingió un mareo, dejándose caer al suelo.

—Mal hecho —gruñó disgustado Famenchon—. Ahora habrá que llevarle a cuestras...

—¿No sería mejor liquidarle de una vez aquí mismo? —inquirió cejijunto Long Peter.

—He dicho que no. Tengo un plan mucho mejor para todos.

Lo expuso en breves frases. Desde un extremo del pasadizo podía pasarse con toda facilidad a uno de los grandes colectores del alcantarillado. Por él llegarían en contados minutos a orillas del Escalda. En previsión de una huida precipitada, tenía siempre un coche dispuesto en un garaje del Quai Van Dyck.

—Dentro de dos horas estaremos en Ostende; al amanecer, en Inglaterra. Nadie nos buscará allí. Esperaré con calma los acontecimientos. Si me conviene volveré a reaparecer. Si existe algún peligro no me verán más en Amberes.

—¿Y la chica?

—Vendrá conmigo. Odio a su padre, tanto como Robic me odia a mí. Habré fracasado al intentar matarle; pero el saber que su hija está en mis manos, será para él peor que la misma muerte.

De la lejanía les llegaba el ruido sordo de unos golpes. Indudablemente, Merling y los agentes habían penetrado en el despacho de Famenchon y estaban buscando la entrada del pasadizo. René no lograba ocultar su miedo:

—¡Vamos de una vez, jefe!

—Hay tiempo de sobra. Mira a ver si ya vuelve en sí ése, Peter. Lo tiraremos al Escalda con una buena dosis de plomo en el cuerpo. Cuando le encuentren nadie sabrá dónde ni quién le liquidó.

Hoffman, simulando recobrar el conocimiento, se sentó en el suelo y acabó incorporándose, aunque agarrado a la mesa. Wakeford empezaba a tener prisa también. Cambió una rápida mirada con el «boss» y gritó a Long:

—Cóglele de un brazo y tira detrás de nosotros. No vamos a perder más tiempo.

René, llevando sujeta a la muchacha, rompió la marcha seguido de Famenchon. Wakeford se apartó a un lado para que su amigo pudiera llevarse a Hoffman. Long Peter cogió de un brazo al americano sacudiéndole con fuerza.

—¡Despierta, amiguito! Tienes que dar un paseíto...

Simulando estar medio atontado, Hoffman se dejó caer sobre Peter, abrazándole estrechamente. El forajido le rechazó de un violento empujón, acompañado de varios insultos. Sin embargo, no adivinó sus intenciones hasta que resultó demasiado tarde. Con movimiento rapidísimo, Fred le había quitado la pistola que su contrincante se metió en un instante en el bolsillo.

Recobró en el acto el vigor que había perdido en apariencia. Con los ojos dilatados por el asombro. Long Peter vio que Hoffman tenía una «F. N.», en la mano y que apuntando con ella a los presentes, gritaba:

—¡Quietos todos! ¡Se han cambiado las tornas! El que no levante los brazos...

Long Peter obedeció con rapidez, incapaz de reaccionar con la prontitud necesaria, pero no así Wakeford. Tenía la pistola en la mano y la utilizó sin vacilaciones. Su primer balazo pasó dos milímetros por encima de la cabeza del americano; el segundo se le clavó en el hombro izquierdo; el tercero no llegó a dispararlo. Fred apretó una sola vez el gatillo; fue suficiente. Herido en la sien derecha, Robert se derrumbó sin un grito de agonía.

—Si algún otro tiene tanta prisa en morir...

Vueltos en la misma puerta, René y Famenchon contemplaban boquiabiertos la escena. Los dos tenían cogida a la muchacha en cuyos ojos se leía una expresión de susto y horror.

—¡Arriba las manos! Un solo segundo de duda...

Famenchon midió en un instante todas las posibilidades. Entregarse era ir de cabeza a la horca; luchar, arriesgarse a morir en el acto, pero también una ocasión de salvarse. De un salto se Colocó detrás de la muchacha, gritando a sus secuaces:

—¡Duro con él! Somos tres todavía y...

Long Peter creyó llegada su oportunidad. Enfrentado con René y Famenchon, Hoffman no le miraba en aquel instante. Con un salto inesperado cayó sobre él. Era un tipo corpulento, atacó a su contrincante con todas las tuerzas de la desesperación y los dos rodaron por el suelo.

—¡Mátale, mátale!

Como garfios de hierro los dedos de Long Peter se clavaron en el cuello de Hoffman. El agente, quebrantado por los golpes recibidos, debilitado por la herida del hombro, sintió que las fuerzas comenzaban a abandonarle. Con un supremo esfuerzo levantó la pistola que no había soltado en la caída, la apoyó contra el estómago de su contrincante y apretó el gatillo.

Long Peter lanzó un alarido salvaje al sentirse herido; soltó su presa, se incorporó de un salto y fue dando traspiés hasta tropezar con una silla y rodar por el suelo para no levantarse más.

—¡Liquídale de una vez, René!

El dueño del cafetucho de la rue d'Austriche apuntó con todo cuidado. Desde el suelo, Hoffman advirtió el peligro y volvió a disparar. Los dos tiros resonaron a un mismo tiempo. Y con casi exactas consecuencias; los brazos derechos de ambos adversarios, tronchados por el plomo a la altura del codo.

Soltando la pistola, René empezó a quejarse a gritos, mientras con la mano Izquierda trataba de contener la sangre que le brotaba de la herida. Desarmado, cubierto de sangre, Hoffman consiguió ponerse de rodillas.

—Al fin seré yo quien te mate. Después de todo, soy el vencedor...

Era Famenchon quién hablaba, reflejando en sus palabras toda la salvaje alegría que le dominaba en aquel instante. Dos de sus secuaces estaban muertos; herido el tercero. Pero su mayor enemigo se encontraba indefenso, sin posibilidad de escapar, mientras él tenía una «*Parabellum*» en la mano.

Ni siquiera tuvo prisa en matarlo, convencido de que no podría

intentar nada por salvarse. Soltando a la muchacha, tras la que se había parapetado hasta aquel instante, avanzó lentamente Parado a dos metros de Hoffman, que seguía de rodillas, mirándole en gesto de reto, sin dar muestras del menor temor, siguió hablando:

—Voy a terminar contigo y a llevarme a la chica. Cuando la Policía llegue, encontrará unos cuantos cadáveres aquí, pero yo estaré muy lejos, sin que nadie...

Un disparo le impidió terminar la frase. Con aire angustiado se llevó las manos al pecho en tanto que un golpe de sangre le subía a la boca. Intentó decir algo, los ojos parecieron salirse de las órbitas, dio un paso hacia adelante y cayó de bruces, pesadamente, golpeándose la frente contra el borde de la mesa.

Sorprendido, sin acabar de dar crédito a lo que veía, Hoffman miró hacia la puerta. En el umbral estaba Magdeleine. Tenía en la mano la pistola perdida por Wakeford y un gesto de resolución en las pupilas...

Dos semanas después, en el sanatorio donde Frederick Hoffman convalecía de las heridas sufridas en la dramática pelea, el inspector Merling hablaba con el agente especial del

F. B. I.

—Ya le he felicitado personalmente por su inteligencia y heroísmo. Pero hoy tengo que felicitarle en nombre de mi Gobierno. El ministro del Interior me encarga le exprese el reconocimiento de Bélgica al librarla de una peligrosa banda de malhechores. Como muestra de gratitud se le concede la Cruz del Mérito y se le nombra inspector honorario de la Policía belga.

Hizo una breve pausa. Luego, añadió:

—Verdaderamente, sin su concurso nunca hubiéramos terminado con Raul Famenchon. Era demasiado listo para nosotros, aunque no lo fuera para usted. Había oído hablar con elogio del Federal Bureau of Investigation; creía sinceramente que era un poco de «bluff»; pero si hay muchos agentes como usted, me parece que se quedaron cortos.

—Pues los hay, inspector. No como yo, sino superiores a mí. Cualquiera de ellos habría hecho tanto o más. No hice otra cosa que cumplir con mi deber, dando cima a la misión que me habían confiado. Y en cuanto al premio, ¿cree que tengo derecho a

quejarme?

Al hablar así miraba a Magdeleine que sonreía a su lado, mientras un ligero rubor se extendía por sus mejillas. La muchacha bajó la cabeza sin decir una sola palabra. Hoffman continuó:

—En realidad, fue ella quien en última instancia resolvió la cuestión. De no intervenir con tanta serenidad y puntería. Famenchon hubiese huido luego de rematarme.

—Efectivamente —reconoció Merling—. Y también a ella hago extensiva mi felicitación. Demostró tener un temple admirable en tan difíciles circunstancias.

—No lo crea, inspector —intervino la muchacha—. Estaba aterrada, muerta de miedo incluso. Pero vi que Fred iba a morir, luego de jugarse la vida por salvarme, y logré sobreponerme al terror que me dominaba.

—Y acabar con el miserable que ensombreció mi vida —murmuró Paul André Robic, que se hallaba presente—. Un designio providencial hizo que fuese mi propia hija, a la que durante tantos años creí muerta, quien castigase las felonías del hombre que pretendió sepultarme para siempre entre los muros de un penal.

—Supongo que no me guardará usted rencor —dijo entonces Merling—; es posible que le tratásemos con demasiada dureza, pero las circunstancias...

—En absoluto —replicó sonriendo Robic—. No guardo rencor a nadie. Ahí tiene el caso de Hoffman. Anduvo persiguiéndome, se empeñó en que yo era Moisés Cohen, llegó incluso a disparar contra mí... ¡y ahora va a casarse con mi hija!

—¿Acaso lo sientes, padre?

—Todo lo contrario, Magdeleine. Estoy orgulloso de él y de ti. Creo que seréis felices. Y que habéis sabido ganaros a golpes de heroísmo la felicidad que os espera...



Pidan los inigualables cuadernos de
AVENTURAS DEL F. B. I.

A

EDITORIAL ROLLAN

SAN BERNARDO, 68.—MADRID

LOUP - GAROU

En las sombras de la noche, entre la espesura de los bosques, acecha LOUP-GAROU, espera a su víctima y cae sobre ella, lanzándole al rostro su fétido aliento.

FRANK Mc FAIR

el autor que a tantas emociones nos tiene acostumbrados, da un brusco giro a su temática literaria, creando una obra desconcertante que sugestionará a los lectores desde la primera página.

LOUP - GAROU

LA NOVELA QUE ARRANCARA ACLAMACIONES

en el próximo número de la

Colección F. B. I.

Padre:

¿Quieres hacer un buen regalo a tu hijo?

Cómprale una colección de

Aventuras del F. B. I.

¡Con mínimo gasto, el mejor obsequio!

5 PESETAS

NOTAS

[1] Comprador de objetos robados. < <